

El tarot vaya timo

Javier Cavanilles

En una cálida noche de verano, en un tren que iba a ninguna parte, conocí a un jugador, los dos estábamos demasiados cansados para dormir.

Hicimos turnos para mirar por la ventana hacia la oscuridad hasta que nos pudo el aburrimiento y empezó a hablar.

Me dijo: "Hijo, mi vida se basa en leer la cara de la gente y saber qué cartas llevan por la manera de sostener la mirada. Así que, si no te importa que te lo diga, veo que te has quedado sin ases. Si me dejas probar tu whisky, te daré unos consejos".

Así que le pasé mi botella y se bebió mi último trago.

Me levantó un cigarro y me pidió fuego.

De pronto, la noche se paró, su cara perdió toda expresión y me dijo: "Chico, si vas a jugar, debes aprender a hacerlo bien.

Tienes que saber cuándo quedártelas y cuándo descartarte,

Cuándo dejarlo y cuándo salir corriendo

Y nunca cuentes el dinero cuando estés sentado a la mesa, ya tendrás tiempo de hacerlo cuando acabe la partida".

[...]

Ahora todos los jugadores saben que el secreto para sobrevivir

es saber qué hay que tirar y qué hay que conservar.

Porque cada mano es ganadora y cada mano es perdedora, y lo mejor a lo que se puede aspirar es a morir durmiendo.

Kenny Rogers, "The Gambler" (1978)

El origen ocultista

Aunque todo el mundo sabe qué es el tarot, lo cierto es que resulta difícil encontrar una buena definición para este tipo de baraja. En algunos países (como Francia, Italia, Suiza o Alemania) es todavía un juego de naipes relativamente popular. En Francia, por ejemplo, cualquier aficionado puede comprar el llamado *tarot de Astérix* pero quedará decepcionado, ya que no sirve para leer el futuro, una propiedad asociada al mazo. En realidad deberíamos decir que el tarot es una familia de juegos pues se puede practicar con varios tipos de reglas. Y si somos más precisos, habría incluso que hablar de juegos *de los tarots*, ya que en realidad la palabra se refiere a 22 cartas que se añadieron a los cuatro palos tradicionales (oros, bastos, espadas y copas). Como mazo, tiene una estructura particular.

Cada palo tiene 14 cartas, unas numeradas del 1 al 10 y otras cuatro (llamadas *de corte*) con figuras de mayor a menor importancia (paje, caballero, reina y rey). Además, existe esa especie de quinto palo con 21 cartas que tienen asociado un nombre (el Mago, el Juicio Final, la Rueda de la Fortuna, el Sol...). Originariamente se les conocía como triunfos, luego como tarots (en plural), y finalmente como arcanos mayores (en oposición a los arcanos menores, es decir, el resto de la baraja). El mazo se completa con una última carta conocida como El Loco, que generalmente se incluye dentro de los arcanos mayores, y sobre cuya verdadera naturaleza podría hablarse largamente (a día de hoy, no hay opinión unánime). Sin embargo, el tarot es más famoso por otro tipo de uso: la adivinación, el ocultismo y el crecimiento personal. Son tres elementos que pueden ir juntos, por separado o combinados en distintos porcentajes. Cuando esto se produce, lo mejor es referirse a la baraja como *cartas de meditación*. El proceso por el que el juego de tarot ha derivado en lo que es hoy es largo, está sujeto a discusión, y a veces es difícil separar en él la realidad histórica de la leyenda.

En primer lugar, es casi tarea imposible saber cuándo nace. Los juegos de naipes son de origen chino y fueron introducidos en Europa por los árabes. Esos juegos fueron el vehículo por el que el tarot llegó al viejo continente como medio de meditación o crecimiento personal, pero

también como libro de sabiduría. El conocimiento plasmado en el tarot se pierde en la noche de los tiempos. Comienza con unas enseñanzas que se transmiten de maestro a aprendiz, primero de manera oral, luego escrita y, finalmente, codificada. Este punto es importante ya que explica cómo han llegado hasta nuestros días unos conocimientos que se originaron (en parte) en el antiguo Egipto. Es complicado determinar cuándo tuvo lugar ese momento. Para ello hay que viajar hasta Alejandría, donde en el siglo III a. C. los ptolomeos decidieron ubicar la mayor biblioteca conocida hasta *entonces*, y en cuyas estanterías hubo, según se dice, cientos de miles de manuscritos. Arquímedes, Eurípides y Galeno fueron algunos de los padres de disciplinas como las matemáticas, la geometría, la astronomía o la robótica que trabajaron en ella.

En algún *momento* entre el siglo III y IV, la biblioteca fue destruida, lo que supuso la desbandada de los mejores pensadores de aquella época, que convirtieron la ciudad marroquí de Fez en su nuevo punto de reunión. Probablemente fue ahí donde se tomó la idea de salvar lo más valioso de ese saber de posibles futuras destrucciones. Por supuesto, no todos los libros que se conservaron en Alejandría eran ejemplares únicos, pero sí había uno que no se podía encontrar en ningún otro lugar del mundo: el *Libro de Toth*, de origen egipcio. En realidad nunca fue un libro sino un conjunto de 78 láminas de oro que resumían en lenguaje simbólico lo más esencial del saber humano: una especie de semilla que, al germinar, podría devolver al mundo todo lo que las llamas se llevaron. Como si se tratase de una botella lanzada al océano por un naufrago con la vana esperanza de que alguien pudiera abrirla y acabar con la condena, se tomó la decisión de esconder aquel libro en un lugar donde las autoridades —presentes o futuras— no pudieran encontrarlo jamás, en espera de que algún día pudiese ser descifrado. La decisión no pudo ser más acertada y decidieron esconderlo a la vista de todo el mundo: lo convirtieron en una inocente baraja de cartas.

Algunos estudiosos sitúan la aparición del tarot en fecha algo más tardía, a principios del siglo XIII, y rechazan que el origen de ese conocimiento fuera egipcio. No discuten que Fez fuese el lugar de nacimiento, pero los contenidos no derivan directamente del *Libro de Toth* sino de una reunión a la que se convocó a estudiosos, místicos, cabalistas, astrólogos, videntes... y demás depositarios de todos los saberes perdidos (o perseguidos) del mundo, que decidieron crear una especie de biblioteca en la que estuviese depositada la esencia de todo el conocimiento. Según esta hipótesis, la idea de recurrir a un código pictográfico se debía a la necesidad de plasmarlo todo en un idioma

común que superara cualquier frontera lingüística: el lenguaje universal de los símbolos.

Aquel mazo se hizo famoso entre las poblaciones gitanas que, desde tiempos inmemoriales, practicaban el arte de la videncia. Aun sin saber qué significaban aquellas extrañas cartas (que contaban con un original quinto palo de 22 naipes ricamente ilustrados), fueron ellos quienes, de manera puramente intuitiva, aprendieron a utilizarlas para leer el futuro. Fue un primer paso iniciático que los grandes ocultistas posteriores considerarían siempre como el uso más indigno de cuantos se le pueden dar. Para ellos, el tarot siempre será mucho más; y la adivinación, su faceta menos importante. Tras recorrer el norte de África, los gitanos llegaron a España y de ahí se extendieron por todo el continente. A medida que la baraja se fue difundiendo por otras poblaciones repartidas por todo el Mediterráneo, se transformó en un simple juego y se olvidó su historia. Así fue hasta que, en vísperas de la Revolución Francesa, Antoine Court de Gébelin, hombre de indudable prestigio en su época y padre del ocultismo, empezó a estudiar las cartas y logró desentrañar su historia y su verdadero significado. Según explicó en 1781 en la octava entrega de *Le monde primitif* :

Si alguien escucha el anuncio de que aún existe una obra de los antiguos egipcios, uno de sus libros que escapó a las llamas que devoraron sus magníficas bibliotecas, y que contuvo en toda su pureza sus doctrinas sobre temas apasionantes, estará interesado, sin duda, en llegar a conocer un libro tan valioso y peculiar. Si se añadiera que ese libro está plenamente extendido por gran parte de Europa, y que durante siglos ha estado en manos de todo el mundo, la sorpresa sería sin duda mayor: ¿y no sería todavía mayor si se dijera que nunca se sospechó que fuese egipcio, que fue poseído como si no hubiera sido poseído, que nadie intentó jamás descifrar una sola página, y que el fruto de una refinada sabiduría era visto como una amalgama de extrañas figuras sin significado? ¿No pensará cualquiera que quien diga esto se está riendo de quienes le escuchan?

El hecho es, sin embargo, totalmente cierto. Ese libro egipcio, el último testimonio de sus magníficas bibliotecas, existe en nuestros días: es tan común que ningún estudioso se ha interesado en él; nadie entre nosotros sospechó jamás su maravilloso origen. Ese libro está compuesto por 77 páginas o láminas, mejor dicho, 78, divididas en cinco clases, que aborda temas tan diversos como divertidos e instructivos. Ese libro, en una palabra, es el juego de los tarots.

Una "explicación"

Si el secreto del tarot estuviese únicamente en sus símbolos, no habría durado mucho tiempo. Cualquier persona de aquella época con algo de cultura hubiese podido identificar algún naipe y el secreto habría quedado en evidencia. Sin embargo, la forma en que fueron ideados esos símbolos incluía una garantía contra los intrusos: según algunos, son un vehículo de crecimiento personal. Es decir, para entenderlo no hay que *saber* (por ejemplo, tras haber estudiado mucho) sino *tener conocimiento* (ser conscientes de las limitaciones humanas e intentar trascender a otros estados mentales y materiales). Esto se logra porque el tarot está asociado a algo que llaman *archivo akásico*. Su origen es una creencia oriental que apunta a que, en algún lugar del Universo, hay una especie de gran biblioteca en la que se guardan todos los momentos presentes, pasados y futuros de todas las personas que han vivido, viven o vivirán. Lo que llamamos el mundo real es lineal, es decir, al hoy le precede el ayer y evolucionará hasta el mañana. Sin embargo, según algunos, una persona que puede entrar en comunión con el archivo akásico deben haber superado esa limitación (la linealidad) que impone el cerebro humano y verlo como un todo. Los ocultistas rechazaban a los videntes porque sólo eran capaces de ver los momentos futuros pero no de comprender el conjunto: carecían de la visión necesaria para hacerlo.

Para mucha gente, el archivo akásico es un concepto religioso más. Sin embargo, a partir de principios del siglo XX, dicen que la ciencia comenzó a tomárselo en serio. El primero en describir una idea muy similar fue un psiquiatra suizo y alumno (aunque rebelde) de Freud llamado Carl Gustav Jung (1875-1961). Según él, la persona está dividida en tres partes: el yo, el inconsciente y, lo más importante, el inconsciente colectivo. Es decir, hay una parte de nuestra identidad común a todos los seres humanos o, lo que es lo mismo, una serie de ideas, conceptos y símbolos que todos somos capaces de reconocer. Un ejemplo serían las leyendas, muy similares en todos los lugares del mundo aunque aparecen en sociedades muy distintas. La narración cambia, pero la lección, la lectura simbólica, es la misma. Otro caso ilustrativo es, según él, el de las experiencias cercanas a la muerte (la sensación de estar en un túnel y que se avanza hacia la luz sin sentir miedo), descritas en sociedades y culturas muy diferentes y sin el menor contacto entre ellas. Esos conceptos son lo que Jung llamó *arquetipos*, y son las ideas que, descritas de manera simbólica, aparecen, según él, en las cartas de tarot.

De todos estos arquetipos hay uno particularmente importante: el *self*. El *self* es, según Jung, algo así como la máxima expresión de la persona,

cuando ha conseguido el máximo nivel de realización interior: es la cualidad que da perspectiva para poder leer el tarot. Además, Jung desarrolló otra hipótesis que podría explicar la capacidad de los naipes *para, predecir* el futuro. En el debate sobre si todo lo que ocurre está escrito (hipótesis mecanicista) o si el libre albedrío hace que sea imposible predecirlo, el autor suizo introdujo el *concepto* de *sincronicidad*. Sin negar totalmente los anteriores, establecía una especie de puente entre ambos o un marco general en el que funcionaba cada efecto. Todos los sucesos están conectados de algún modo, según Jung, aunque no sepamos cómo: por ejemplo, a todo el mundo le ha ocurrido pensar en alguien a quien no veía en mucho tiempo y encontrárselo en la siguiente esquina. Para él, eso era la prueba de que existe una conexión de todos los seres humanos en el inconsciente colectivo. En definitiva, que no hay casualidad sino causalidad: que nuestras limitaciones nos impidan ver la relación entre dos hechos no significa que no exista.

Pese a la importancia de las ideas de Jung para entender el tarot, no pudo elaborar una teoría científica para demostrarla. Sin embargo, la aparición de la física cuántica permitió a algunos asentar sus ideas sobre una base supuestamente más sólida. En su libro *La ciencia y el campo akásico*, el filósofo húngaro Ervin Laszlo, fundador del Club de Budapest, defendió la hipótesis de que el llamado *vacío cuántico* es en realidad una energía fundamental y un campo en el que circula la información del llamado *Metaverso*, definido como el *Universo real*: el que es, y no el que percibimos filtrado por nuestras limitaciones humanas. Desde el punto de vista espacial incluye los infinitos universos paralelos (presentes, pasados y futuros) cuya existencia defienden también científicos como Stephen Hawking. Algún día se podrá decir que estas hipótesis han sido demostradas, y entonces el tarot perderá su elemento mágico, místico, simbólico, adivinatorio y ocultista, y volverá a ser lo que fue: un libro de conocimiento primordial.

Para quienes creen en el poder mágico del tarot, ésta es una explicación. Los que quieran saber la verdad deben seguir leyendo.

El origen auténtico

Por mucho que algunos se empeñen en retrasar hasta tiempos inmemoriales los orígenes del tarot, hay un límite que nunca se debería sobrepasar: el siglo I. Fue entonces cuando, al parecer, un funcionario del emperador chino Ho Ti inventó el papel a partir de una pasta vegetal mezclada con fibras de bambú. Aunque pronto se convirtió en un aliado del ingente aparato administrativo chino, el material era aún poco duradero, incapaz —por ejemplo— de servir de base para fabricar naipes. La expansión del nuevo descubrimiento fue lenta. El gobierno mantuvo celosamente el secreto de su fabricación durante cerca de cinco siglos, hasta que la técnica se extendió a Corea y Japón y, a mediados del siglo VIII, al Tíbet y la India. Los árabes supieron del invento en Asia Central y contribuyeron a su difusión por todo el arco mediterráneo. El primer documento escrito en papel en el viejo continente —una carta escrita en árabe— está fechada a principios del siglo IX. El primer molino de papel de Occidente abrió sus puertas hacia el año 1056 en Xátiva (Valencia), y su propietario era un árabe. Sin embargo, los juegos de cartas todavía no existían. El precio de las barajas habría sido muy alto y su difusión mínima (la mayoría de sus poseedores sólo podrían jugar al solitario). Por esta razón, es casi imposible que existieran las cartas de tarot, que no son más que la evolución de unos juegos de naipes. Aún falta un poco para que aparezca en Occidente la primera baraja.

Según todos los datos, el origen de los juegos de cartas en Europa data de principios del siglo XIV, aunque su primera aparición tuvo lugar en China y de ahí se expandió por Occidente. También es muy probable que la cartomancia (la supuesta lectura del futuro mediante cartas) se originase en aquel país. Por un lado, en China el papel estaba relativamente extendido entre las clases más altas, ya que servía para imprimir moneda; y por otro, ese dinero se utilizaba como naipes. También se sabe que existían distintos métodos populares de adivinación u oráculo, el más conocido de los cuales era el *I Ching* o *Libro de las mutaciones* que, tal como lo conocemos hoy, data del siglo VIII a. C. (aunque sus orígenes se remontan hasta el 2500 a. C). Esta técnica se basa en 64 figuras conocidas como hexagramas. Cada uno está compuesto por seis líneas: tres continuas que significan *sí* (o representan *el yin*) y dos discontinuas que significan

no (o *yang*), combinadas de diversas maneras. Así, utilizando distintos métodos (lanzando monedas o utilizando tablillas con los signos pintados), se obtenía el símbolo que correspondía a una persona y su contrario o mutación (es decir, si la tirada indicaba seis síes, la mutación eran seis noes). A partir de ahí, y teniendo en cuenta que cada signo tenía un significado concreto, se realizaba la predicción.

Carl Jung fue un gran estudioso del *I Ching*, al que en más de una ocasión comparó con el tarot. Aunque hay muchos puntos en común entre ambos métodos, también hay importantes diferencias. Son tradiciones que evolucionaron en partes distintas del mundo y, pese a su empleo en la adivinación y su estructura (tirada + lectura), son más los puntos que los separan que los que tienen en común. El *I Ching* puede leerse también como un libro filosófico, mientras que en el tarot el simbolismo desempeña un papel más básico. En el primer caso, además, cada hexagrama tiene un significado concreto, algo que no ocurre en las barajas de adivinación (más abiertas a la interpretación). Pero aunque el papel y las barajas surgieron en China, y aunque éstas se utilizaron para adivinar el futuro, el tarot no surgió allí; y tampoco existe en el mundo un solo documento conocido que permita afirmar que el tarot pasó por el antiguo Egipto siguiendo los mismos pasos que el papel, como pretenden algunos.

Ciertos estudiosos añaden que, en realidad, los juegos de cartas se iniciaron en Corea o en la India antes que en China. Pero es difícil saberlo; entre otras cosas porque los chinos no tenían una palabra que definiera las cartas en función de los materiales, por lo que es posible que una *baraja* pudiera designar tanto fichas de marfil como cartas de papel o tablillas de madera. Pero ésta es una polémica que no añade nada a la historia del tarot.

El pasado egipcio

El papiro egipcio más antiguo que se conoce data del año 3000 a. C. Para su fabricación se utilizaba una planta llamada precisamente papiro, abundante en el Nilo. Aunque mucha gente lo considera el antecedente del papel, lo cierto es que es un tipo de *papel* que cayó en desuso dadas sus limitaciones (era muy frágil). Los papiros se enrollaban y hubiese sido imposible fabricar libros con ellos, y mucho menos barajas. El lenguaje pictórico de los jeroglíficos puede recordar remotamente al de las cartas del tarot, pero relacionar este hecho sería tan ridículo como decir que los *graffitis* nacieron en las cuevas de Altamira.

El resto de la historia no es menos falsa. Para empezar, el famoso *Libro*

de Toth, en el que se supone que se basó el tarot, nunca existió y, de haber existido, sería probablemente un tratado de medicina. Otras fuentes afirman que el famoso libro era en realidad un papiro (del que tampoco se conoce copia alguna), de 10.000 o 20.000 años de antigüedad, transmitido de generación en generación entre los sacerdotes. Igualmente imposible: los egipcios no descubrieron la escritura hasta el 3100 a. C. El *Libro de Toth* no es más que una leyenda basada en una alusión a ese dios en el llamado Papiro Westar (aparecido en 1825), un texto escrito entre 1650 y 1550 a. C. que incluye cinco relatos míticos sobre el Imperio Antiguo (2700-2200 a. C). Aunque el libro no existió, Toth fue un personaje muy importante en la visión del mundo que tenían los egipcios y se codeaba con sus principales dioses.

Otra de las razones del error fue que los primeros estudiosos de las cartas estaban influenciados por doctrinas como el hermetismo, que surgió en Alejandría entre el siglo I a. C. y IV d. C. La primera recopilación de esos textos sobre filosofía mística, obra de distintos autores, se produjo a finales del siglo I y se le llamó *Hermética* o *Corpus Hermeticum*. Fueron escritos en Egipto y atribuidos al mítico sabio Hermes Trismegisto, aunque los elaboraran escritores paganos tan influidos por el pensamiento griego como por el egipcio. En realidad, Hermes no fue más que una traslación de Toth a la cultura griega (ambos fueron inventores de la escritura y portadores de una sabiduría eterna). Curiosamente, los primeros estudiosos del tarot jamás cayeron en ello y nunca entendieron el estrecho vínculo entre ambos mitos.

Tampoco parece que el *Libro de los muertos* pueda ser el origen del tarot. Dicho texto no se recopiló hasta el año 1845 en Alemania, cuando el tarot llevaba años campando a sus anchas por media Europa. Además, ni siquiera se trata de un libro sino de la recopilación de distintos textos funerarios aparecidos en algunas tumbas y compuestos entre el 3000 y el 1640 a. C. No contiene ni pretende contener ninguna sabiduría oculta: son simplemente salmos, oraciones, leyendas... y una apasionante puerta de entrada al mundo de las creencias de una civilización perdida. En otras palabras, no hay ningún dato que avale la hipótesis de que el famoso mazo de naipes se basa en unos conocimientos codificados anteriormente por sacerdotes egipcios.

Por supuesto, tampoco es cierto que los gitanos fueran los encargados de difundir el tarot por Europa. La historia de esta etnia todavía encierra muchos misterios. Su llegada al viejo continente se produjo a finales del siglo XIV, y a principios del XVI ya se habían extendido hasta Escocia. Se creía que venían de Egipto —al parecer, ellos mismos contribuyeron al

equivoco—, por lo que en España se les llamaba *egiptianos* y en Inglaterra *egyptians*. Con el paso del tiempo estas hipótesis han quedado descartadas. Se cree que pueden ser originarios del Punjab, una zona limítrofe entre la India y Pakistán, y que hacia el siglo XI iniciaron su trashumancia hacia Occidente. Aunque es cierto que también se asentaron en distintos puntos del norte de África por las mismas fechas, las barajas de cartas ya se conocían en Europa desde hacía varios siglos. Es difícil saber si utilizaban cartomancia (aunque existen documentos que las relacionan con el uso de la adivinación), pero sobre lo que no hay duda alguna es que los gitanos no conocían el tarot y que no tuvieron nada que ver con su aparición. Así cae por tierra la hipótesis de que fueron ellos los encargados de traerlo desde Egipto hasta Europa.

De la baraja al tarot

Como vimos anteriormente, los juegos de cartas se extendieron desde China hacia India y la antigua Persia y su primer contacto con Occidente tuvo lugar, probablemente, entre la séptima y octava cruzada (en la segunda mitad del siglo XIII), cuando los ejércitos mamelucos —antiguos esclavos turcos— lograron extender su poder por Egipto, Palestina, Siria y la costa del Mar Rojo. La primera baraja de cartas que se conoce es precisamente la *baraja de los mamelucos*, en la que aparecen ya los cuatro palos que, más tarde, formarían la española (bastos, oros, copas y espadas). Está fechada en 1350 y apareció, casualmente, en Egipto. Sin embargo, es ridículo pensar que en este momento y lugar los antiguos conocimientos pudieron transformarse en el mítico tarot: los mamelucos eran musulmanes (aunque muy tolerantes en lo religioso) y su credo les prohibía representar figuras humanas. De hecho, las cartas que conocemos como sota, caballo y rey (Gobernador, General y Segundo General) estaban representadas caligráficamente. Si alguien utilizó alguna vez esa u otra baraja para leer el futuro es terreno abonado para la especulación. Lo que está claro es que aquello no era un tarot, ya que le faltaba el elemento final que permite separar las barajas de juego de las de adivinación: las cartas de triunfo (o arcanos mayores). En la baraja mameluca existían sólo lo que más tarde se bautizó como los arcanos menores, que incluyen las cartas de corte (las figuras) y otros 40 naipes agrupados en cuatro palos (cimitarras o espadas, bastones, copas y monedas) numerados del 1 al 10.

No es fácil saber cuándo aparecieron por primera vez las cartas en Europa, pero no viajaron en los carromatos de gitanos que llegaban al viejo continente sino que formaban parte del equipaje de los árabes que,

por entonces, aún dominaban parte de la Península Ibérica y comerciaban por todo el Mediterráneo. Además, la fecha de aparición de la baraja mameluca puede inducir a engaño, ya que en 1350 los naipes circulaban alegremente por toda Europa. En 1367 se dictó en Berna (Suiza) una de las primeras prohibiciones que se conocen sobre su uso (en 1331, Alfonso XI los había proscrito para los miembros de la Orden de la Banda). En 1376 se tomó una medida similar en Lille (Francia) y en 1382 en Barcelona. La lista es más amplia. Si se aprobaron tales medidas en lugares tan distantes y en tan breve plazo, es fácil deducir que su uso estaba muy extendido socialmente y desde hacía tiempo. La baraja de los mamelucos es, simplemente, la más antigua que se conserva, no la primera.

Aunque nadie sabe a ciencia cierta dónde y cómo comenzaron a expandirse las barajas por Europa (¿desde España o Italia?), de lo que no cabe la menor duda es de que el tarot nació en Italia en el siglo XV entre lo más granado de la sociedad. Las cartas eran entonces de dos tipos: las realizadas en serie mediante xilografía y las hechas a mano por artesanos que lo mismo realizaban murales que ilustraban libros. Estas se encargaban a artistas reputados, y de uno de estos encargos nació el tarot como una evolución de los juegos tradicionales. Algunos estudiosos creen que pudo originarse en Francia, ya que existe una famosa baraja de 1392 conservada incompleta en la Biblioteca Nacional de París y conocida como el *tarot de Grigonneur* en honor de su autor, quien la realizó por encargo del rey Carlos VI. La historia es falsa. En realidad, esas cartas datan del siglo XV y proceden de Italia. Existen documentos que demuestran que el tal Grigonneur sí confeccionó una baraja para Carlos VI, aunque no la que se conserva en París.

El tarot nació como un juego. A los cuatro palos tradicionales se les añadió una serie de cartas (22) que funcionaban como un quinto palo, aunque en realidad no lo era. Su principal característica era que tenían una unidad propia pese a no estar agrupadas por un símbolo común. Eran las *cartas de triunfo* y constituyen lo que hoy se conoce como arcanos mayores. Por tanto, cualquier intento de fechar la existencia del tarot (incluso como juego) antes de la aparición de ese quinto palo es una tarea condenada al fracaso.

A diferencia del resto, son cartas únicas y su orden no era numérico (como en los palos) sino jerárquico. En el tarot de Marsella —uno de los más extendidos en la actualidad—, la primera carta era el Mago, seguida de la Papisa, la Emperadora, el Emperador, el Papa, los Amantes y el Carro. En principio, estas siete primeras cartas remiten al poder temporal en la Tierra. Las siguientes (la Justicia, el Eremita, la Rueda de la Fortuna,

la Fuerza, el Ahorcado, la Muerte y la Templanza) pueden entenderse como las fuerzas del destino, mientras que las siete últimas (el Diablo, la Torre, la Estrella, la Luna, el Sol, el Juicio y el Mundo) representan las grandes fuerzas de la naturaleza. El conjunto se completaba con el Loco (*Il Matto*), con características un tanto peculiares (y que sería un quebradero de cabeza cuando el tarot empezara a adquirir su condición ocultista o sobrenatural). Entre los primeros mazos hay diferencias en estos triunfos, tanto en su número como en su puesto, y algunos aparecen en unas barajas y en otras no.

La aparición de los triunfos (o *carte da trionfi*) fue una simple evolución de juegos ya existentes. Aunque las reglas no eran siempre las mismas, se trataba básicamente de que una persona pusiera una carta sobre la mesa y el resto de jugadores tenía que lanzar otras con el mismo palo o el mismo número. Cuando uno de los participantes no podía seguir, debía lanzar un triunfo, y el resto debía tirar otros con mayor poder. Ganaba el jugador que lanzaba una carta que nadie podía superar. A la hora de contar los puntos, sólo se tenían en cuenta los de las cartas tradicionales (que más tarde se conocerían como arcanos menores). El juego incluía el naipe del Loco, que podía jugarse en cualquier momento y funcionaba como una especie de comodín que permitía al jugador *pasar*. Recuerda mucho *al joker* utilizado en otros juegos, pero las dos cartas tienen un origen totalmente independiente. El primero sustituye a cualquier otra carta y tiene en ocasiones un valor decisivo (como en el repóker), mientras que el segundo carece de valor (no sirve para ganar) y sólo exime al que lo juega de echar la carta apropiada (del mismo valor o palo que hay en la mesa). Es importante entender bien qué es el Loco, pues se trata de una de las cartas que mejor reflejan el sinsentido mágico-trascendental que algunos quieren ver en el tarot. De hecho, los triunfos se han numerado siempre con símbolos romanos, mientras que para *il Matto* se emplea el número 0, de origen árabe.

Hay otro motivo que permite situar el origen del tarot en Italia y tiene que ver con la peculiar estructura de las cartas de corte, en las que, además de la Sota, el Caballo y el Rey, figura una cuarta: la Reina, que no aparece en barajas clásicas de otros lugares. En Milán, en aquella época, existían barajas en las que las cartas de corte eran seis (las tres clásicas más sus contrapartidas femeninas). Es bastante razonable pensar que, por algún motivo, se quedaran en cuatro. Precisamente en Milán, el astrólogo Marziano da Tortosa diseñó hacia 1420 una baraja para el duque Filippo Maria Visconti en que se habían añadido 16 cartas que representaban a otros tantos dioses clásicos, pero que, en lugar de formar un quinto palo,

se repartían equitativamente entre los cuatro clásicos. Algunos historiadores defienden que esta baraja pudo ver la luz en 1425 con motivo del nacimiento de la primera hija del duque. Aunque esperaba un hijo que pudiera ser su heredero, Visconti organizó un desfile (*trionfi*) que hizo que la baraja se asociase a este nombre y se conociera como *carte da trionfi*. Con el tiempo, y dado que existían distintos juegos en los que había cartas que funcionaban como triunfos en función de cada partida, el juego pasó a conocerse como tarot (*tarocchi*). Hay distintas teorías sobre la etimología de la palabra (por ejemplo, que es una alusión al río Taro, situado en el norte de Italia), pero lo cierto es que nadie ha logrado dar una respuesta satisfactoria. Sobre lo que sí hay acuerdo es sobre que la palabra no surgió hasta un siglo después de la aparición del juego.

Todavía falta mucho tiempo para que el tarot sea lo que es hoy en la cultura popular, pero ya se daban los elementos que convertirán esta baraja en una de las preferidas por los adivinadores de medio mundo. En primer lugar, el elemento simbólico que caracterizaba a los *trionfi* (que luego se convirtieron en los arcanos mayores), que eran como una traslación al papel de las manifestaciones cívicas que recorrían las calles de las ciudades italianas cuando había algo importante que celebrar (como hizo el duque Visconti con su hija). Su origen se remonta a la antigua Roma, cuando las ciudades salían a las calles para recibir a los generales victoriosos. Así, en tiempos de guerra, primero pasaban los prisioneros, luego los soldados y, finalmente, el general victorioso. En tiempos de paz, desfilaban los gremios, el poder religioso, el militar, los representantes de la nobleza, las autoridades políticas... El ritmo al que avanzaban estos desfiles tiene su traducción en el tarot. Por ejemplo, las primeras siete cartas son una procesión de autoridades terrenales. Tras su paso, desfilan las cartas relativas a las fuerzas de la naturaleza y, por último, las que representan el universo (aunque para ellos se resumiera en el Mundo, la carta más alta). Estas cartas complementan el mundo ordinario representado por los palos tradicionales (las espadas, el ejército; las copas, la Iglesia; los oros, la burguesía; y los bastos —que a veces tenían forma de cetro—, el poder político), coronadas a su vez por varias cartas alusivas a la autoridad real. Nada de esto puede apreciarse, por ejemplo, en la tradicional baraja francesa (de la que deriva la utilizada en el poker), que también apareció en el siglo XV, ni en la suiza o la alemana (que incluían un palo de bellotas), que son anteriores. Por ello no se utilizan para leer el futuro.

La referencia al juego más antigua conocida aparece en una carta del duque Francesco Sforza a su tesorero, fechada en Milán en 1450, en la

que le pedía que le enviara una baraja de triunfos y, si no era posible, una normal. Ese mismo año, en Florencia, un edicto incluía las cartas de triunfos como uno de los juegos legalmente autorizados. Las referencias se suceden en años posteriores, e incluso se conserva un sermón en el que se condena el juego junto al backgamon y otros pasatiempos por ser inventos del diablo, pero en ningún caso se le considera algo relacionado con la adivinación. Aunque muchos estudiosos serios del tarot —que defienden el valor cuasi mágico del mazo (por increíble que parezca, los hay)— insisten en que los autores volcaron su creatividad en los arcanos mayores y los llenaron de símbolos esotéricos, la verdad es que nadie debió de pensar entonces que aquello tuviera más valor que el artístico. Lógicamente, las iconografías del *Inferno* de Dante o de los *Trionfi* de Petrarca pudieron servir de inspiración, pero sólo porque eran elementos culturales de la época (como también lo era la iconografía cristiana, tan presente en el tarot y de la que tan poco se habla). En otras palabras, los artistas que crearon los primeros tarots no tenían la menor intención de utilizar una simbología oculta, que nadie iba a entender, sino una que fuese fácilmente reconocible por todos. Al principio, los arcanos mayores no estaban numerados y su valor dependía de su jerarquía. Si los participantes hubiesen sido incapaces de reconocer esta jerarquía, habría sido imposible jugar.

Una razón que explica por qué las cartas italianas pudieron convertirse en las más utilizadas en cartomancia es que tenían varios usos. Un juego muy extendido entre las clases altas —en el que se utilizaban cartas, pero que no era un juego de naipes— era distribuir los *trionfi* entre los asistentes y luego improvisar poesías en las que se asociaba la carta y la persona. A veces se distribuían más de una por persona y el juego consistía en hacer una rima a partir de ellas. Aunque probablemente a ninguno de los participantes se le ocurrió jamás pensar que aquella carta pudiera decir *algo real* sobre su persona, refleja fielmente la capacidad alegórica de los *trionfi*. Si las cartas servían para inventar, el siguiente paso era hacer pasar esas invenciones por ciertas. Sin embargo, todavía tendrían que transcurrir muchos años hasta que esto ocurriera. De hecho, los libros más conocidos de la época en los que se aborda el tema de la cartomancia (uno escrito en Alemania hacia 1487 y otro en Venecia en 1540) dan instrucciones sobre cómo leer el futuro con barajas tradicionales de cuatro palos.

La Italia del siglo XV era una suma de distintos territorios y ciudades-Estado, y en cada uno de ellos había distintos tipos de tarots y no siempre se jugaba según las mismas reglas. No existía lo que podríamos denominar una norma, lo que desmonta también la idea de un origen

único (como esa milonga sobre Egipto). Cuando Carlos V invadió Milán, entre 1499 y 1535, contribuyó a su difusión por Francia y Suiza, y más tarde por el resto de Europa. Marsella era por entonces uno de los puertos más destacados del Mediterráneo y albergaba una industria papelera bastante importante. Muy cerca de allí, en Lyon, aparece en 1507 la primera referencia a la producción de tarots. El modelo elegido fue uno de procedencia milanesa que pronto se convirtió en el más popular del viejo continente. Una de las características que explica cómo pudo expandirse el juego es, precisamente, que al carecer de un significado oculto bastaba con conocer las reglas para poder jugar incluso con personas de otras lenguas y culturas.

El tarot de Marsella es, probablemente, el primer tarot estándar que se conoce y su éxito se debe, entre otras cosas, a que los triunfos están numerados e identificados con su nombre (lo que tampoco era una novedad) para que no pudieran quedar dudas sobre su jerarquía. La descripción del mazo más antigua que se conoce data de 1590, pero la versión conocida hoy no empezó a imprimirse de manera masiva hasta mediados del siglo XVIII. Al hacerse popular, el escaso contenido simbólico de las cartas se perdió totalmente. Si de verdad hubiese guardado una sabiduría oculta y perdida, es imposible que se hubiera dado tal variedad de barajas. Además, las variantes que quedaron en desuso — muchas de las cuales no han sobrevivido — habrían hecho que se perdiera la mayor parte de ese conocimiento. Otro dato que ahonda en esta tesis es que en la versión de Marsella los palos tradicionales no estaban ilustrados. Esto era lo más común pero había notables antecedentes, como el *Sola Busca* (creado hacia 1491), donde cada carta tenía su propio dibujo. Si esas ilustraciones ocultaban un conocimiento milenario, también se perdió. Por eso, años más tarde, los ocultistas volvieron al *Sola Busca* para crear su propio tarot.

A finales del siglo XVIII el juego del tarot se había expandido por parte de Europa con mayor o menor éxito. No parece que arrasara. Por ejemplo, el primero impreso en España data de 1736 y es de origen italiano. Donde más se extendió, y donde aún se juega, fue en Italia, además de las zonas limítrofes con Francia y Suiza y en Alemania. Ya faltaba menos para que adquiriera su carácter mágico y oculto. Lo que luego se conocerá como arcanos mayores tenía una razón de ser, un porqué, pero nadie pensaba que ocultara un conocimiento perdido. Como el resto de barajas, a veces se utilizaba para la adivinación, pero nadie pensaba que ésa fuera su verdadera (o principal) utilidad. De hecho, sólo se tiene constancia de un documento con fecha tan tardía como 1750, datado en Bolonia, donde se

describe el uso de estos naipes para leer el porvenir. El llamado *tarot de Bolonia* (muy distinto del de Marsella) fue el primero que se usó para la adivinación, pero no fue el origen de la tradición cartomántica francesa, la más extendida. De hecho, llama la atención que Casanova cuente en sus memorias la historia de una joven amante de 13 años que tuvo en Rusia en 1765 y que le ponía enfermo porque siempre estaba intentando adivinar el futuro con las cartas. A él no sólo le parecía ridículo sino que su práctica le desconcertaba. Teniendo en cuenta que el famoso seductor nació en Italia, patria del tarot y donde había cierta tradición de leer cartas, su extrañeza hace pensar que la cartomancia apareció en distintos puntos de Europa al mismo tiempo pero que no estaba muy extendida a finales del XVIII.

El tarot, tal como lo conocía la mayor parte de la gente que *lo* utilizaba, no era más que la evolución de otros juegos anteriores cuyo origen último hay que buscarlos en China, no en Egipto. Pero todo cambió cuando un buen día entró en escena una figura que nunca puede faltar en el mundo de lo paranormal: el chiflado de turno y sus alegres seguidores.

El tarot mágico

Aunque es imposible saber exactamente dónde y cuándo nació el tarot como juego de naipes, no hay duda sobre el cómo y el momento en que ese mazo de cartas se convirtió en lo que el poeta T. S. Eliot bautizó con sorna en *La tierra baldía* como "una baraja maligna". El mérito hay que atribuírselo a Antoine Court de Gébelin (¿1725?-1784), hijo de un conocido pastor protestante francés refugiado en Suiza por sus creencias religiosas. La fecha de su nacimiento sigue siendo un misterio, aunque la *más* aceptada es 1725. Tras ser ordenado sacerdote en 1754, volviendo sobre los pasos de su padre regresó a Francia, donde logró cierto renombre al enfrentarse públicamente nada menos que a Voltaire en el llamado caso Calas, en el que un comerciante protestante fue condenado por haber asesinado a su hijo al convertirse al catolicismo. A la larga, Court de Gébelin salió triunfante. En 1765 la pena fue conmutada, cose que fue de poco consuelo para Calas, ejecutado anteriormente.

Court de Gébelin fue, sin duda, un hombre muy respetado en su tiempo. Tras el caso Calas se convirtió en uno de los más firmes defensores de los protestantes en Francia—incluso intentó sin éxito reunidos a todos en una entidad común—, y con el tiempo abogó por tender lazos con los católicos para lograr un respeto mutuo, lo que le convierte en un precursor de la tolerancia interreligiosa. Siendo protestante y ciudadano suizo llegó a ser nombrado censor real en 1778 por el rey Luis XVII, lo que indica, sin duda, que gozó en su tiempo de un gran prestigio intelectual.

La época de Antoine Court de Gébelin fue una de las más apasionantes de la historia, hasta el punto de considerarse que la Edad Contemporánea—en la que nos encontramos— nació precisamente en 1789 con la Revolución Francesa. Es uno de *esos momentos* en los que, parafraseando a Marguerite Yourcenar, los viejos dioses han muerto y los nuevos aún *no* han nacido, y donde se produjo una eclosión de nuevas ideas que dieron la puntilla a las viejas concepciones de la Edad Media, que habían empezado ya a desmoronarse durante la Edad Moderna. No en vano se conoce al siglo XVIII como el de la Ilustración o el Siglo de las Luces. Pero junto a grandes aportaciones, como la *Enciclopedia* o la declaración de derechos humanos (en realidad, un invento norteamericano de 1776), tampoco faltaron las extravagancias. Así, numerosas ideas flotaban en el aire y eran

objeto de discusión en los salones y demás cenáculos en los que se fraguó la Revolución. En primer lugar estaban las nuevas teorías. La quiebra del sistema religioso fue consecuencia de la consolidación de la ciencia y la razón como métodos para analizar y solucionar problemas. Una práctica que nació con Francis Bacon (1561-1626) y a la que contribuyeron, entre otros, Kepler, Newton y Galileo. Otro hito fue la aparición, a partir de 1751, de la *Enciclopedia* de Denis Diderot y Jean d'Alembert. La apertura de miras de la época también se tradujo en un segundo grupo de ideas, viejas y poco conocidas, que volvieron a ponerse sobre el tapete: la alquimia, el mundo egipcio, la cabala...

Pero las *más* divertidas, y las que más influyeron en el tarot, fueron las ideas descabelladas. En la corte de Luis XVIII gozaba de gran predicamento, por ejemplo, el médico Franz Antón Mesmer, descubridor del magnetismo animal, sanador y precursor del espiritismo, cuyos méritos le han valido ser considerado unánimemente como el padre de las pseudociencias. Cuando la Academia Francesa de Ciencias tiró por tierra sus hipótesis, prefirió *no* darse por aludido, por lo que él y sus muchos seguidores acabaron funcionando como una especie de secta en la que el límite entre ciencia y creencia quedaba totalmente difuminado, y donde lo mismo le daban a la clarividencia que a la adivinación.

Además, en los cenáculos políticos se hablaba de una nueva corriente de pensamiento fundada en 1776 por Adam Weishaupt en Baviera, y cuyos seguidores eran conocidos como los *illuminati*. Pese a que hoy los misteriólogos profesionales y *conspiranoicos* dicen que los *illuminati* siguen dominando el mundo, lo cierto es que no eran más que una de tantas logias o sociedades similares que pululaban en aquella época por toda Europa. Aunque sus ideas eran bastante revolucionarias (querían acabar con las religiones y las patrias, abolir la propiedad, etc.), no pasaron de ser unos revolucionarios de salón, gente de cultura y clase alta que soñaba con un mundo utópico, pero con pocas ganas de hacer nada. Por mucho que se empeñen algunos, la organización fue disuelta en 1784, pero Weishaupt murió de viejo en 1830 ejerciendo de tutor de un noble acaudalado en la vecina Sajonia, y no como un proscrito perseguido por sus ideas liberales.

Para entender bien el origen de las pseudociencias y el ocultismo hay que remontarse un poco más en el tiempo, hasta la aparición de los rosacruces en Alemania a principios del siglo XVII, una especie de fraternidad universal formada por pretendidos sabios que aspiraban a renovar espiritual y culturalmente el planeta y que causó gran impacto en su época. El movimiento dejó cientos de imitadores a lo largo de los siglos

(sin duda, los *illuminati*, la teosofía y el ocultismo en general bebieron en sus fuentes). Tampoco es aventurado decir que los rosacruces estuvieron influenciados por John Dee (1527-¿1609?), mago, precursor del esoterismo y asesor de la reina de Inglaterra Isabel I. También cabe destacar al científico y teólogo sueco afincado en Londres Emanuel Swedenborg (1688-1772), uno de tantos heraldos del espiritismo. La lista puede ser incompleta, pero lo importante es que, ante los nuevos aires que azotaban a una Europa convulsa, unos lucharon por sostener las prebendas del Antiguo Régimen y otros dieron su vida por la libertad y la razón. En medio quedaron algunos que fueron incapaces de entender los nuevos cambios y decidieron vivir en su propio mundo de fantasía.

Primeras referencias escritas

Antoine Court de Gébelin y sus continuadores eran de su misma pasta. Ahora resulta difícil no sonreír ante sus andanzas, pero lo cierto es que fue un hombre de su tiempo, progresista, abierto y consciente de los cambios que se avecinaban. Sin embargo, a diferencia de Voltaire, Rousseau, Diderot, d'Alembert, Tom Paine y tantos otros coetáneos suyos, lo único que dejó para la posteridad —y por lo que se le recordará siempre— es su invención del lado místico y misterioso del tarot. Court de Gébelin, pese a ser pastor protestante, *entró* en la masonería en 1771 y fue recalando por distintas logias, hasta que en 1781 se convirtió en miembro fundador de la orden de los *philalethes*, en la que se daban la mano las ideas ocultistas de la época y la influencia del pensamiento de los *illuminati*.

La obra magna de Court de Gébelin fue *Le monde primitif* (*El mundo primitivo*), una especie de revista que duró nueve números y que quedó interrumpida por su muerte; en ella, el autor defendía la existencia de una especie de Edén primigenio regido por la armonía (una sola lengua, una única cultura, la misma religión para todos...), en el que se originó la humanidad y donde nacieron todas las ideas. Algunos eruditos de la época compararon incluso esa teoría *con* la del estado natural de Rousseau. El problema de Court de Gébelin era su metodología: en lugar de dedicarse al estudio, las ideas se iban sucediendo en su mente a la misma velocidad con que acababan en el papel. Con tan singular proceder no es de extrañar que entre sus éxitos se incluyera haber descubierto el alfabeto primitivo de 16 letras del que descienden todos los demás. Un lince.

En el volumen octavo de la colección, publicado en 1781, plasmó por primera vez las ideas que le hicieron famoso. En él explicaba su gran descubrimiento:

Hace unos años, invitado por una de las damas que conozco, Madame la C. d'H., que acababa de llegar de Alemania o Suiza, la encontré ocupada jugando a ese juego con otras personas. — Estamos jugando a un juego que seguramente no conoce.

—Es posible. ¿De qué juego se trata?

—Del juego de los tarots.

—He tenido ocasión de verlo cuando era muy joven pero no tengo ni idea de qué es.

— Es un batiburrillo de figuras de lo más extravagante. [...] Les eché una ojeada, y enseguida reconocí la Alegoría. Todos abandonaron el juego y se acercaron a ver aquella carta maravillosa en la que yo percibía lo que ellos no habían visto nunca; cada cual me mostraba un naípe distinto. En un cuarto de hora repasamos todo el juego, lo explicamos y llegamos a la conclusión de que era egipcio. Y como no se trataba de un efecto de nuestra imaginación, sino de las relaciones elegidas y reconocibles entre el juego y todo cuanto se conoce acerca de las ideas de los egipcios, nos prometimos ponerlo algún día en conocimiento del público, convencidos de que consideraría grato un descubrimiento y un regalo de esa naturaleza: un libro egipcio que había escapado de la barbarie, de los estragos del tiempo, de los incendios accidentales y voluntarios, y de la ignorancia, todavía más desastrosa.

Del encuentro —si se produjo— sólo se sabe que debió haber tenido lugar entre 1773 y 1778, y que la anfitriona pudo ser la condesa de Helvétius, viuda de uno de *los* enciclopedistas y dueña de uno de los salones más famosos de París. Pero lo más importante es que Court de Gébelin tardó apenas 15 minutos en llegar a sus conclusiones, y eso que la piedra de Rosetta —la que permitió descifrar el lenguaje de los jeroglíficos egipcios— no fue descubierta hasta 1799 y *costó* más de 20 años interpretarla por completo. Aun así, tras el el cuarto de hora más productivo de la historia de la antropología, Court de Gébelin sentó algunas de las leyendas que repiten aún hoy de manera acrítica muchos defensores del poder mágico de estos naipes. Por ejemplo, introdujo la idea de que eran utilizados para la adivinación, que llegaron a Europa con los gitanos, que cada uno de los cuatro palos tradicionales representa a uno de los estados del antiguo Egipto (recordemos: espadas para el ejército, copas para el estamento religioso, palos para los campesinos y oros para la burguesía), y que el número siete era fundamental para entender su estructura. Pese a su talento para la observación fue incapaz de descubrir,

por ejemplo, los abundantes símbolos cristianos que se pueden encontrar en el tarot de Marsella (el que utilizó para su descubrimiento) o de reparar en que el tigre que persigue al Loco nunca vivió en Egipto. Y decidió colocar tan singular carta como el último de los triunfos pues, según él, los egipcios contaban hacia atrás empezando por el más alto. Además creó uno de los mitos más persistentes sobre el misterio del tarot: su relación con la cábala judía. Para él, cada uno de los triunfos tenía una correspondencia con una de las 22 letras del alfabeto egipcio y judío. El problema era doble: si incluía al Loco en la cuenta, los triunfos sumaban 22 (es decir, adiós a la magia del siete); y si no lo incluía, no existía tal correspondencia. Un problema menor si tenemos en cuenta que el alfabeto egipcio del que habla ni siquiera existió.

Pero lo más significativo de las teorías de Court de Gébelin no es que fueran absurdas sino que probablemente fueran robadas. En el mismo número de *Le monde primitif* donde anunció su descubrimiento, incluyó otro ensayo escrito por el conde de Mellet, un prestigioso y laureado militar, en el que también se hablaba del tarot. Sus hipótesis eran muy similares, pero diferían en la interpretación de los triunfos. Sin embargo, el texto es totalmente independiente y no alude en ningún momento a lo escrito por el pastor protestante. Teniendo en cuenta que su historia del descubrimiento del tarot es muy extraña, son muchos los estudiosos que sospechan que el religioso se basó en Mellet. De hecho, en un número anterior de *Le monde primitif* (de 1778) había incluido una breve alusión al tarot (que escribía utilizando la grafía francesa de *tarraux* y en plural) y lo describía como un simple juego de cartas. También es posible que ambos se hubieran carteadado con anterioridad, hubieran compartido sus teorías y las hubieran escrito por separado. Aun así, lo más probable es que De Gébelin recibiera el artículo de Mellet como una contribución a la revista y, después de leerlo, escribiera el suyo y lo publicara haciéndolo parecer anterior.

Un dato curioso, pero que permite acercarse un poco más al personaje y a los orígenes de las pseudociencias, es que Court de Gébelin fue un gran admirador de Mesmer y se puso en sus manos en dos ocasiones: no fueron más porque el clérigo murió durante el segundo tratamiento. En uno de sus libros, una mano anónima lo despidió con un satírico epitafio: "Aquí yace De Gébelin, que habló griego, hebreo y latín; admiremos todo su heroísmo, murió mártir del mesmerismo". Por lo visto, no todo el mundo le tomaba en serio.

Etteilla y la cartomancia

Jean-Baptiste Alliette (¿1737?-1791), más conocido por su sobrenombre de Etteilla, merece compartir con Court de Gébelin y el hoy olvidado Mellet el mérito de ser uno de los padres del tarot tal como lo conocemos en la actualidad. Además de vendedor de grano —y no peluquero, como sostienen algunas biografías—, él fue quien introdujo el tarot en el mundo del ocultismo (dominado por la cabala, la alquimia, la magia...), además de convertirlo en la baraja más utilizada por los adivinos (probablemente fue el padre de la palabra *cartomancia*). Asimismo, al igual que su ilustre colega, fue un miembro activo del debate público que precedió a la Revolución francesa, y entre sus propuestas destacan la defensa de una especie de seguridad social para ancianos o su frontal rechazo a la pena de muerte.

En 1770 publicó la que probablemente fue la obra más importante de su vida: *Etteilla o un modo de recrearse con un juego de cartas, por M****. En los siguientes cuatro años llegó a publicar tres libros más sobre astrología y numerología y una reedición de su primer trabajo. Además, ganó cierta fortuna leyendo las cartas, aunque con una baraja clásica. Luego, durante diez años dejó de escribir. Curiosamente, no volvió a la carga hasta 1783 con la tercera edición de su obra. En esa ocasión, en las tapas de cuero aparecía grabada en grandes letras la palabra *Cartonomanía*, cuya paternidad se atribuyó (y de la que deriva *cartomancia*). Esta nueva edición parece tener una explicación. Un año antes había enviado a la censura el manuscrito de *Cartonomancia egipcia o una interpretación de los 78 jeroglíficos conocidos como tarots*, pero su publicación había sido denegada. El motivo no se conoce, pero se sabe que en uno de sus escritos se defendió de la acusación de haber plagiado a Court de Gébelin, quien trabajaba entonces como censor real. En 1785 logró publicar *Una manera de recrearse con la baraja de cartas llamada tarots*, en la que abundan las loas a Court de Gébelin pero con quien no coincide a la hora de explicar las cartas ni en el diseño de la baraja.

De las teorías de Etteilla, la más importante —por la influencia que tuvo en ocultistas posteriores como Aleister Crowley— es la que identificaba el famoso libro del que habló Court de Gébelin, al que bautizó como *Libro de Toth*, con lo que dio pie a una de las más famosas leyendas sobre la baraja. A Etteilla se le ocurrieron muchas más ideas que aún siguen en vigor, como la introducción del zodiaco a la hora de interpretar las tiradas. En algunas de las primeras barajas italianas aparecían símbolos astrológicos, pero él vinculó el zodiaco a su estructura interna. Según su opinión, las doce primeras cartas representaban los signos. Además, se

creo que fue la primera persona que se anunció para ofrecer, previo pago, sus servicios como lector de cartas del tarot. Su faceta comercial fue incluso más allá, pues como hacía tiempo que el juego había caído en desuso en París ante el empuje de las barajas francesas (con picas, tréboles, diamantes y corazones), él mismo se encargó de traer tarots desde Marsella y Estrasburgo y comercializarlos. También fue pionero a la hora de crear su propio mazo (que aún se publica con su nombre), de sólo 33 cartas, y con una serie de anotaciones en los cuatro lados del naipe que permitían al neófito interpretarlo sin necesidad de conocer su *verdadero* significado (una práctica que hoy presentan muchas barajas).

Eteilla relacionó las cartas y la adivinación años antes que Court de Gébelin, que se centró en el tarot y lo dotó de su simbolismo ocultista. El primero tuvo que defenderse de las insinuaciones de haber plagiado al segundo y, aunque al principio lo colmó de elogios, acabó asegurando que, en realidad, el pastor protestante se había limitado a copiar a Mellet, el cual, a su vez, no había hecho más que transcribir lo que le había contado su cocinera. La irrupción de Eteilla en el mundo del tarot fue uno de los detonantes del éxito que pronto conocería la cartomancia. En 1790 fundó la Nueva Escuela de Magia (*Nouvelle École de Magie*), cuna en la que se criaron decenas de adivinos que, en años sucesivos, dieron con sus huesos en comisaría. Según él, contaba con unos 500 alumnos, de los que 150 eran buenos y sólo dos extraordinarios. Lo importante es que esos estudiantes tendrían luego sus discípulos y clientes. En pocos años, la adivinación mediante cartas era una práctica muy extendida en París y la moda empezaba a expandirse por el resto de Europa.

Lo curioso de los dos padres del tarot es que ambos fueron acusados de plagio y cada uno por su lado reivindicó ser el auténtico padre de la criatura: deshonestidad y cara dura. La baraja estaba lista para su siguiente salto evolutivo.

Difusión

Los dos pilares del tarot ocultista estaban ya asentados a principios del siglo XIX y sólo faltaba un tercer elemento, que permitiría a estos naipes encontrar su lugar en el mundo: el adivino como personaje o personajillo. Si hay una persona que merece ser señalada como pionera, ésa es Anne Marie Le Normand. En cuanto a la honestidad de sus antecesores a la hora de hablar de su descubrimiento, no cabe dudar de que creían lo que decían. Pero con ella se inaugura una tradición esotérica en la cual la cara dura se convirtió en lo más importante de la adivinación, y las cartas en la excusa.

Si hoy existen en España los Rappel, Octavio Aceves o Aramis Fuster — aunque creo que a ésta el siglo XIX la pilló mayor— es porque entre 1772 y 1843 Le Normand honró al mundo con su presencia.

Sus comienzos fueron difíciles. Nacida en Alençon, un pequeño pueblo de Normandía, quedó huérfana a los cuatro años e ingresó en un convento. Con tan sólo 14 decidió irse a vivir a París, donde llegó a convertirse en la clarividente más famosa de la historia con el sobrenombre de Mlle. Lenormand. Dos de sus muchos méritos fueron llegar a ser rica a partir de la nada y salir a flote sola en una sociedad dominada por hombres. Los archivos policiales de la época conservan aún las anotaciones de varias detenciones que sufrió por leer las cartas, algo prohibido en Francia entre 1801 y 1809. Su capacidad para el *marketing* era prácticamente ilimitada. De los 14 libros que firmó, todos fueron autobiográficos o hablaban de ella, y si habló del tarot o la cartomancia fue de pasada. No menos meritorio es que prácticamente todo lo que escribió sobre sí misma era mentira, difícil de creer o imposible de probar. Pese a todo, consiguió que circularan por el mundo nada menos que tres barajas con su nombre, y las tres son *la auténtica*: más sorprendente es que ninguna sea en realidad un tarot o que ella no las diseñara. De hecho, llevaba años muerta cuando salió el primero (*El gran juego del tarot de Mlle. Lenormand*).

El éxito de Lenormand no radicaba en su capacidad para adivinar el futuro sino en haber convencido a toda Francia de que poseía ese don. Su vida se basó siempre en una gran mentira: que había sido la echadora de cartas personal de Josefina, la esposa de Napoleón. Utilizando como base esta relación, publicó incluso una biografía de la malograda primera esposa del general Bonaparte. No hay un solo historiador serio que dé algún valor a este relato ni existen pruebas de que llegara a conocerla, pero fueron las credenciales con las que consiguió su fama y las que le abrieron las puertas de la alta sociedad.

A diferencia de sus predecesores, Lenormand no se codeó con la Ilustración y llegó tarde a la Revolución francesa (la situación política en los años que le tocó vivir fue relativamente estable, aunque convulsa). En cambio, la cartomancia era ya una práctica bastante extendida entre ciertas clases sociales y sobre todo entre las mujeres, algo que todavía ocurre hoy en día. Una de las pocas ventajas que debía de tener ser mujer en aquella época era la creencia de que tenían un sexto sentido o una *intuición femenina*. Algunas como ella supieron ver la ventaja adaptativa que esto suponía y encontraron en la videncia una vía de escape. Curiosamente, parte del legado de Mlle. Lenormand es que, a su manera, dio un paso más en la larga lucha de las mujeres por emanciparse. Hasta que llegó ella, los

curas eran hombres y las brujas mujeres. Ella fue una especie de sacerdotisa pagana de una incipiente nueva religión que algún día se convertiría en el movimiento *New Age*. Ni cura ni bruja, pero a la vez un poco de ambas cosas.

La edad moderna del tarot

Pese a que hoy lo más habitual es que los echadores de cartas utilicen tarots (o sus variantes), la herencia ocultista se habría perdido en la noche de los tiempos de no ser por Alphonse-Louis Constant, a quien la historia recordará por su sobrenombre de Eliphas Lévi (1810-1875). Tras haber publicado varios libros sobre religión, poesía, socialismo, etc., su vida dio un giro muy importante en la década de 1850, cuando descubrió el ocultismo y decidió consagrarle su existencia. Aunque muchas de las corrientes de pensamiento que abrazó (como el hermetismo, la cabala, la astrología y la alquimia) también influyeron en sus predecesores, Lévi fue el primero en considerarlas como un todo y no como conocimientos independientes e hizo un esfuerzo importante por sistematizar todo ese saber en la línea de John Dee. Tras descubrir el ocultismo pasó de ser un devoto católico y socialista radical a convertirse en Eliphas Lévi, nombre que adoptó para su nueva vida. Es, sin duda, uno de los fundadores de la llamada *tradición occidental* y lo que denominó *gran magia*. La diferencia, según él, entre ésta y la otra (la de andar por casa o magia simple) radica en que su utilización era, sobre todo, una vía de crecimiento personal hasta alcanzar un nuevo estado trascendental de superación en el que a sus practicantes les acabaría saliendo el conocimiento por las orejas. De él se puede decir que escribió mucho, que lo mezcló todo y que probablemente no sabía de nada. Por lo visto, ni siquiera leyó la mayoría de los libros en los que aseguraba basarse.

Lévi fue importante por muchos motivos. En primer lugar, porque consideraba que el tarot era una especie de libro que contenía el saber acumulado en todos los demás libros sagrados. Para él era mano de santo a la hora de leer el futuro, pero la adivinación no entraba dentro de lo que consideraba gran magia. Su dedicación a la causa ocultista fue total y, aunque quizá no inventó la palabra, creó sin duda su significado actual. Pero no sólo aportó el significado sino también la estética. En un momento en que las logias se consideraban depositarias de los conocimientos ocultos que sólo los iniciados podían llegar a dominar,, siguiendo unos pasos y rituales, él fue un divulgador que escribía para ser leído y apenas tuvo relaciones con la masonería o similares, en parte por el

mal sabor de boca que le dejaron los años que estuvo en el seminario. Su casa, llena de extraños objetos, y su forma de vida (acostumbraba a vestir como un monje, tuvo fama de ser muy austero y renunció a las mujeres) contribuyeron a moldear la imagen del ocultista, como hizo Lenormand con la de la adivina. Su obra influyó notablemente en otros apóstoles de la baraja como Paul Christian (1811-1877), que inventó la división entre arcanos mayores y menores, o Gérard Anaclet Vincent Encausse (1865-1916), más conocido como Papus.

Sin Lévi, cuya verdadera fama no le llegó hasta después de muerto, el ocultismo sería hoy probablemente una anécdota del pasado y su relación con el tarot no se habría prolongado más allá de sus fundadores. Pero dejó un buen número de discípulos —enfrentados por ver quién era el verdadero— y, sobre todo, se convirtió en una referencia intelectual de dos movimientos que en años venideros tendrían mucha importancia: la teosofía y la *Golden Dawn*. En ese ambiente el tarot se hizo definitivamente adulto y se logró la síntesis final de todas las tradiciones instauradas por sus diferentes fundadores. Una forma que se mantuvo hasta la llegada de la *New Age* y que aún hoy permanece prácticamente igual.

Triunfo final

El tarot mágico, místico, simbólico y adivinatorio nació en París y allí inició su expansión por el resto del mundo, sobre todo por los países anglosajones. Gran Bretaña y Estados Unidos utilizaban cartas de origen francés (picas y compañía) y, salvo algún entusiasta de los naipes, los palos tradicionales eran prácticamente desconocidos. Por eso, en esos lugares la idea de que antes había sido un simple juego de naipes que, a su vez, no era más que la evolución de otros anteriores resultaba totalmente ajena. Por ejemplo, en España bastaba quitarle algunas cartas al tarot de Marsella para poder utilizar esos naipes en cualquier mesa del país. En cambio, en Estados Unidos, un tarot como el de Marsella parecía todo menos una baraja de cartas. Por esa razón, su difusión se produjo a través de echadores de cartas que proliferaban como setas y de varios sistemas de creencias que incorporaron la *baraja maldita* a su arsenal paranormal. La teosofía y la *Golden Dawn* fueron en esos países dos de los embajadores más destacados.

La teosofía es otra de las doctrinas que pretenden haber dado con la verdadera naturaleza del ser humano y los caminos para progresar

espiritualmente. Al hablar de su fundadora, Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), hay que ponerse de rodillas ya que no es fácil conseguir — como hizo ella— que la británica Sociedad para la Investigación Psíquica (que todavía existe) la calificara como "una de las impostoras más grandes de la historia". La distancia entre la realidad y su biografía oficial es tan grande que hace falta un libro como *El mandil de Madame Blavatsky*, de Peter Washington, para empezar a recorrerla. Con libros como *Isis sin velo* (1875) y *La doctrina oculta* (1888), que todavía se publican, y la fundación de la Sociedad Teosófica, de la que fue expulsada más tarde, consolidó una doctrina repleta de misticismo de novela y supuestos conocimientos heredados de un maestro nepalí (Mahama Morya o Mahama M.) a quien conoció en un sueño. Pese a su orígenes humildes, Blavatsky logró rodearse de intelectuales, políticos, periodistas, nobles y todo tipo de sospechosos habituales, y hoy existen muchos miles de seguidores suyos repartidos por todo el mundo.

Blavatsky fue una apasionada del tarot y llevaba su origen hasta los rodillos babilónicos guardados en el Museo Británico (de unos 5.000 años de antigüedad), que consideraba los antecesores de las cartas y los primeros guardianes de una doctrina primigenia.

No hay duda de que contribuyó notablemente a la difusión de la baraja en los países en que sus teorías teosóficas se hacían populares. En los países anglosajones encontró un caldo de cultivo abonado para sus ideas, ya que ella fue una de las seguidoras de Allan Kardec, padre del espiritismo europeo, mientras que en Estados Unidos, gracias a las hermanas Fox, el espiritismo se había convertido en un importante movimiento religioso. La teosofía fue el último ingrediente añadido al puchero de ocultismo, esoterismo y misticismo occidental, o como quiera llamarse, que rodea al tarot. Y como las pseudociencias funcionan por acumulación —y no por descarte de las teorías consideradas erróneas—, estas creencias actúan como vasos comunicantes a la hora de difundir sus respectivos delirios.

La mentira del simbolismo

Entre los muchos competidores de la Blavastky por el lucrativo mercado de almas candidas es obligado mencionar a Aleister Crowley, padre del satanismo moderno, considerado en su época el hombre más perverso del mundo. Realmente hay que descubrirse ante este personaje de indudable inteligencia y popularidad, que logró vivir como un marqués casi toda la vida sin dar palo al agua, cultivando todos los vicios terrenales de los que tuvo conocimiento. Aleister Crowley dio un nuevo lustre a las teorías de Lévi y creó el concepto de *magick* a imitación de *la gran magia* de su predecesor. En su biografía es muy importante su relación con la orden hermética del Alba Dorada (más conocida por su nombre inglés de *Golden Dawn*), fundada en Londres en 1888, y con la orden del Templo del Este (otra fraternidad surgida en Alemania a finales del siglo XIX o principios del XX), ya que fue el miembro más distinguido de ambas.

Crowley fue siempre un devoto del tarot (en la modalidad de libro de conocimiento sagrado). Años después creó una de las barajas o tarots más famosos del mundo a la que, en un alarde de originalidad, bautizó como *Libro de Toth* (él hizo el diseño y el libro que le acompañaba y Frieda Harris ilustró los naipes). Su devoción por la baraja la adquirió en la *Golden Dawn*. Pese a que la Gran Bestia 666 —otro de sus mote— llegó a elaborar su propio tarot, nunca pudo superar el que publicó su viejo enemigo de los tiempos en la orden Arthur Rider Waite. Éste fue quien concibió y editó en 1909 el que es, sin duda, el tarot por antonomasia, cuya fama sólo rivaliza con el de Marsella, aunque probablemente sea mucho más utilizado hoy día. Es el conocido por el nombre del autor, "Raider Waite", aunque los *connaisseurs* prefieren referirse a él como "Waite Smith" en recuerdo de Pamela Coleman Smith, la artista que dibujó las cartas.

Esta baraja nació con una finalidad comercial y su atractivo diseño fue una de las causas de su enorme difusión. La gran diferencia con los anteriores es la época en que surgió. Otros ocultistas como Lévi habían intentado llegar a un público más amplio, no mayoritario sino de gente interesada en la materia. En cambio, en la *Golden Dawn* los rituales y el secretismo eran fundamentales. A principios del siglo XX sus miembros

empezaron a enfrentarse entre ellos por el liderazgo y otras cuestiones (generalmente, más personales que doctrinales). Crowley publicó, por ejemplo, algunos de sus secretos con la sana intención de exponerlos al escarnio público. Así, cuando Raider Waite tuvo la idea de hacer su propia baraja, lo hizo en un momento en que la existencia de las doctrinas ocultistas era *vox populi*. Por supuesto, hubo gente que se frotó las manos con la traición de Crowley a la *Golden Dawn*, pero hubo, sin duda, quien comenzó a interesarse por tales teorías. A este nuevo segmento del mercado iba dirigida esa baraja. Del Waite Smith se puede decir que es el que marca el final de la evolución del tarot, ya que consiguió desterrar el estándar basado en el tarot de Marsella y se convirtió en la referencia para clasificar las llamadas "cartas de meditación", según la definición de la profesora canadiense de historia del arte Emily E. Auger dada en su libro *Tarot and other Meditation Decks*, pues, efectivamente, estos naipes son hoy cartas de meditación.

Pero lo más importante es que el tarot ocultista —o como se le quiera llamar— es tan falso como el que se usa en la clarividencia o adivinación. Las dos bases sobre las que se sustenta esa leyenda, la del libro del saber y la del compendio simbólico, son totalmente falsas.

El saber perdido

Sus defensores creen que el tarot esconde un saber oculto y perdido en la noche de los tiempos, pero lo cierto es que, desde antes incluso de difundirse como cartas mágicas, la confusión sobre su estructura era el menú del día. Una teoría sobre la baraja, no por muchas veces repetida menos falsa, era errónea incluso antes de que apareciera el tarot. Se trata de la que afirma que los cuatro palos de la baraja clásica representan los cuatro órdenes de la sociedad medieval egipcia: burguesía (oros), nobleza o iglesia (copas), ejército (espadas) y pueblo llano (bastos). El problema está precisamente en esta última. Esta división de la baraja es la que aparece en la ya citada baraja mameluca del siglo XIV. Lo que ocurre es que en ella los bastos eran en realidad palos de polo, un deporte que ya se practicaba y en el que difícilmente participaba el pueblo llano (como mucho, como espectador), ya que había que gozar de una buena situación financiera para poder disponer de un caballo y de tiempo libre para disfrutar de la afición. Los nobles y los jinetes militares podían permitirse ese pasatiempo, el resto no. Por si fuera poco, en inglés se tradujo como *wands* (varitas mágicas) simplemente para hacerlo más mágico y misterioso.

Otro buen ejemplo de que el tarot es, simplemente, lo que cada uno haya

querido que sea lo encontramos en Waite Raider, a quien debemos que el palo de oros se convirtiera en pentáculos por un error de traducción. En su día Lévi le había dado un sentido más amplio y señaló que no sólo se refería al dinero sino a un concepto de riqueza más simbólico, así que lo bautizó como *pantacles*. Cuando Raider Waite tradujo al inglés sus escritos, dejó la palabra en francés, lo que originó la costumbre de referirse a él como pentáculos (una figura de cinco puntas). Sin embargo, a estos símbolos Lévi los llamaba pentagramas. Sin darse cuenta del error, Crowley convirtió este símbolo en uno de los más reconocibles del satanismo.

Esto no niega que el que ilustró el primer tarot utilizase elementos que pudieran ser reconocibles (símbolos exotéricos), pero pone en entredicho que el artista tuviera otra preocupación que no fuera la de estructurar las cartas. Hay que recordar, además, que las primeras cartas *di tronfi* (los abuelos de los arcanos mayores) no se numeraban, y que los jugadores debían memorizar o saber reconocer su jerarquía. Por eso, no pasó mucho tiempo hasta que se numeraron e incluso se les añadió un nombre. La necesidad de dar coherencia a ese quinto palo llegó a tal punto que hubo que emplear el cero para el Loco —un número árabe— mientras que el resto se identificaba mediante números romanos (entre los que no existe el cero). Es decir, si la supervivencia del juego del tarot hubiese dependido del valor simbólico más básico y elemental (es decir, conocer el valor de cada carta sólo por su dibujo), probablemente habría desaparecido. No digamos ya si las cartas hubiesen tenido una simbología esotérica (oculta): apenas habría iniciados para jugar una partida.

La historia de los palos y la numeración es una simple anécdota pero anuncia lo que ocurrirá a partir de Court de Gébelin y cómo la imaginación tuvo más peso en la historia de la baraja que cualquier intento serio de estudiarla. Cuando la descubrió —según él, mientras jugaba una partida con un tarot de Marsella—, identificó enseguida los símbolos egipcios que ocultaban los naipes. Su teoría de que encerraban el saber codificado de los tiempos de los faraones egipcios (sobre cuya cultura apenas se sabía en aquella época) obliga a hacerse varias preguntas: ¿qué habría pasado si hubiese empleado otra referencia? Por ejemplo, el *Sola Busca* de finales del siglo XVI, que sirvió de base al Waite Smith. Entre éste y el tarot de Marsella hay una diferencia abismal y de tipo estructural (es decir, la más importante que puede haber), y es que en el *Sola Busca* había también ilustraciones en los arcanos menores. Eso sin contar las múltiples diferencias entre los arcanos mayores de ambas barajas. Y entre un modelo y otro, había decenas de tarots diferentes en países tan distintos

como Suiza, Bélgica, Alemania o Italia. Quizá a los echadores de cartas no les parezca extraño, pero resulta inverosímil que Court de Gébelin tuviera la suerte de dar con el único mazo verdadero y supiera reconocer en él el libro de los egipcios cuando, en realidad, no era más que uno de tantos de los que circularon por Italia y Europa. Si hubiese examinado el resto, y demostrado que eran simples copias sin fundamento, sus teorías podrían haber tenido alguna credibilidad, pero es que ni siquiera sabía que existiesen. Aún así, sus seguidores lo siguen considerando un erudito.

Sobre la interpretación que hizo de las cartas, ninguna ilustra mejor su desconocimiento de la materia que la carta del Ahorcado. Como no entendía qué pintaba entre los arcanos mayores un tipo colgado de un pie, decidió que, en algún momento, un impresor ignorante había reproducido la carta al revés, y que el original era en realidad un hombre atado a un poste manteniendo el equilibrio sobre una de sus piernas mientras una serpiente amenaza con morderle. Según él, la carta aludía a la prudencia. Para un suizo afincado en París a finales del XVIII aquella interpretación podía parecer lógica, pero no para un italiano del siglo XV. Colgar boca abajo era un castigo que se reservaba a los traidores.

Igualmente interesante es la relación del tarot con la cábala judía. Esta mezcla de religión y ocultismo *avant la lettre*, hoy tan de moda por contar a Madonna entre sus seguidores y por el libro *El código secreto de la Biblia*, de Michael Drosnin, se basa principalmente en buscar claves matemáticas ocultas en la Biblia hebrea (el Antiguo Testamento) y descubrir mensajes secretos puestos ahí por Dios mientras inspiraba las Escrituras. Otra de las referencias de la cábala era el *Sepher Yetzirah* (*Libro de la creación*), compuesto en algún momento en la antigua Palestina entre el año 100 y el 600 de nuestra era y que se atribuye al patriarca Abraham (que, aunque nunca existió, se supone que vivió entre el 2000 y el 1500 a. C). En él se describe el llamado árbol de la vida, formado por diez cualidades (sabiduría, inteligencia, poder, grandeza, etc..) relacionadas entre sí, que representan el funcionamiento del Universo. Este sistema cerrado, que contenía todo el saber, fue modelo de inspiración para los ocultistas cuando crearon su teoría sobre la baraja al convertirla en una especie de puerta de acceso a esos conocimientos.

Dejando a un lado el árbol de la vida (hoy tenemos mejores formas de explicar cómo funciona el Universo), el principal problema de la cábala es que, aunque el método existiera, no se podría usar por una razón que todo el mundo entiende, salvo los integristas religiosos y los ocultistas: los textos originales de la Biblia se perdieron y las primeras copias que tenemos de algunos documentos se realizaron incluso siglos después de

ser escritos. De ahí que la Biblia no contenga la palabra inspirada por Dios sino una copia manuscrita de otra copia manuscrita, y puede que de muchas copias manuscritas anteriores del original que escribió el presunto autor *inspirado*. Eso sin contar con que apenas hay rastro de los originales en arameo y que la práctica totalidad de los textos son traducciones al griego o al latín. Por esa razón, de muchos pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento existen distintas variantes en función de lo que cada copista quiso añadir (sin contar los numerosos errores tipográficos u ortográficos, que también afectarían a la lectura cabalística). Si en los originales hubo un código secreto (hipótesis bastante arriesgada), no cabe duda de que se perdió con el paso del tiempo. Si a eso añadimos que la cábala surgió en el siglo XII en España y el sur de Francia, y no en el antiguo Egipto (cuna del tarot, según los ocultistas), es difícil ver qué relación puede haber entre una y otro. La única que hay es el intento de dotar a las cartas de un contenido mágico para legitimarlas.

Tampoco tuvo éxito Raider Waite con su método. Rompiendo con toda la tradición anterior, decidió que el Loco era la penúltima carta de la baraja, aunque siguió numerándola con el cero. Su teoría resultó tan peregrina que hasta Pamela Coleman protestó y, como no le hizo caso, decidió ocultar su firma debajo de un detalle del dibujo (en las otras 77 su rúbrica aparece bien clara). En realidad, y pese a su aspecto, ni siquiera se puede decir que esa carta sea un triunfo ya que podía emplearse en lugar de cualquier carta pero nunca como sustituta (no es *un joker*). En Francia se la conocía como *l'excuse* (la excusa), ya que permitía pasar sin abandonar la partida. Para complicarlo más, según la zona a veces era la que más puntos daba, y otras no hacía ganar ninguno. Además, hay constancia de barajas del siglo XV en las que el Loco no existía y el Mago era una mezcla de ambas. Tanta ambigüedad se traduce en que, a día de hoy, la carta sirve tanto como la primera de los arcanos mayores (indica ingenuidad y el inicio del camino) o la última (que significa lo contrario: madurez y fin del recorrido).

Otro de los absurdos de la teoría del tarot como libro de conocimiento es el esfuerzo de los ocultistas por no ver la más que evidente simbología cristiana. Dado que las cartas nacieron en un ambiente en que lo religioso y lo artístico iban de la mano, los artistas que dibujaron las primeras cartas de *trionfi* las llenaron de símbolos cristianos. El ejemplo más evidente es la carta conocida como el Mundo, en la que una figura central (un planeta o una mujer) aparece rodeada por cuatro figuras: un águila, un buey, un toro y un ángel. Es una imagen que aparece en Ezequiel (1,10) y pertenece, curiosamente, al pasaje que suelen utilizar los ufólogos para decir que los

ovnis nos visitaban también en tiempos bíblicos. El profeta ve en una visión descender del cielo el trono de Dios rodeado de estos personajes. El intento de separar al tarot de las influencias cristianas no fue algo casual sino buscado. El propio Court de Gébelin decidió que las cartas conocidas como el Papa y la Papisa eran en realidad el Sumo Sacerdote y la Sacerdotisa para darles un aire más egipcio y menos renacentista. Aun así, los ángeles y las cruces son elementos que aparecen en las cartas por doquier. Cabe señalar que algunas barajas han recristianizado el tarot al convertir a los Amantes en Adán y Eva, situar la carta en el paraíso y volver a incluirlos (esta vez encadenados) en la carta del Diablo. El *Golden Tarot* de la australiana Kat Black es el máximo ejemplo ya que toda su iconografía es religiosa, hasta el punto de que el Mago es Jesucristo. Pero lo que tiene que quedar claro es que la relación entre el tarot y el cristianismo es puramente estética. La religión era prácticamente la única referencia cultural en los lugares donde nació y se difundió el tarot e influía en todos los ámbitos, incluido el diseño de las barajas de naipes.

Si es cierto que el tarot oculta un saber que se pierde en la noche de los tiempos, todo indica que seguirá ahí por una temporada ya que no hay manera de ponerse de acuerdo sobre su significado.

Pero quizá su mayor aportación fue la confusión sobre la naturaleza del rey Toth.

El tarot no es la única tradición que el ocultismo y el esoterismo (sean o no lo mismo) han hecho propia y acumulado sin preocuparse por su auténtica naturaleza mientras sirva a sus propósitos. Un ejemplo similar lo encontramos en el *Necronomicón*, el inexistente libro al que aludía el poeta loco Abdul Alhazred, un personaje ficticio nacido de la imaginación del escritor H. P. Lovecraft. Sin embargo, que el libro no exista no quiere decir que no haya sido editado. En realidad, existen varios *Necronomicones* por el mundo, aunque sólo haya dos que se presentan como auténticos. Según explican Daniel Harms y John Wisdom Gonce III en *The Necronomicón Files*, el primero de ellos apareció en 1972 y el segundo en 1998. En España se ha editado al menos uno y, sinceramente, da igual de cuál de los dos falsos originales sea la traducción. Lo curioso es que, tal y como explica Wisdom Gonce III en el libro, cualquiera de los dos sirve para los rituales de *magick*. La sensación que queda es que el libro, como el tarot, no es más que una parte del *atrezzo* con el que decoran su vida los amantes del pensamiento mágico. Lo que diga el libro —el original inexistente o sus múltiples falsificaciones— es lo de menos. Para quienes quieren creer, toda piedra hace pared.

El proceso que siguió el *Necronomicón* desde su nacimiento como licencia literaria hasta convertirse en objeto de adoración es muy similar y tan peculiar como el del tarot. En "El Sabueso" ("The Hound", 1923) uno de los primeros relatos de Lovecraft, los protagonistas consultan el libro de ese nombre para descifrar un símbolo que aparece en un colgante. A partir de ahí, el *libro prohibido* aparece en muchos de sus relatos pero, como refleja una carta conservada escrita por el autor en 1925, Lovecraft solicitó consejo a un amigo sobre literatura ocultista ya que reconocía que sus conocimientos se limitaban prácticamente a lo que leía en la *Enciclopedia Británica*. En años sucesivos, y a medida que el *Necronomicón* se iba convirtiendo en una especie de protagonista común de sus distintos relatos, no cabe duda de que se informó sobre la materia pero nunca llegó a ser —ni lo pretendió— un experto. Es más, Lovecraft ni siquiera creía en lo que hoy llamaríamos pseudociencias. Escribió más de una vez contra la astrología y, en colaboración con el mítico escapista Harry Houdini (uno de los más grandes escépticos de la historia), trabajó en un libro llamado *El cáncer de la superstición*, que se malogró al morir el ilusionista. Por si fuera poco, llegó a definirse como "un absoluto materialista en lo que a creencias se refiere". Gracias a las cartas que escribió y que aún sobreviven, se sabe que no sólo afirmó siempre que el libro no existía sino que incluso le molestaba que algunos pensaran lo

contrario. Sobre la posibilidad de escribirlo, lo descartó en más de una ocasión por el esfuerzo que hubiera implicado, y para no decepcionar la imagen que sus seguidores tenían del famoso libro.

Pese a todo, los intentos de convertirlo en algo real comenzaron incluso antes de su muerte. En 1934, un seguidor suyo publicó una reseña "de la edición de W. T. Farraday" en un oscuro periódico local norteamericano. La anécdota, apenas conocida fuera del círculo más cercano a Lovecraft, inspiró entre sus seguidores la costumbre de incluir referencias en catálogos especializados para librerías. En 1966 salió incluso a la venta un falso ejemplar por 25.000 dólares. Sin embargo, en estos hechos no hubo nada que no fuera con la intención de bromear. En 1973 se descubrió por casualidad que el libro podía ser comercial. El escritor Lyon Sprague de Camp y unos colaboradores crearon para la editorial Owlswick Press un libro titulado *Al Azif* (el presunto nombre árabe del *Necronomicón*) en cuya introducción el autor explicaba cómo había logrado sacar ese incunabulo de Irak. Apenas se editaron 350 ejemplares, todos ellos en una cuidada imitación de un libro antiguo escrito en un lenguaje imaginario. En seguida se convirtió en una pieza muy buscada y su precio se disparó. Quizá fue esto último lo que originó la avalancha de falsos *Necronomicones* (hasta 11 en una década). En la mayoría de los casos, los autores no ocultaban que se trataba de una recreación, aunque otros, como el llamado *Necronomicón de Simón* (seudónimo del grupo de autores que lo escribió en Nueva York en 1977), son venerados por los practicantes de la *magick* como auténticos. En Italia hay un grupo de rosacruces que lleva años publicando otro que muchos toman por el auténtico. Y como no podía ser menos, existe un tarot *Necronomicón*, realizado por el experto Donald Tyson y la ilustradora Anne Stokes, que se basa —según explicó Tyson— en el original que se guarda en el archivo akásmico.

Las barajas

Son tantas las barajas que hay hoy en el mercado que haría falta otro libro para hacer una somera descripción. Aunque está claro que no existe ninguna relación entre el tarot y el antiguo Egipto, las inspiradas en este mundo constituyen una variante propia. En realidad, si las observamos fríamente, todas las barajas son absurdas (quizá con la excepción de las que fueron antes cartas *di trionfi*, como el tarot de Marsella). ¿Es mejor el tarot de los bohemios o el de los templarios? ¿El del señor de los anillos o el de las brujas? ¿El pitagórico o el epicúreo? ¿El que se basa en las runas o en el I Ching? Por cierto, ¿cómo pueden ser tan distintos si todos guardan

el secreto de un mismo saber? Responder a estas preguntas sería como debatir si la calvicie es exceso de frente o ausencia de pelo.

Eso no quiere decir que algunos no sean interesantes, como el diseñado por el madrileño Carlos Pumariega, probablemente el mejor que se haya hecho en España. El único problema, y ahí radica su grandeza, es que parece una parodia de sí mismo, lo que no podía ser de otro modo ya que es bastante surrealista. También resulta curioso el diseñado por el dibujante italiano Milo Manara, que podría definirse como una baraja clásica, de no ser por un matiz: es un tarot erótico. Sucede que lo que Manara llama erotismo es lo que un aguerrido legionario calificaría de pornografía. Es imposible intentar leer nada cuando las cartas son una sucesión de miembros erectos, ninfas desnudas y una visión un tanto ácida de la religión. Lo mejor de esta baraja es que refleja cómo los tarots pretendidamente serios aburren hasta a las piedras y cómo los más extraños son los más interesantes.

Una de las barajas de meditación más populares del mundo es la que creó Salvador Dalí en 1973. La historia de este mazo en concreto es un buen ejemplo de que, por mucho que se diga, el único simbolismo que encierran las cartas es el evidente (por ejemplo, la Justicia se ilustra con una mujer vendada, una balanza y una espada) y el que cada uno se quiera inventar, pero nada más. Aunque a través de su mujer, Gala, el genio de Figueras tenía un amplio conocimiento de lo que era el tarot en todas sus dimensiones, nunca se le pasó por la cabeza crear uno propio hasta que hubo dinero por medio. Todo comenzó cuando los productores Albert Saltzman y Harry Broccoli decidieron apostar por incluir algunos nombres famosos en su siguiente película de James Bond. El primer intento de sustituir a Sean Connery (por George Lanza by en *Al servicio secreto de su Majestad*) había sido un fracaso, así que hubo que recuperar una vez más al actor escocés en *Diamantes para la eternidad*. Pero para la siguiente, *Vive y deja morir*, contaron con un actor como Roger Moore (conocido por la serie de televisión *El Santo*). La idea era arropar su debut encargando a alguien como Paul McCartney la banda sonora (que logró una nominación a los Óscar) y una baraja de tarot a Dalí. Se trataba de incluir los naipes en el cartel de la película y comercializarlos, lo que garantizaría un éxito publicitario seguro. Sin embargo, la cantidad que solicitó el artista fue tal que, finalmente, el encargo para realizar el tarot de 007 (o de las brujas) se lo llevó el semidesconocido pintor escocés Fergy Hall.

El caso es que la idea no debió de parecer tan mala a Dalí y su séquito, así que aprovechó algunos bocetos que había preparado y le encargó la

misión de completarlo a su por entonces estrecha amiga y conocida cantante pop Amanda Lear. Con la ayuda de un diseñador gráfico, las instrucciones del pintor (y probablemente de su mujer, Gala), ella se encargó de completar el mazo en plan *collage*. Dalí añadió algunas pinceladas, firmó las cartas y se publicaron. No sólo fue un gran éxito comercial sino que es uno de los más caros que hay en el mercado. Son naipes con una simbología en apariencia muy compleja pero que, en realidad, se crearon sin la menor intención de dotarlos de un significado profundo. De hecho, siendo como era un pintor surrealista, atribuirle un sentido a cada naipe hubiera sido ir en contra de su propia lógica (o ausencia de ella, nunca lo sabremos). Esto explica tanto la abundancia de mariposas en el diseño como la imposibilidad de interpretar su presunto sentido.

Una cosa curiosa es que, pese a su vinculación con el ocultismo, no existen tarots prohibidos o condenados por las autoridades, lo que parece indicar cierto triunfo de la cordura, ya que nadie que no sea un devoto de la materia puede pensar que esas cartas tengan ningún poder. En realidad, el único tarot prohibido del que se tiene constancia es, en principio, el que tiene una apariencia más inocua: el tarot de Peanuts o Carlitos. La historia de esta baraja es una metáfora en sí misma y es probablemente la que mejor permite entender la fuerza original de los *trionfi* y por qué evolucionaron hasta ser lo que son en el mundo de lo paranormal.

La baraja nació en 2002 en templeofdominoes.com como una especie de broma. Su autor, un tal Valerian, no creía que el tarot tuviera nada de especial, así que ideó con los personajes creados por Charles Schulz una especie de parodia en homenaje al Waite Smith. Según explicó muy bien el autor, la iconografía de esas cartas no era más que una visión bastante poco realista de la Edad Media en la mente de dos ocultistas británicos de principios del siglo XX. Es decir, 100 años más tarde las cartas habían perdido el escaso contenido simbólico que debieron de tener en su origen. En cambio, si se sustituían los dibujos originales por personajes tan conocidos como Carlitos, Snoopy, Lucy y sus amigos, los naipes prácticamente se leían solos. No sólo acertó de pleno sino que su tarot distingue realmente entre neófitos e iniciados, ya que los fans más acérrimos de la serie ven en las cartas mucho más que los que sólo conocen superficialmente sus andanzas. Así, como dicta la tradición ocultista, los iniciados las entienden mejor que los recién llegados.

Sobre algunos de los arcanos mayores de este tarot se podrían escribir tratados. Por ejemplo, en el tarot de Marsella la Justicia está representada por la clásica figura de la mujer con ojos vendados que lleva una balanza

en una mano y una espada en la otra. Una variación posible es que aparezca el juez Salomón con el niño en una mano y la espada en la otra, como ocurre en el magnífico *Gran Tarot Esotérico* de Luis Peña Longa y Maritxu Guler. Así pasamos de una Justicia como ideal, es ciega, justa y firme, a la representación metafórica de su aplicación con un nuevo elemento: la inteligencia y sabiduría de la puesta en práctica (o cualquier otra variación que desee plantear el lector). Pero en el tarot de Peanuts aparece Carlitos en el suelo (con su habitual expresión de perplejidad) y, junto a él, Lucy sostiene una pelota de fútbol americano y lleva unas gafas de sol. El que no conozca a los personajes tratará de identificar el símbolo de Lucy (es mujer y lleva los ojos tapados), pero los iniciados en el universo Peanuts la entienden en seguida. En muchas de las tiras, Carlitos acaba en el suelo porque su amiga le quita la pelota justo cuando va a chutar. Para entender la carta hay que saber lo que piensa Carlitos de esa especie de castigo divino que le arruina todos sus intentos de lanzar el balón. Lo importante de esta carta es cómo el verdadero sentido sí está oculto a simple vista, y con una sencillez que ya querrían alcanzar los autores de los tarots pretendidamente auténticos. No menos admirable es la carta del Diablo. En ella no aparece demonio alguno frente a una especie de Adán y Eva encadenados (como en el tarot de Marsella o el Waite Smith), sino que es Snoopy quien, subido en su caseta, abronca a Carlitos y a su amiga Pippermint Patty en plena noche. Si el escritor francés Jean-Paul Sartre viera este naípe repetiría aquello de "el infierno son los otros", aunque a los seguidores de la serie les intriga más saber qué hacen Carlitos y Patty paseando solos de noche, sabiendo lo que ella siente por él y cómo éste siempre ha evitado pronunciarse.

La historia del mazo en sí es igualmente interesante. No había pasado ni un mes desde que apareció en Internet cuando los abogados de Charles Schultz amenazaron a su autor con demandarle por violación de derechos de autor y la baraja desapareció. De modo que no sólo es el único tarot prohibido que se conoce sino que, además, muchas de sus cartas son casi imposibles de encontrar (el de Helio Kitty, igualmente apócrifo, no tuvo esos problemas).

De vuelta al juego

No es de extrañar que el tarot funcione mejor como parodia que cuando se toma en serio. Esto se ve claramente en el caso de la única baraja que merecería ser considerada como un auténtico juego de adivinación. Se trata del tarot del ama de casa.

Se trata de una joya de lo políticamente incorrecto nacida del talento de los americanos Paul Kepple y Jude Buffum. Está basado en el modelo de Marsella, y pese a ser una parodia, es tan bueno como los que se venden por ahí como auténticos. Está basado en la imagen típica de una mujer de la Norteamérica conservadora de los años 50, en los que la familia y el cuidado del hogar eran las únicas tareas que se le suponían a una señora decente. Bueno, eso y unas copitas a espaldas del marido para aguantar el tirón (el juego incluye una tirada con forma de Martini). A su impagable diseño retro hay que añadir la genialidad de algunas cartas como el Mago (un vendedor de electrodomésticos), el Hierofante (una televisión) y el Juicio (una señora pesándose). Pero quizá la mejor sea el tres de espadas, que normalmente se representa con un corazón atravesado por otros tantos estochos. Aquí, en cambio, es una tarta nupcial con tres cucharillas: ¿de quién es la tercera? La interpretación abre un gran abanico de posibilidades.

Pero lo más grande del tarot del ama de casa es que recuerda a los primeros usos de las cartas *di trionfi*, cuando había que hacer poesías o describir a otras personas en función de los naipes que salían. Por turnos, cada jugadora va leyendo el futuro a otra y adivinando cosas. Como lo normal es que todas se conozcan de sobra, la idea es aprovechar las cartas para reírse a costa de ello. Es el momento de descubrir ese cotilleo del que una se enteró por una tercera persona, tomarle el pelo a costa de su marido o echarle algo en cara con disimulo. Las posibilidades son infinitas. Aunque sea una rareza, el tarot del ama de casa demuestra (como el de Peanuts) lo fácil que es traducir un universo cerrado a un conjunto de símbolos sin caer en la pedantería habitual de las demás barajas. En lo relativo a la adivinación, el papel que interpreta la jugadora que hace de pitonisa es exactamente el mismo que en su día hizo famosa a Mme. Lenormand. Por lo que respecta al tema del conocimiento secreto, las cartas son tan obvias que apenas sirven para nada: a quien hay que conocer es a la jugadora que interpreta al cliente.

El miedo es el mensaje

Independientemente de los muchos usos —reales y ficticios— de los que hemos hablado a lo largo de estas páginas, el tarot está asociado en la mente de todos a la adivinación. La primera consideración que hay que formular al respecto es que, como todo en esta vida, el futuro ha evolucionado. Hasta hace bien poco, el porvenir tenía poca importancia desde un punto de vista histórico. En el antiguo Egipto —falsa cuna del tarot—, una persona de 30 años era ya anciana: eso si llegaba a cumplirlos. La infancia duraba bien poco (con cuatro o cinco años se empezaba a trabajar) y, salvo los parias, a los 15 años se era ya padre. Las posibilidades de prosperar eran muy remotas y la mayoría de la gente apenas salía de su pueblo a lo largo de su existencia. El marido mandaba, la mujer callaba y obedecía, y los matrimonios por amor no eran habituales (normalmente se acordaban entre las familias), así que poco sentido tenía ir a un adivino a contarle los problemas sentimentales. Con un panorama tan desalentador, era normal que lo que preocupaba al común de los mortales fuesen las estaciones más que los años. La existencia era una sucesión rutinaria de ciclos, todas las esperanzas estaban puestas en la vida después de la muerte, y la diferencia psicológica que separaba el presente, el pasado y el futuro en sociedades en las que apenas había margen para hacer planes no era ni de lejos la misma que hoy.

Todo esto sumado significa que el futuro —la capacidad del tiempo para depararnos sorpresas— apenas tenía importancia salvo en situaciones muy concretas: la recolección, el pago de impuestos, la celebración de fiestas, las guerras, las catástrofes naturales... Los únicos que escapaban a este orden de cosas eran cuatro privilegiados —la realeza, los militares, los cargos de la administración— que podían permitirse alguna que otra alegría. Por este motivo, hasta no hace mucho tiempo eran pocos los que necesitaban cartas astrales, lecturas de naipes o vaticinios. Y las cuestiones que podían consultar eran también relativamente escasas, la mayoría de las veces relacionadas con temas militares o políticos. Para que ello cambiara tuvo que llegar la Revolución francesa, la aparición del concepto de ciudadano y que la gente se sintiera, como dijo un oscuro

personaje, una "unidad de destino en lo universal" con capacidad de tomar decisiones sobre su futuro y, por supuesto, pedir consejos sobre él.

En sus inicios, la adivinación se limitaba prácticamente a los llamados augurios: señales que algunos creían ver en la naturaleza y que se interpretaban como una tendencia más que un hecho concreto. Un mal augurio prevenía sobre las posibilidades de que una campaña militar acabara en fracaso, pero no sobre la forma que revestiría la derrota ni el lugar o la fecha en que se produciría. Esta forma de pensar tiene su lógica en contextos históricos y sociales en que todo lo que ocurría se atribuía a la voluntad divina y en que las manifestaciones naturales más insignificantes se consideraban como los medios que tenían los dioses de advertir sutilmente a sus creyentes.

En la antigüedad existían muchas formas de predecir el futuro. Por ejemplo mediante la lectura de las entrañas de un animal, observando las llamas de una hoguera, interpretando el vuelo de las aves, según la posición de las estrellas y de muchas otras maneras. Un dato a tener en cuenta es que casi todas esas técnicas eran aceptadas como eficaces por la inmensa mayoría de la sociedad, y sobre todo por los interesados (las clases altas), pero hoy han caído totalmente en desuso. Este detalle debería hacer reflexionar a los creyentes en las adivinaciones, ya que durante cientos de años se consideraron procedimientos útiles para adivinar el futuro, pero cualquiera que las intentara poner en práctica hoy recibiría una sonora carcajada. ¿Por qué perdieron poder estas técnicas? Sencillamente, porque nunca lo tuvieron. Eran simples creencias que, como muchas otras, fueron sustituidas, actualizadas u olvidadas con el paso del tiempo. Si hubiesen tenido alguna base real (como las matemáticas), hoy se seguirían empleando; pero sólo tenían sentido en un contexto religioso. Por ejemplo, los griegos creían que el oráculo de Delfos era literalmente el centro del Universo, donde se concentraba toda la sabiduría, y que Zeus en persona se lo había cedido a la diosa Gea o Gaia para que sirviera de intermediaria entre el Olimpo y la Tierra. Más tarde lo conquistó el dios Apolo y se convirtió en el gran santuario actualmente recordado. Allí, una simple mortal, la pitia, ejercía de sacerdotisa gracias a su estrecha vinculación con Apolo —con quien se casaba y al que juraba fidelidad—, y sus consejos eran considerados de origen divino. Lo importante de todo esto es que la adivinación tuvo siempre más que ver con la religión que con la ciencia (y que en Delfos cobraban). Sin embargo, hoy nadie se tomaría en serio sus consejos, por mucho que los dictase Apolo en persona. La creencia en el oráculo subsistió mientras se mantuvo el panorama religioso en el que se

enmarcaba. Ni un día más.

Otras técnicas para prever el futuro en el mundo antiguo fueron las profecías, que generalmente tenían forma de visión. Para los cristianos, que competían en un mercado religioso fundamentalmente pagano, eran la mejor manera de adelantarse al futuro y les servían para ganar nuevos clientes. La Biblia está llena de ellas, y los cristianos consideraban que sólo así, mediante la iluminación directa del dios verdadero (el suyo), se podía llegar a *ver* acontecimientos futuros. Los demás, por supuesto, eran unos impostores a los que se denominaba *hijos de profetas*, ya que carecían de un don y utilizaban técnicas aprendidas. Como puede observarse, el truco de afirmar que todos los adivinos son unos farsantes menos el que lo dice tiene sus años. De los 18 profetas del Antiguo Testamento, el más conocido quizá sea Ezequiel, quien, cuando se encontraba con el pueblo de Israel prisionero en Babilonia (durante el llamado *exilio*, en el siglo VI a. C), recibió un mensaje catastrófico que debía transmitir al rey de Israel: o abandonaba el paganismo o sólo podía esperar sufrimiento. Pero si cambiaba de actitud, su dios mandaría un nuevo salvador y su pueblo regresaría a Jerusalén, en el reino de Judá. En realidad, Ezequiel no tuvo visión alguna, y si la tuvo nadie se enteró hasta muchos siglos después. El texto que se le atribuye no fue escrito por él — probablemente hubo varios autores— y además no fue redactado durante el exilio sino cientos de años después: de ahí que resulte tan acertado en sus vaticinios.

Para entender mejor todo esto hay que viajar en el tiempo hasta el momento en que se escribió realmente esa parte del Antiguo Testamento, entre el siglo VII y el V a. C, según explican en *La Biblia desenterrada* los investigadores Israel Finkelstein y Neil Silberman. La tradición —que no la historia— dice que tras los reinados de David (1005-970) y Salomón (970-931), las luchas por la sucesión se saldaron con una escisión del país en dos: el próspero y más poblado Israel al norte, y la empobrecida Judá al sur. Cuando en el siglo VII a. C. el reino del norte cayó en manos de Babilonia, muchos de sus habitantes se vieron obligados a emigrar hacia el sur, que entonces vivía una época de mayor prosperidad. Al reescribirse la historia de Israel, y para dar una explicación divina al pretendido reencuentro entre ambas sociedades —que en realidad nunca fueron una—, se creó una visión romántica de un supuesto pasado común en el que se había producido un exilio que dividió a los hermanos, y más tarde un regreso. El reencuentro, por supuesto, había tenido lugar a la sombra del templo de Jerusalén, único lugar autorizado por su dios para rendirle culto. Para dar mayor coherencia a esta narración, sobre todo desde el punto de

vista religioso, aparecieron siglos después las profecías de Ezequiel, a quien se atribuyen unas visiones inspiradas por su dios que fueron las que provocaron esa reunión. En realidad, su función era dotar a los judíos —y siglos después, a los cristianos— de una identidad común en sus creencias cuyo origen se perdiera en la noche de los tiempos. Es literatura política y nacionalista en clave religiosa.

Asusta que algo queda

Aunque la mayoría de los profetas aparecen en el Antiguo Testamento, también tienen su lugar en el Nuevo, sobre todo en uno de sus libros más extraños: el Apocalipsis, el cual es básicamente la descripción de lo que les ocurrirá a los no creyentes cuando tenga lugar el segundo advenimiento de Cristo. En la época en que se recopiló la Biblia como un único libro (en el Concilio de Hipona, en 393 d. O), hubo una discusión acerca de la necesidad o no de incluirlo. Finalmente se colocó al final y es el libro que cierra las Sagradas Escrituras. Por lo visto, como ni el dios estricto del Antiguo Testamento ni el dios bondadoso del Nuevo habían servido para que la gente se apuntara en masa a la nueva religión, se optó por incluir una serie de amenazas —que dejaban a Ezequiel a la altura del betún— destinadas directamente a quienes se resistían a convertirse. Lo más curioso es que el texto concluye con unos versículos (Ap. 22,18) que se han considerado siempre como la última advertencia a los descreídos:

Yo declaro a todo el que escucha las palabras de la profecía de este libro: si alguno les añade algo, Dios le añadirá a él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita algo de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están descritos en este libro.

Parece afirmar que quien no crea, literalmente, en los castigos que se avecinan (que incluyen desde plagas variadas al ataque de un dragón que resulta ser el Anticristo), se puede ir ya preparando. En realidad —como explica Bart Hermán *en Jesús no dijo eso*—, era un mensaje dirigido a los escribas que se encargarían en el futuro de hacer copias del libro para que se abstuvieran de añadir o quitar una sola coma del original. Como vimos al referirnos a la cábala, cada vez que alguien debía reproducir un texto religioso, sumaba y restaba lo que quería al o del original con tal de que la palabra inspirada de dios dijera lo que él quería. Aunque parezca mentira, la confusión de algunos estudiosos ha permitido que la amenaza siga surtiendo efecto entre los sectores religiosos norteamericanos más

ultramontanos. Muchos creen que está a punto de producirse el éxtasis (en inglés, *the rapture*), el momento en que su dios se llevará a su vera a todos los verdaderos creyentes (en concreto: 144.000) y consumará su venganza sobre quienes queden vivos en la Tierra.

Desde el punto de vista religioso, las profecías son un arma contra los fieles, otra de las fórmulas para que, si pierden la fe, siempre les quede el miedo. Los testigos de Jehová, los (achicharrados) miembros de la secta de Waco, los ufólogos *contactistas*, la secta Moon... todos los salvadores de almas las han usado para mantener a los fieles con la zanahoria de la salvación mientras exhibían el palo reservado a los herejes. Por supuesto, todos reclamaban una verdad para su producto con la misma insistencia con que rechazaban la de los demás. Así, en su *Ciudad de Dios*, san Agustín (354-430) pretendió zanjar la polémica de una vez para siempre. Como no podía negar la existencia de los profetas —ya que ocupaban gran parte de la Biblia—, aseguró que su dios había cerrado el grifo de la inspiración. Dado que con la resurrección de Cristo la historia había llegado a su momento más grande, ya sólo quedaba esperar el segundo advenimiento del mesías sirviendo a la Iglesia y obedeciendo sus rectas enseñanzas. En otras palabras: no había más necesidad de seguir cuestionándose el futuro, y cuidado con quien lo hiciera. A partir de entonces, la adivinación empezó a considerarse diabólica.

Aunque antes me referí a lo que ocurre en un sector concreto de la sociedad norteamericana, en España las cosas son parecidas, aunque con el barniz de paletismo patrio que tan bien describió en *Celtiberia Show* el lamentablemente desaparecido periodista Luis Carandell. Gracias a José A. Fortea, famoso exorcista oficial de la Conferencia Episcopal y humorista a su pesar, tenemos un excelente ejemplo de cómo los sectores más reaccionarios del catolicismo patrio siguen viendo en los tarotistas y videntes en general a unos serios competidores. En su libro *Damoniacum. Tratado de Demonología*, Fortea asegura que tras la adivinación están los Demonios (con mayúscula: ahí es nada), unos tipos "con una inteligencia muy superior a la humana [que] pueden deducir por sus causas algo que sucederá en el futuro". Evidentemente, no es más que un truco ya que "ellos no ven el futuro, sólo pueden conjeturarlo con una inteligencia muy por encima de la del más inteligente de los humanos". Cómo puede alguien en su sano juicio pensar que para adivinar el futuro se requiere más inteligencia que la que tiene una medusa de mar es algo a lo que es difícil responder sin amplios conocimientos de psiquiatría. Lo que está claro — como veremos en los próximos capítulos— es que cualquiera puede hacerlo, pero para creer en la adivinación hay que pertenecer al exclusivo

club de los más ingenuos.

Para Fortea la adivinación es una de las estrategias del Maligno para captar almas candidas que acaban convertidas en adoradoras del Diablo (nada más y nada menos). Hay quien cree que hay una magia blanca (o buena) y una magia negra (o mala), pero a él no le engañan con esas triquiñuelas semánticas: todo es lo mismo. El vidente, lo sepa o no, está en manos de los Demonios (si acierta) o es un embaucador (si no lo hace). Por eso recuerda que acudir a algo tan mundano como una lectura de cartas es "un pecado contra Dios".

Como no podía ser menos, el sacerdote nos recuerda también que los únicos que pueden adivinar realmente el futuro son —el lector perspicaz ya lo habrá adivinado— los que profesan su misma fe. Cualidades como la clarividencia "son a veces dones que Dios da a quien quiere y cuando quiere". De hecho, puntualiza con su habitual agudeza, "los dones parapsicológicos que una persona tiene no vienen del Demonio cuando esta persona los tiene sin haber practicado un rito a propósito (espiritista, de adivinación. ..)". Su dios también permite de vez en cuando estados místicos para que se produzcan visiones y profecías, pero en esos casos recomienda dejar la interpretación en manos de un director espiritual. Y es que, en algunos casos, su dios deja a algún Demonio que se manifieste con aspecto de ángel o santo y le haga a alguien ciertas confidencias sobre lo que se avecina... Por esta razón, para distinguir las profecías auténticas transmitidas realmente por su dios a través de alguno de sus intermediarios autorizados de las falsas adivinaciones, las que su dios permite hacer al Maligno tras haber tomado el aspecto de alguno de sus intermediarios, hay que seguir siempre los consejos de un religioso oficial. Según un hecho que cuenta en su libro, y que viene avalado por la credibilidad que merece el famoso exorcista, él fue director espiritual de un joven que tenía visiones de este tipo y, como no le hizo caso, "acabó llevando una vida de perdición".

El libre albedrío

Hay una cosa innegable. Si el tarot es uno de tantos medios para anticipar el futuro, esto quiere decir que el mañana está ya escrito. El problema técnico que esto plantea es que los echadores de cartas tendrían que acertar mucho más para resultar creíbles. Desde un punto de vista estrictamente económico, si una persona compra unos prismáticos para mirar el horizonte debería ser capaz de poder describir con claridad lo que

ve. En caso contrario, nadie los compraría dada su escasa utilidad o su precio sería prácticamente el del coste de fabricación, ya que apenas ofrecería ventajas a los consumidores, que seguirían contentándose con lo que alcanza su vista. Para ver unas imágenes nebulosas que hay que interpretar, el cliente optaría por guardarse el dinero para emplearlo en algo más útil. Lo mismo pasa con el tarot: nadie pagaría por una consulta si el vidente no fuera capaz de concretar lo suficiente. Para que eso ocurra debe haber un horizonte al que mirar, y eso significa que el futuro ya está escrito.

Hay otra posibilidad y es que el futuro esté por escribir. En ese caso, la videncia sería aún más sorprendente pero sobre todo más difícil de probar. Si las cartas vaticinan algo bueno, el afectado empezará a trabajar, sin duda, desde el primer momento para que se produzca, luego sería imposible saber si el hecho fue adivinado con antelación o se hizo simplemente todo lo posible para que ocurriera. En cambio, si la visión es mala, la persona hará todo lo posible para que nunca tenga lugar. La tercera opción es todavía más increíble: que un adivino vea un futuro posible. Pero como sólo sería uno entre una posibilidad infinita, las probabilidades de que fuera el futuro real serían mínimas.

Ésta fue parte de la argumentación de Marco Tulio Cicerón quien, hacia el año 44 d. C, escribió el tratado *Acerca de la adivinación*, uno de los primeros textos que podrían calificarse como *escépticos* en el sentido moderno, aunque faltaran siglos para la aparición del método científico. El libro es un enfrentamiento dialéctico entre él y su hermano Quinto (fervoroso defensor de la videncia). Cicerón define la adivinación como "el conocimiento previo y la predicción de acontecimientos que acontecen por casualidad". Para él, que el futuro estuviera escrito o no era en el fondo lo mismo, ya que ambas suposiciones excluían la posibilidad de que la casualidad jugara un papel: o tenía que pasar u ocurría influido por la propia predicción, pero nunca por casualidad. Al senador romano le daba lo mismo el método empleado para hacerlo (fuera natural como las profecías o mecánico como el tarot), ya que no tenía sentido que un dios pusiera mensajes en la posición de las estrellas, las entrañas de un animal, un sueño —o una baraja— cuando no le habría costado nada hacerlo de manera clara para que todo el mundo lo entendiese sin necesidad de la explicación (sujeta a error) de un intérprete. Por supuesto, no se le hizo caso, o no estaríamos como estamos.

Lo importante es que Cicerón tocó aquí una de las grandes claves del misterio: ¿vivimos en un mundo determinista en el que todo ocurre siguiendo un guión o existe el libre albedrío y somos los únicos

responsables de lo que nos ocurra? Este ha sido un tema recurrente en la historia de la filosofía y la religión —y, desde hace poco, de la ciencia—, y lo más sensato que se puede decir es que estamos tan lejos de la respuesta definitiva como cuando se planteó la cuestión por primera vez. Sin embargo, parece razonable pensar que en un mundo que no es ni blanco ni negro hay aspectos de nuestra vida que están más determinados que otros. El guión de un niño que nazca hoy en un pueblo de África sin acceso a medicinas, alimentos o agua corriente está más o menos escrito: morir a corto o medio plazo y arrastrar una existencia miserable. En cambio, para un joven de 18 años de una familia de clase media europea, el futuro es inimaginable (incluso en tiempos de crisis).

Hay factores en nuestra existencia que podríamos calificar de deterministas, como ser portadores de un gen que nos hace más proclives al cáncer, los rasgos de nuestro carácter, una enfermedad mental, el cambio climático o las leyes que fijan el marco de nuestra conducta. Son un ejemplo de cómo factores ajenos a nosotros pueden condicionar nuestra existencia. Pero también disfrutamos de un gran margen de autonomía para tomar nuestras propias decisiones. Podemos hacer un esfuerzo por dejar de fumar, elegir qué película queremos ver o luchar por el sueño que nos hemos marcado, siguiendo o no unas reglas de conducta que consideramos válidas. Somos libres, al menos más que los animales.

Este planteamiento no responde a la pregunta de qué es el libre albedrío para la humanidad, pero sí para los lectores de este libro o para los que acuden a una lectura de tarot. Si la explicación parece insuficiente, los defensores de la adivinación o la clarividencia deberían tener una mucho más adecuada para que podamos creer que hay algo detrás de tanta palabrería. Como es una creencia, ocurre lo mismo que con las grandes religiones: sus argumentos chirrían. Los adivinos dicen que "las cartas inclinan pero no obligan", es decir, que lo que ven en el futuro puede pasar o no. En el fondo, es el viejo problema de hacer encajar una visión determinista de la vida con la existencia del libre albedrío. La mejor traducción de esta expresión es que, en realidad, los clarividentes sólo están reconociendo que no van a devolver el dinero aunque no den ni una.

Como la adivinación tiene tanto de religioso, su problema es exactamente el mismo que tienen las grandes confesiones. Si existe un dios omnisciente, omnipresente y omnipotente, es evidente que sabe lo que va a pasar. No cabe duda de que el futuro debe estar escrito (o ese dios no es omnisciente), aunque deje un margen de autonomía a sus criaturas que sólo puede resultar ilusorio, ya que si el hombre es capaz de hacer algo que él no ha autorizado previamente dejaría de ser

omnipotente. Si nos limitamos al cristianismo, el judaísmo y el islam, en todas estas religiones la cuestión se ha discutido largamente, y la conclusión es que un dios omnisciente, omnipresente y omnipotente es totalmente compatible con el libre albedrío. Increíble, pero cierto. Lo dice su dios.

La gran ironía

Hay dos formas de tomarse el tarot (o la adivinación en general): la de los que viven de él y se aprovechan de los miedos y debilidades de las personas crédulas, y la de los que lo usan como chivo expiatorio para vendernos su credo. Podríamos sumar una tercera categoría: la de quienes lo ven como algo útil y positivo (las víctimas). Pero la realidad es que, pese a tanto secreto, tanto poder mágico y tanto peligro diabólico, no es más que un tipo de baraja tan inocua y mundana como cualquier otra. La gran ironía es que la principal fábrica de tarots del mundo nunca ha ocultado que lo que vende es un juguete. La fábrica se llama U. S. Games y, según reconoció su fundador, Stuart Kaplan, en 1999, desde que abrió la compañía en 1968 ha vendido cartas por valor de 100 millones de dólares. Es difícil saber cuántas barajas distintas ha fabricado hasta la fecha (varios miles por lo menos), pero su actual catálogo incluye nada menos que 113 referencias. Kaplan no sólo no cree que las cartas sean algo más que un divertimento sino que jamás ha dicho lo contrario. Y no precisamente con la boca pequeña, ya que ha colaborado hasta con History Channel. Además, es uno de los mayores expertos mundiales en la materia (su *Enciclopedia del tarot* es una de las grandes referencias) y uno de los principales coleccionistas de naipes del planeta (tiene su propio museo). ¿Es una contradicción vender tarots si no se cree en sus poderes? No, Kaplan nunca ha dicho que venda otra cosa que juegos de naipes. Por lo visto, mucha gente no le cree y prefiere seguir usándolos para asustar o desplumar a incautos.

Adivino en siete lecciones

El genial Alfred Hitchcock llamaba *McGuffin* a un elemento del guión sobre el que giraba la trama de una película pero del que se sabía poco o nada, porque no importaba su naturaleza sino su capacidad para hacer avanzar la historia. La famosa caja brillante de *Pulp Fiction* es un excelente ejemplo. Da igual si contiene doblones de oro, una fórmula secreta, unas fotos comprometedoras o un cargamento de droga porque la historia sigue siendo la misma. Los prestidigitadores también utilizan *McGuffins*. Suelen embellecer sus actuaciones con elementos que concentran la atención del espectador en un punto mientras en otro lugar se desarrolla el mecanismo del truco. La bola de cristal, las hojas de té, el péndulo o las cartas también son *McGuffins*. Ninguno de estos métodos permite saber sobre el porvenir más que otros, y tampoco habría diferencia si no se utilizara ninguno, pero son los que hacen avanzar la sesión. Distraen la atención del cliente, que observa las cartas y busca en ellas la confirmación de lo que le están contando sin darse cuenta de que la respuesta a la actuación del vidente está en todos sitios menos ahí.

Probablemente, una de las cosas que explica la popularidad del tarot es que es mejor *McGuffin* que otros sistemas, ya que tiene un ritual que difícilmente se logra con las cartas astrales, los análisis numerológicos, los posos del café, la lectura de manos o la bola de cristal (hoy tan en desuso). El método para leer el futuro es siempre el mismo y los trucos no difieren entre una "mancia" y otra, pero la puesta en escena cambia. Y en eso, las cartas dan los mejores resultados.

Lo primero que tiene que saber todo aquel que quiera dedicarse profesionalmente a vivir del cuento echando las cartas —y el que quiera desenmascararlo— es conocer todos los elementos que entran en juego en la adivinación. Lo más importante es no olvidar nunca una cosa: el secreto no está en adivinar el porvenir sino en adivinar el pasado y el presente. A partir de ahí, lo que se diga sobre el futuro sólo tiene carácter orientativo. En realidad, el adivino no tiene que acertar el futuro sino hacer que la otra persona crea que acierta. Parece un matiz sin importancia, pero es el quid

de la cuestión. Independientemente de la magia que cultive (o que presuma o no de tener poderes de clarividencia), la figura del adivino es tan importante como el proceso de lectura del porvenir. El vidente es, como mínimo, un actor representando un personaje y puede llegar a ser un estafador sin escrúpulos: por eso, quien quiera conocer mejor a qué se enfrenta debe entender a quién se dirige.

La puesta en escena

Lo primero es olvidarse de la vieja echadora de cartas de las películas, esa anciana cingara que vivía en un carromato lleno de extraños objetos. La tradición del tarot está ya suficientemente enraizada en Occidente como para necesitar recurrir a la antigua leyenda de que los gitanos, en su trashumancia, difundieron la lectura de las cartas por toda Europa. El *look* "bruja piruja" o las túnicas no han desaparecido, pero es mucho más frecuente una imagen más normal. Hay que arreglarse lo justo para no parecer frívolo, pero no tanto que marque una diferencia sustancial con el cliente. Es fundamental que la víctima se identifique emocionalmente con quien le va a cobrar por un servicio que es incapaz de ofrecer. Basta darse un paseo por los programas de este tipo, y entre las imágenes de sexo y los *sms* de alto contenido erótico, aparece el echador de cartas más o menos anodino y con una apariencia bastante normal.

Tan importante como el aspecto es el marco, de la misma manera que en una *opera buffa* el decorado debe estar a la altura de las personas. En las paredes del gabinete suele colgar la inevitable carta astral y algún que otro diploma que no vale ni el papel en el que está impreso. Si el nombre del vidente apareció en algún cartel que anunciaba una de tantas ferias esotéricas, no podrá faltar. El resto de la habitación (mejor si no es muy grande, para crear así mayor intimidación) debe ayudar al cliente a situarse. Una bruja de arcilla por aquí, una pirámide por allá, una fuente comprada en todo a un euro para las energías del feng shui, los minerales mágicos... y una representación del "hombre de Vitruvio" de Leonardo, que es como el póster del Che Guevara de lo paranormal. Que no falten en las estanterías libros de autoayuda, astrología, medicina natural y otros temas afines que reflejen los amplios conocimientos del futurólogo. Un detalle interesante es dejar sobre la mesa una caja de pañuelos de papel para dejar claro que cualquier sentimiento es bienvenido.

Curiosamente, la imagen de alguna virgen, un ángel o el típico san Pancrancio suele ser el complemento perfecto de este pequeño museo de

creencias. Aunque la Iglesia suele condenar todas las mancias (más por su carácter diabólico que por su ineficacia), la realidad de los creyentes es bien distinta, y no suelen ver ninguna contradicción entre estar en misa y repicando campanas paganas. Un caso bien conocido de este maridaje entre religión y poderes paranormales está en la ínclita Aramís Fuster, que presume de ser la única bruja cristiana del mundo. El ejemplo inverso es el famoso padre Pión, jesuita y miembro fundador del grupo Hepta, la panda de alegres parapsicólogos de más rancio abolengo (sobre todo lo primero) de España.

Pero la puesta en escena va más allá de lo que pueda verse en el gabinete del adivino. Hay que tener en cuenta que muchos creen realmente que tienen algún don y que, cuando alguien acude a su consulta, le están ayudando. Su lugar de trabajo debe reflejar lo que es o quiere ser, lo que actúa como un refuerzo psicológico necesario para poder desempeñar su rol. Por eso suelen ser tan amigos de realizar algunos rituales (como *purificar* la baraja) que ayuden a apuntalar su estima y permitan reafirmarse en sus creencias. Tampoco hay que olvidar que la venta de barajas es un negocio en sí mismo, y los rituales ayudan a afianzar la creencia del comprador.

Así, es frecuente que en los libros para iniciarse en el tarot, o en las instrucciones que suelen acompañar a las cartas, se incluyan consejos sobre cómo *limpiar* las cartas y hacerlas propias, pues usar las de otros resta puntos. También suele haber referencias a la mesa donde se realizan las lecturas (no debe utilizarse para otro fin, hay que usar un mantel blanco, etc..) o a las técnicas para liberar la habitación de energías extrañas antes de cada sesión. Independientemente de si el vidente de turno ha llevado a cabo estos pasos, es seguro que en alguna conversación hará alusión a este tipo de prácticas, ya que un sacerdote —aunque sea pagano— tiene que parecerlo.

Comer la oreja

Como ya hemos visto, el secreto del tarot no está en adivinar el futuro sino en que el cliente piense que le están adivinando el futuro. Por eso el aspecto y el lugar de trabajo del vidente deben reflejar su condición. Pero como este es un oficio en el que todos reconocen la existencia de un elevado número de farsantes, hay que ganarse la confianza de la visita (sobre todo si acude por primera vez). Por ejemplo, la italiana Isa Donnelli aconseja en su baraja "Las cartas de la bruja" cómo iniciar una consulta:

El adivino, tras haber hecho que el consultante se siente y se ponga cómodo frente a él, se asegurará de que también se encuentra cómodo desde el punto de vista psicológico y establecerá con él un intercambio de pequeñas confidencias; luego le preguntará por el motivo principal de su visita. Con estos preliminares se instaurará entre él y el consultante una atmósfera armoniosa y favorable para que la sesión se desarrolle con éxito.

Probablemente Donnelli no pretendía enseñar a ningún embaucador una de las reglas de oro de la futurología, pero no olvidemos que un arquitecto, un médico, un abogado o un electricista pueden permitirse el lujo de mantener una relación puramente profesional con sus clientes aunque sus características personales puedan ser un añadido favorable. Un adivino, no. Eso no significa que tenga que irse de copas con sus clientes o que no pueda mantener la distancia (por ejemplo, dándose las de persona enigmática *á la* Dr. House), pero cuando alguien acude a una sesión quiere que le tranquilicen y le ayuden a superar sus inquietudes. Van a que les digan que pronto encontrarán a la persona de su vida, que la operación saldrá bien o que pronto llegará un dinero extra. En realidad, nadie paga para que le lean el futuro, sino para que le digan que lo que viene será mejor.

Un vidente que se precie tiene que saber venderse, tanto fuera como dentro de la consulta. Evidentemente, nunca mejor dicho, hay que dotarse de una biografía. La mayoría incluye a una tía o una abuela de la que heredó los poderes y un momento de su vida en el que descubrió su don. Generalmente, el suceso tuvo lugar al final de la infancia. También es habitual que haya pasado una etapa de su vida en *una fase durmiente*, es decir, sin haber utilizado nunca sus poderes hasta que volvió a recuperar el interés por el tema. La primera etapa suele fijarse en la preadolescencia y la segunda requiere cierta madurez, y entre una y otra hay una zona gris que puede durar más o menos. Es difícil evitar el paralelismo con la primera comunión, la etapa de rechazo o desinterés por las cuestiones religiosas y el regreso al rebaño (la expresión no es mía) que experimentan quienes creen en otros productos. La biografía del vidente sirve para dar una coherencia global al personaje: si un conocido viene de pronto con el cuento de que tiene un don para echar las cartas, es más fácil creerle si resulta que tenía el poder y no lo sabía que si le ha venido de repente.

Una diferencia entre un vidente honrado y un caradura es que el primero, a lo mejor, no se inventa conscientemente su biografía sino que, a medida que se va metiendo en el mundillo, *descubre* que en la familia hubo ya una bruja y que su mente había reprimido el recuerdo de aquel

primer contacto con su don hasta que llegó la iluminación final. Todos moldeamos nuestros recuerdos para adaptarlos a nuestro presente sin darnos cuenta (algo así como *los falsos recuerdos*). El caradura, en cambio, crea a conciencia una biografía a la altura del personaje en que ha decidido convertirse. Por ejemplo, el tristemente célebre Octavio Aceves asegura haber sido en su juventud el modelo de pasarela más cotizado de París y un escritor que ha cultivado con éxito casi todos los géneros. Puede que sea verdad, pero de lo que nunca habla, y sí lo hizo su viejo amigo Hugo Estrella Tampieri en *dioses.org.ar* (la antigua *web* del investigador argentino Alejandro Agostinelli), es de sus años de Rasputín en la corte de la ultraderechista Isabel Martínez de Perón —no confundir con Evita—, ni de que cuando llegó a España lo hizo como detective psíquico en el caso del cruel asesinato de Anabel Segura (por cierto: dijo que estaba secuestrada y aún con vida cuando llevaba semanas muerta a muchos kilómetros de distancia).

Saber vender, saber venderse

Si la primera impresión es la que cuenta, el momento en el que vidente y cliente se encuentran puede ser el más importante. Alguien que tras leer este libro decida dedicarse a la videncia debe aplicar esta regla desde ya. No debe anunciar su decisión a los cuatros vientos sino comunicarla de manera discreta a gente que comparta su creencia en lo paranormal. Cada vez que alguna de estas personas incumpla el compromiso de confidencialidad no estará traicionando al vidente sino introduciendo a alguien más en el *secreto*. Así la noticia llegará a terceros avalada por su interlocutor. Si el ejemplo se repite muchas veces, esto es la fama. Por supuesto, éste es un caso imaginario y cada vidente parte de una situación personal distinta, pero la forma de hacerlo determinará si alguien llegará a vivir del asunto o tendrá que contentarse con hacer exhibiciones para los amigos. La tarea de saber venderse se repite siempre que llega un cliente nuevo: hay que establecer lazos de familiaridad para ganar la confianza del cliente. Esto se aplica a todos los ámbitos. Por ejemplo, no está de más dejar caer algún comentario sobre la cantidad de gente a la que ha ayudado, pedir (falsas) disculpas por no haber podido atenderle antes, o insinuar que su cartera de clientes incluye a personas muy conocidas.

La primera entrevista sirve también para compartir responsabilidades. Si los vaticinios se cumplen es gracias a los poderes del adivino, pero si fallan, él es el único que no tiene la culpa. Por un lado, "las cartas inclinan

pero no obligan"; y por otro, se invita al cliente a que sea lo más sincero posible y participe en la lectura pues algunas conexiones serán para él más claras. La sesión tiene una duración limitada, así que mientras más hable el cliente menos tendrá que hacerlo el vidente. Además, con sus indicaciones, el cliente irá revelando todo tipo de datos y claves que irán apareciendo en la lectura. En la videncia por televisión, donde hay menos liturgia que en las lecturas cara a cara, es fácil comprobar hasta qué punto es importante la cooperación.

Echar las cartas

Un tarot no es más que una serie de cartones con un dibujo distinto en uno de sus lados. Es imposible que sirva para leer el futuro, pero ya que el adivino lo ha comprado tendrá que darles una salida. Ni el dibujo ni la manera de barajar ni el orden en que aparecen o la manera en que se distribuyen sobre la mesa permiten conocer algo sobre el porvenir de una persona. Son la excusa con la que el vidente convierte sus afirmaciones en conocimiento; y mientras más elaborado sea su uso, más atención le prestará el cliente olvidándose de todo lo demás.

Es difícil saber por qué, pero la mayoría de los videntes barajan las cartas como si tuvieran artritis. Lo hacen como los niños y, más que barajar, las marean: como mucho, las mezclan. Finalmente, el mazo se divide en varios montones (tres es un buen número) y se invita al cliente a apilarlos como quiera hasta formar uno nuevo, o a que elija sólo uno para la lectura (es preferible la primera opción porque asegura que saldrán todos los arcanos mayores). Es una forma de que la visita se sienta parte del ritual y crea que transmite algo de sí a la baraja, que servirá para clarificar sus dudas.

Luego toca repartir los naipes sobre la mesa. Existe un número casi infinito de variaciones: pueden ponerse todas las cartas o un grupo reducido, en fila, formando una figura geométrica o simulando un zodiaco. Además, un mismo vidente puede emplear distintos tipos de tirada en función de lo que le pidan (o el tiempo que le paguen). La fórmula que se utilice no afectará al nulo valor de las predicciones, pero eso no quiere decir que no haya que tener algunas pautas concretas. Por último, se pueden añadir otros elementos, como poner primero las cartas boca abajo y luego voltearlas una a una con algún gesto de cosecha propia.

Estas pautas en la tirada simplifican mucho la lectura y juegan un papel

similar al de los símbolos de las cartas. Son los dos pilares sobre los que se basa la actuación del adivino y le dan coherencia. Por eso, en todos los manuales que acompañan a estas cartas aparecen distintos modelos. Es interesante aprenderse algunos para poder explicárselos al cliente y reforzar su creencia de que está ante un tipo de ciencia que la ciencia no puede explicar. Cualquiera puede diseñar una pauta propia. Por ejemplo, imaginando líneas verticales y horizontales. Se disponen tres cartas de izquierda a derecha que representan el presente, el pasado y el futuro. La primera línea corresponde a "yo". La segunda línea corresponde a "ella". Luego, otra carta independiente (que da mucha prestancia) puede ser lo que dé unidad a la lectura y se presenta como el elemento que preside la relación. Otro truco que facilita la lectura es asociar ideas preconcebidas a determinadas cartas y recurrir a latiguillos como "la presencia del siete de bastos indica que..." (o la del tres de oros, o cualquier otra), que vale lo mismo para la muerte de la abuela que para un premio de la lotería.

Como no es fácil simular una lectura convincente del tarot, hay que considerar dos elementos: mientras más cartas boca arriba haya en la mesa, más arcanos mayores habrá, y por tanto más posibilidades para explorar. Algunos vuelven todas las cartas al principio; otros hacen una tirada inicial y, a medida que avanza la lectura, van descubriendo otras hasta que aparece la que quieren. Eso sin contar a los que quitan las cartas que no les gustan para que no aparezcan en la tirada. Tras cada pregunta concreta se pueden ir descubriendo más cartas: un buen apaño si alguien pregunta por la salud de su madre y sale el Destino, el Sacerdote y la Muerte. Por eso ahora muchas de las barajas que se venden no son del tarot propiamente dicho sino que se presentan como cartas mágicas o de adivinación, en las que se difumina la línea que separa los arcanos mayores de los menores y todas tienen un significado concreto. Otras barajas no sólo añaden el nombre de la carta sino que le suman nuevas características. Algunas incluso aluden a diferentes elementos si salen invertidas o en posición normal. En otros casos se sustituyen los palos tradicionales por otros como tierra, agua, fuego y aire, o símbolos astrológicos. Cualquier cosa vale para dar al vidente pistas que le hagan avanzar en su discurso.

Delegar responsabilidades

Se dice que un buen jefe es el que sabe delegar. Los videntes son maestros en este arte, y la culpa de sus errores —como dijo el filósofo americano Homer Simpson— la tienen todos menos ellos. Esta técnica se suele

resumir en una frase muy común en el mundillo: "las cartas inclinan pero no obligan". Es decir, si sale cara y adivinan, tienen poderes; si sale cruz y fallan, es por una causa externa.

Hay otras formas de delegar la responsabilidad (que no el mérito) de adivinar en el cliente. Primero se le pedirá cierta apertura de mente para facilitar la sesión. En caso contrario, su falta de fe será lo que explique las dificultades para obtener un diagnóstico acertado. Del mismo modo, el tarot se presenta como una lectura a dos manos en la que es necesaria la cooperación. Así el vidente va descubriendo pistas o símbolos, pero explica a su víctima que es ella la que está en mejor situación para darles un sentido. Luego el futurólogo devuelve esta interpretación algo más elaborada y la hace pasar por un acierto.

Otra de las argucias que emplean los adivinos para lavarse las manos es que ellos son capaces de leer *el futuro del presente*. Es decir, que los hechos que tengan lugar tras la sesión podrían influir. Por supuesto, esto es absolutamente incompatible con la capacidad de leer el futuro. Puede que lo que nos ocurra dentro de un mes sea el resultado de un montón de decisiones adoptadas a lo largo de los próximos 30 días, pero lo que pase —sea lo que sea— era el futuro cuando se produjo la tirada de cartas. En caso contrario, estarían adivinando futuros inexistentes: es decir, nada. De hecho, es lo que ocurre. Alguno, si tiene el día particularmente flamenco, aludirá a la física cuántica y a la posibilidad de que existan infinitos universos paralelos para justificar posibles errores. Lo que a nadie se le ha ocurrido es ofrecerse a devolver el dinero en caso de error.

Utilizar el cerebro

Por supuesto, me refiero al del cliente. El cerebro —que Woody Allen calificó como su segundo órgano favorito— sigue siendo un misterio, aunque es ya mucho lo que se conoce. Por ejemplo, que cada vez que recuerda un hecho lo recrea en sentido literal: le va añadiendo elementos que originariamente no existían. El ejemplo más común es el de esa anécdota insignificante de un viaje que, con el tiempo, va pareciendo más y más divertida. Involuntariamente (o no), cada vez que vuelve a surgir en la conversación el cerebro le añade nuevos matices y elimina otros. En *Vida de este chico*, el escritor norteamericano Tobias Wolf recordaba cómo algunos hechos sin importancia de sus aburridos veranos acababan por convertirse en "la vez que..." y adquirirían dimensiones míticas para él y su grupo de amigos. Generalmente el adivino suele *ver* en las cartas

situaciones ambiguas y deja a su cliente la labor de interpretarlas. Así crea de la nada situaciones "la vez que..." con los que maravillan a su víctima. Un típico accidente de bicicleta, la muerte de un familiar que apenas conocíamos, o la persona que nos miraba en el instituto y no se atrevió a dar ningún paso no son ya sucesos triviales sino hitos en nuestra biografía. No se trata tanto de crear falsos recuerdos como de forzar la reinterpretación de los ya existentes.

Otra curiosidad de nuestro cerebro es que recuerda mejor los aciertos que los fallos y tiende a buscar tramas que den coherencia a nuestras experiencias. Una frase típica de un vidente puede incluir varias afirmaciones (o insinuaciones). Por ejemplo, la conjunción de la carta del Sol y la de la Luna indica que "una persona próxima a ti, que a lo mejor no conoces todavía, va a propiciar un cambio en tu vida que quizá no altere tu mundo pero sí abrirá nuevas puertas. Pero depende de ti aprovechar esas nuevas oportunidades o que se transformen en algo positivo. Pero recuerda que la decisión que tomes será la correcta". Leído así parece una tontería, ya que no dice nada. Pero, repasando mentalmente el último año de vida, cualquiera verá que ha vivido varias situaciones que podrían encajar. Se suele decir que la naturaleza tiene horror al vacío (y hasta el vacío del espacio está compuesto de algo). El cerebro del cliente es el que se encargará de llenarlo dándole un marco temporal a la frase (lo mismo vale una semana que seis meses), el contexto (laboral, sentimental...), y buscar encajar las razones que llevaron a la decisión final. Toda profecía se entiende mejor cuando ha ocurrido, por eso la interpretación de las de Nostradamus ha variado en función de los acontecimientos históricos que ha logrado identificar cada investigador. Que no extrañe que haya quien jura y perjura que un vidente le ha adivinado todo: simplemente su cerebro (convencido de la realidad de la videncia) ha ajustado su experiencia personal a lo que le dijeron (o a lo que él recuerda que le dijeron, que es aún más fácil).

En el *Diccionario escéptico*, el norteamericano Robert Todd Carroll destaca varios elementos que influyen en el creyente a la hora de tragarse todo lo que le diga un vidente. Uno es el *pensamiento selectivo*, que les lleva a centrar su atención sobre lo que confirma sus creencias y olvidar aquellos datos que entran en contradicción con ellas o sirven para refutarlas. Otro es el *autoengaño*, que lleva a aceptar como válidos argumentos que no lo son, siempre que apuntalen nuestras creencias. Un tercer elemento es el *wishful thinking*, término de difícil traducción que alude a nuestra capacidad de creer que las cosas son como queremos (o como más se adaptan a nuestras ideas previas) y no como son en realidad.

Por último, señala el llamado *sesgo de interpretación*, que nos lleva a fijarnos en los datos que confirman lo que creemos y olvidar los que los contradicen (por eso se recuerda mejor el acierto de un adivino que sus 50 errores). Por último, hay que recordar que muchas veces se espera de un adivino lo mismo que de un psicólogo o un amigo: la soledad es muy dura, y hay quien llama a un tarotista simplemente para poder hablar con alguien. La diferencia entre un profesional y un vidente es que el primero dirá la verdad, y el segundo lo que quiera oír el que pague.

Hay muchos libros que explican cómo funciona el cerebro y, sobre todo, el diseño de experimentos científicos (normalmente en el campo de la psicología) que un vidente puede utilizar en provecho propio. Si los adivinos leyeran alguno de ellos, como *La parapsicología ¡vaya timo!*— publicado en esta misma colección—, del profesor de la Universidad de La Laguna Carlos Álvarez, sacarían algunas ideas interesantes al respecto que, con un poco de mala baba, podrían utilizar a su favor.

Profesionales como todos

La gente que no cree en lo paranormal tiende a subestimar, en general, a los que sí creen. Muchas veces las supersticiones y demás productos del sector suelen asociarse a un bajo nivel cultural, educativo y, a veces, intelectual. Es imposible negar que son factores que influyen, pero no son determinantes. Hay gente culta, educada e inteligente que también cree. Esta descripción es más ajustada a la imagen del cliente que a la del adivino. Por eso hay que desterrar la imagen del vidente como alguien que cree en las pseudociencias y vive en consecuencia. Los videntes profesionales son eso, profesionales, y mientras más años de experiencia, mejores son en su trabajo. Si creen o no en lo que hacen, tampoco cambia tanto las cosas.

El vidente con experiencia conoce de primera mano los secretos más íntimos de muchas personas y sus problemas más frecuentes. Probablemente, en cuanto su cliente salga de la consulta, anotará datos sobre él por si vuelve para hacerle creer que no le ha olvidado. Si tiene clientes que se conocen entre sí (alguien satisfecho que lo ha recomendado a sus amigos), a cada uno les habrá intentado sacar datos sobre los otros. Y como en más de una ocasión le han acusado de farsante, no es de extrañar que tenga algunas técnicas para enfrentarse con los escépticos o, directamente, evitarlos.

Cuando uno sabe echar bien el tarot, podría hacer una lectura del futuro

hasta con las cartas del niño tirolés y la madre esquimal. A lo largo de los años, el vidente se ha visto en muchas situaciones diferentes en las que desenvolverse y con gente muy distinta. Seguro que ha aprendido muchas maneras de aproximarse a sus clientes para ganárselos con el menor esfuerzo. Probablemente le haya ayudado la lectura de algunos libros de *marketing* y ventas para aprender a tratar con clientes en diez lecciones, y otros sobre cómo gustar y convencer a los demás.

Quien abre una consulta de adivino puede que crea que con su don ayudará a la gente, pero eso no le va a pagar los gastos del gabinete. Para los adivinos profesionales, lo realmente importante es esto último. Hay mucho dinero en juego y lo saben. Por eso no hay que subestimarlos.

¿Por qué adivinan los adivinos?

Una de las críticas más extendidas al gremio de futurólogos es su incapacidad para predecir el porvenir. Ni que decir tiene que es una acusación de lo más fundada. Pero sería un error afirmar que no aciertan. La diferencia entre lo primero y segundo es que *predecir* es conocer con anterioridad lo que va a ocurrir; y *acertar* es una cuestión de suerte o casualidad. Es decir, quien tiene la fortuna de ganar en la lotería acierta al comprar el número premiado pero no predice que vaya a salir ese número. Como en otras ocasiones, matices aparentemente insignificantes como éste tienen mucha importancia. Los adivinos aciertan, pero como lo que venden es su capacidad de predecir, en realidad están dando gato por liebre. Sin embargo, no conviene olvidar que la verdadera función del vidente no es adivinar sino aconsejar, ya que se supone que tiene una capacidad superior para ver todas las fuerzas que —presuntamente, por decirlo suave— actúan a nuestro alrededor. Más que datos concretos, se le supone la capacidad de percibir esas pulsiones, así que normalmente ni siquiera se le pide que adivine nada. Simplemente, se le dan todos los datos. En otras ocasiones recurrirá a una serie de técnicas conocidas como *lectura en frío* para intentar deducirlos.

En realidad, que los clarividentes pueden adivinar el futuro es una frase tan hecha como hueca. A los antiguos oráculos no se acudía para conocer hechos del futuro sino para obtener consejos que se creían útiles, pues se suponía que quien los daba sí conocía el futuro. Es decir, la valoración que hace un cliente de su adivino no se basa en los datos concretos que demuestre conocer sin aparente motivo, sino en si sus consejos son útiles. Cuando alguien dice "me adivinó todo", en realidad está diciendo que "sus consejos me fueron útiles". A su vez, dicha utilidad no se fundamenta necesariamente en que sean prácticos —o en que cumplan su propósito— sino, según veremos, en otros aspectos que tienen que ver más con la psicología y con el funcionamiento de nuestro cerebro que con las cartas. En general, una predicción es útil si tranquiliza a quien la recibe o si se adecua a lo que se espera oír. Por eso, quien quiera aprender a leer el tarot perderá el tiempo si pretende hacerlo con los manuales que le regalan con las cartas (cuya utilidad como posavasos no discuto). Como mucho,

conseguirá memorizar unas características asociadas a determinados naipes. En cambio, podrían hacerse de oro siguiendo los consejos de algunos verdaderos maestros como Ray Hyman o Ian Rowland, y no dejándose importunar por minucias como la honradez o la honestidad.

Aunque afirmar que la estadística puede jugar un papel importante quizá resulte un poco exagerado, sí tiene algo que ver. Por ejemplo, hay un concepto que dominan los jugadores del Texas Hold'em Poker que se conoce como *odds*. Las probabilidades de ganar apostando a que si se lanza un dado saldrá un seis son de 1/6 pero las *odds* son de 5:1, es decir, en cinco casos se perderá la apuesta y en uno se acertará. Aunque es lo mismo, lo importante es que el punto de vista para enfrentarse a la cuestión cambia. Como explican poker.com, las *odds* son "las posibilidades en contra de que un hecho ocurra", y de ellas depende cuándo es o no "rentable continuar en una mano y retirarse, y cuándo podemos seguir en ella porque nuestra jugada tiene una expectativa positiva". En evidencia es imposible calcular las *odds*, pero la norma es la misma ya que son lo que nos indica el siguiente paso. Un adivino utiliza predicciones ambiguas o con varios elementos diferentes, y en función de la reacción del cliente sigue un camino u otro, de la misma forma que un jugador adapta su estrategia a las cartas que van saliendo. Luego se enfrenta a las *odds* de que su siguiente afirmación pueda ser o no acertada. Esto significa que lo que el vidente debe hacer es intentar llevar la conversación hacia lugares en los que es más probable que encaje lo que vaya a decir.

La primera regla de la *lectura en frío* —el conjunto de trucos que permite obtener información de un cliente— es la observación. A partir de cómo viste una persona se puede deducir cierta posición social, y por cómo habla se puede inferir el nivel cultural. Un acento puede delatar el lugar de procedencia, una dentadura perfecta denota buena salud, y la edad es también un dato a tener en cuenta. Observar el rostro de la otra persona, cómo reacciona en función de lo que se le dice, es el siguiente paso. Con esto el adivino se hace un retrato básico de quién tiene delante y qué hechos tienen más posibilidades de ser ciertos. Aquí es donde hay que empezar a pensar como un jugador de Hold'em Texas. Mientras el cliente habla, hay que estar atento a algunos datos que sirven para completar el retrato-robot. Cuando una persona ve algo que no le gusta, sus pupilas se contraen, pero si le resulta agradable se dilatan. Este y otros movimientos involuntarios (el llamado *lenguaje no verbal*) sirven para orientarse sobre cómo recibe el cliente cada afirmación. Con esto en la cabeza, hay que aplicar los conocimientos de Ray Hyman e Ian Rowland.

Empieza la partida

Hyman empezó a trabajar como mago y mentalista en su época de estudiante en la Universidad de Boston a mediados de la década de 1950 y se ganó una excelente reputación como lector de líneas de la mano. Experto en estadística, doctor en psicología, miembro fundador de la asociación escéptica más importante del mundo (CSICOP), profesor de la Universidad de Harvard durante años y asesor del Departamento de Defensa en temas de investigaciones paranormales, puede presumir, además, de haber sido dos veces portada de la revista *The Linking Ring* (que edita la asociación de magos más importante del mundo). En 1955 Hyman escribió su mayor aportación al campo del escepticismo —en función de las numerosas veces que se ha citado—: un artículo dirigido a sus alumnos titulado "La lectura psicológica: una guía infalible para ganar admiración y popularidad". La técnica que describía es la que emplean los adivinos para conseguir convencer a sus clientes de sus poderes y constituye la base de la lectura en frío. En el artículo, que años más tarde amplió y rebautizó como *La lectura en frío: cómo convencer a los desconocidos de que sabes todo sobre ellos*, incluía una pequeña guía de 13 puntos que hacen que cualquiera pueda sorprender a sus amigos con sus "poderes paranormales recién adquiridos". Si a su trabajo se suma el del mentalista británico Ian Rowland, autor de *Full Facts Book of Cold Reading* (algo así como *Todo lo que usted quería saber sobre la lectura en frío*), los resultados rozarán lo prodigioso.

Las diferencias entre lo que dicen uno y otro son casi de matiz. Hyman, cuya formación como psicólogo justifica su punto de vista, distingue entre *persuasión* y *convicción*. Para él, la diferencia es la siguiente: la persuasión existe cuando una opinión se basa en experiencias subjetivas ("creemos" que es cierta), mientras que para que exista convicción debe haber pruebas objetivas que avalen esa creencia. Evidentemente, para el común de los mortales no es fácil saber qué opiniones se basan en una u otra. En el caso de las pseudociencias, la persuasión es muy importante porque son creencias que no se basan en entender cómo funcionan sino en la llamada *validación personal*. Es decir, no son necesarias pruebas si la persona cree que algo es cierto, y viceversa: una explicación racional no acaba con ese convencimiento. Rowland va un paso más allá que Hyman. No discute lo que dice su colega, simplemente añade otra cosa: los videntes sí aciertan y son capaces de adivinar cosas utilizando una batería de trucos. Persuadir y acertar, eso es lo que hacen los adivinos. Y por este orden.

Cuando comienza la partida (o la sesión), el adivino entra en escena y pone en marcha las reglas aprendidas en el capítulo anterior. El vidente

aprovecha para tomar ventaja psicológica sobre el cliente. Entre ambos van a abrir una puerta al *más allá*, pero las riendas las lleva el adivino. El es el intérprete que, con la inestimable colaboración de su víctima, puede leer lo que dicen las cartas mientras el cliente será quien deba darle sentido. Por una parte, delega algo de responsabilidad en él para asegurarse su colaboración pero, lo que es igualmente importante, hace prevalecer el principio de autoridad. Como explica Hyman y corroboran muchas investigaciones, la gente acepta de mejor grado cualquier cosa (sea cierta o no) si viene de alguien al que se considera un experto. Se crea así un círculo vicioso que contribuirá notablemente al éxito de la operación. A medida que el cliente se sienta más a gusto, colaborará más, lo que contribuirá a una lectura más acertada. La confianza en el adivino crece, y la rueda vuelve a empezar. Para potenciar esto, basta utilizar la clásica palabrería paranormal con la misma soltura que un médico emplea un lenguaje propio cuando habla con sus colegas.

Una vez sentados a la mesa empieza la función. Sin prisas —y menos aún si cobra por tiempo—, el vidente baraja las cartas, pide el horóscopo y la fecha de nacimiento y se entretiene haciendo unos cálculos de los que, probablemente, no se sabrá más. Luego pregunta al cliente qué quiere saber. Afortunadamente para los que se dedican a este negocio, los temas suelen ser pocos (amor, salud, dinero y futuro profesional), lo que facilita la especialización y limita los campos en los que tendrá que demostrar su valía. Muchos videntes realizan varias preguntas para concretar exactamente lo que se quiere saber y la situación de partida. Otros son más hábiles. Si alguien está preocupado por el amor, se le puede preguntar directamente si tiene pareja o si quiere saber por alguien en concreto. Para hacer esto se precisa sólo la inteligencia de un *playmóvil* y se aprovecha la ocasión de meterle algún gol al cliente. Este entiende que una lectura vaya de menos a más, y en este momento algunas vaguedades y un poco de tacto permiten saber exactamente qué quiere decir alguien que pregunta por el amor. Un truco muy efectivo es preguntar la fecha de nacimiento del otro. Si la conoce es que existe cierta relación entre ambos; si no la sabe con exactitud —y sólo conoce, por ejemplo, el signo astrológico—, está preguntando por alguien en concreto que le atrae pero con quien la relación no es muy estrecha. La tercera opción es que no tenga a nadie, y su respuesta nos lo dirá. Desgraciadamente, este truco funciona muy bien con las mujeres y muy mal con los hombres, ya que no suelen acordarse de esa efeméride.

Una buena forma de empezar, independientemente de la pregunta, es regalar los oídos del cliente con una pequeña lectura de su carácter. Es un

procedimiento muy sencillo y se basa en el llamado *efecto Forer*, bautizado así en honor del psicólogo norteamericano Bertram R. Forer, quien en 1943 demostró que la gente es capaz de asumir como muy acertada una descripción genérica que en realidad no dice nada. Forer compuso una frase a partir de varias predicciones astrológicas que encontró en la prensa y la distribuyó entre sus alumnos para que dijeran si la descripción que hacía de ellos era exacta (5 puntos) o totalmente equivocada (0 puntos). El texto era el siguiente

Necesitas que otras personas te quieran y admiren pero eres crítico contigo mismo. Aunque tienes algunas debilidades en tu personalidad, generalmente eres capaz de compensarlas. Tienes un gran potencial que no has sabido utilizar. Disciplinado y controlado hacia afuera, tiendes a ser preocupado e inseguro por dentro. A veces tienes serias dudas sobre si has obrado bien o tomado las decisiones correctas. Prefieres cierta cantidad de cambios y variedad y te sientes defraudado cuando te ves rodeado de restricciones y limitaciones. También estás orgulloso de ser un pensador independiente y de no aceptar las afirmaciones de otros sin pruebas suficientes. Además, intentas no ser excesivamente franco con los demás. A veces eres extrovertido, afable y sociable, y otras veces eres introvertido, precavido y reservado. Algunas de tus aspiraciones tienden a ser poco realistas.

La nota media que recibió este festival de tópicos fue de 4,2, y la peor calificación no bajó de 2 (que es la media en esta escala del 0 a 5). Existen muchas variantes de esta frase y los resultados son siempre similares: lo único que hay que hacer es una enumeración de características y sus contrarios. Esto se conoce también como el *efecto Barnum*, en honor al más famoso de los empresarios circenses de EE UU, quien afirmaba que en sus espectáculos siempre había "algo para todo el mundo". Barnum fue, además, un carismático estafador que dijo también que cada segundo nacía un tonto. Aunque los perfiles genéricos son bastante útiles, no está de más personalizarlos un poquito en cada caso en función del cliente. Ejemplo básico: si lleva anillo, aludir a la familia. Como, además, ya se sabe el horóscopo basta introducir alguna alusión ("se nota que eres Tauro", "como buen Géminis..."). El efecto Forer se suele combinar con otros elementos, como es hacer la pelota. También hay una buena lista de estudios que demuestran que la gente se siente, en general, por encima de la media. Es decir, unos cuantos halagos más o menos disimulados nunca están de más, tan originales como "eres una persona muy fuerte", "si hay

algo de lo que no te pueden acusar es de..." (añádase un tópico) o "tú ya has demostrado que..."

Aunque es innegable que el efecto Forer es muy útil en todas las variantes y una parte importante de la lectura en frío, hay ocasiones en que da mejor resultado que en otras. Cuando las preguntas giran en torno al amor o a cuestiones laborales, no puede faltar, pero en temas como la salud o el dinero influyen menos. En los otros casos tiene una segunda utilidad, ya que la lectura suele implicar a terceras personas que tienen que quedar por debajo del cliente —que es el que paga—, a quien no se valora nunca lo suficiente pese a merecerlo. Por eso su pareja no se ha dado cuenta de lo mucho que hace o le envidian algunos compañeros de trabajo.

Jugando a las adivinanzas

Si durante la primera parte de la partida lo más importante era persuadir, en la segunda es acertar, y Ian Rowland es quien más sabe de ello y quien mejor lo ha explicado. En primer lugar, hay que distinguir entre qué se hace pasar por una adivinación y lo que de verdad se adivina. De lo primero, el responsable es el cliente. Si está convencido de que su colaboración es necesaria para una buena lectura de las cartas, intentará concretar al máximo cuál es el tema que le interesa y apostillará los comentarios del vidente. No sólo está dando muchas claves sino que la mayoría de las veces no se da cuenta. Por eso los adivinos suele repetir lo que oyen o acompañar el recital de su víctima con expresiones como: "Sí, aquí me sale", "Sí, lo veo" y otras similares. Son aciertos totalmente gratuitos (los regala el cliente), pero tienen un alcance limitado: reafirman la confianza en la lectura pero es muy difícil sorprender de verdad. Una versión mejorada es aprovechar algunos datos casuales que acompañan al relato para dar la sensación de que se saben cosas. A un "no pude ir porque mi madre estaba enferma" o "pude ir porque un amigo me dejó su coche" se puede añadir sin despeinarse: "Es que tu madre tiene ya una edad... pero es muy fuerte" o "Tu amigo sabe estar ahí cuando hace falta". No hay que ser un lince para darse cuenta de que alguien que deja su coche es que sabe estar ahí cuando hace falta.

Otra forma de adivinar datos sobre el cliente es preguntarle directamente. Al principio, cuando se consulta sobre el tema de la lectura, se puede hacer con cierta tranquilidad pero es mejor aprovechar los datos que proporciona el cliente y convertirlos en pistas de manera que no haga falta que acabe de formular sus preguntas. Si el adivino consigue

formularlas, gana el primer gran punto de la partida ya que resulta más fácil responderse a uno mismo. La confianza, la relación interpersonal, la sensación de comunicación, el poder de la videncia... todos estos factores se ven reforzados. Es un auténtico pleno, y a veces muy sencillo. Recordemos el ejemplo anterior, cuando alguien quería saber por su vida sentimental y se le pedía la fecha de nacimiento de la otra persona. Si la da o no la da es sólo un dato; pero lo que implica —el grado de relación entre ambos— es una pista suficiente para lograr puntuar. En ocasiones, las preguntas directas son, en realidad, una manera de disimular. Por ejemplo, a partir de la ocupación de una persona se pueden deducir muchos datos añadidos, como el estado de salud (un agente de bolsa suele estar estresado y dormir mal, una secretaria puede tener dolores de espalda, un repartidor de butano sufrir una hernia...).

Hacer preguntas directas durante la lectura de las cartas propiamente dicha es algo que debería evitarse al máximo, aunque la mayoría ni se molesta en disimular. Muchas veces no hace falta, tal es la entrega y credulidad de la parroquia que consume estos productos. En Valencia, la tarotista Araceli Vidal inventó un método basado en la numerología para buscar pareja llamado "Amigos a la carta". A partir de unas complicadísimas operaciones matemáticas (sumar y restar), la ínclita era capaz de determinar el grado de afinidad entre dos personas. Previamente, cada una de ellas debía responder por escrito a un cuestionario con una batería de preguntas sobre personalidad, gustos, expectativas, relaciones anteriores, objetivos, situación personal, ingresos... y el perfil de la persona que buscaba. Con esos datos, y previo pago de 240 euros (de 2002), Araceli prometía encontrar pareja. Adivinar así no es que sea fácil, es que equivocarse debería ser delito. El adivino profesional debe saber crear la confianza necesaria para que las preguntas directas parezcan necesarias en la búsqueda de *la gran respuesta*, pero si lo que se quiere es utilizar las cartas para impresionar, ligar o hacer una demostración, es preferible dosificarlas con cuidado: una predicción vaga es siempre mejor que verse descubierto en la impostura.

Predecir el futuro

Cualquiera que se haya sometido a la tortura de ver horas y horas de adivinos televisivos llegará a la misma conclusión. Las cartas ven siempre la llegada de la persona que colmará nuestras necesidades de amor, los problemas financieros se resolverán o la operación concluirá con éxito. En

otras palabras, los buenos tiempos llegarán. Es lo que espera el cliente. Este tipo de afirmaciones se conocen como *predicciones de Peter Pan*, donde se dice al cliente lo que espera oír, aun a riesgo de que el vaticinio sea totalmente erróneo ya que cumple el citado criterio de *utilidad*: al cliente le sirve para evadirse momentáneamente de su angustia. Tras la lectura de las cartas, los fallos se suelen olvidar y, si se acierta por casualidad, se gana un cliente de por vida. Una variante es la *perla de Pollyanna* (bautizada así en honor del personaje siempre optimista de la escritora Eleanor Porter), en la que se retrasa el cumplimiento de la profecía lo suficiente como para que un error no importe y el margen de acierto sea amplio (por ejemplo, diciendo que la tirada sólo permite ver hasta seis meses y un año, y que todo se cumplirá en la última parte del plazo).

Hay ocasiones en las que el vidente se ve obligado a mojarse y concretar: "¿Aprobaré la oposición?, ¿será niño o niña?, ¿me dirá que sí?, ¿compro acciones de la empresa X?" Aunque parezca lo contrario, en estas ocasiones el adivino tiene más las de ganar que las de perder. En principio, son respuestas en las que hay un 50% de posibilidades de acertar y otras tantas de equivocarse (las *odds* son 1:1). Es decir, la persona que intenta hacernos creer que posee un talento del que carece tiene garantizado que acertará en la mitad de los casos. Y muchas veces podrá ampliar ese margen en función de todo lo que haya ocurrido durante la tirada de cartas y la información que haya ido apareciendo. En uno de sus primeros años de carrera, al periodista valenciano Julen Lafuente le vaticinaron que ese año no aprobaría ninguna asignatura. La lectura se produjo un jueves de finales de mayo, bien entrada la noche, en un bar de copas que había habilitado un rincón para que una especie de bruja entretuviera a los clientes con sus perogrulladas. Como suele explicar Lafuente, la pitonisa no optó por un Peter Pan ni por una perla de Pollyanna. La razón: el candidato se prestó a la sesión con un *gin-tonic* en la mano. La muy lista lo sumó todo, aprovechó que las probabilidades estaban de su lado (muy por encima del 50%) y cosechó un sonoro acierto: alguien que está de copas en vísperas de los exámenes finales tiene pocas probabilidades de aprobar.

En otros casos, las apuestas tienen tantas posibilidades de ser ciertas que se les llama así, *predicciones posibles*. Una muy de moda es vaticinar que se conocerá a alguien con puntos de vista similares, que está muy cerca en el plano emocional (o el que se quiera), pero a lo mejor no en el espacial: en otras palabras, por Internet. Si el cliente es una persona de mediana edad, soltera o separada, las probabilidades de que participe en *chats* para

conocer gente son altísimas. Una excelente fuente *de predicciones posibles* son los estudios que publican los medios sobre todo tipo de temas y con resultados clasificados por edades, ideas políticas, clase social... Así, si los datos dicen que el 10% de las adopciones las hacen mujeres solteras con una situación financiera solvente y formación universitaria, no hay que ser muy listo para deducir que un porcentaje mucho más elevado de las que tienen este perfil lo ha pensado al menos una vez. El total seguro que supera con creces el 50%. Es decir, un acierto por cada dos clientas solteras. Otro truco similar —pero que requiere un importante grado de *hijoputismo*— es el del aborto espontáneo, que afecta al 10% de los embarazos (aunque hay quien estima que podría llegar al 50%). Cualquiera puede imaginar el efecto que causaría en una mujer decirle que las cartas hablan de un "ser de luz que no puede estar aquí" pero que la protege. Si se queda blanca es un acierto que equivale a una clienta de por vida, y si no se inmuta es su bisabuelo, o un ángel...

Sin duda, la joya de la corona del arsenal clarividente es lo que Rowland llama el *lucky guess* (*intento afortunado*), cuyo máximo exponente es el *one shot* o tiro directo. A la hora de ir pescando datos del cliente se puede hacer alguna afirmación concreta, por ejemplo un viaje reciente con una intensa carga emocional. Gracias a los viajes baratos, la gente viaja ahora mucho más y, para bien o para mal (o ambas cosas a la vez), suele tener una importante carga emocional. Si da la casualidad de que el cliente acaba de regresar de vacaciones, estamos ante un acierto en toda regla (todo un *one shot*). En caso contrario, el *lucky guess* ha abierto una vía por la que seguir avanzando. El viaje podría haber sido mental o en el nivel astral o de la conciencia; *reciente* puede significar que ha influido en la situación actual o que está muy presente en la vida del cliente; y la *carga emocional* abarca desde haber ido a visitar a la familia a maravillarse ante las pirámides de Egipto. Seguro que alguno de esos elementos es aprovechable para avanzar en la lectura.

Por otra parte, cuando alguien acude al vidente no implica que le vaya a decir toda la verdad. Como lo que a veces quiere es simplemente que le reconforten, suele ocultar algunos datos. Aunque no lo haga, su relato de los hechos es parcial por lo subjetivo, así que a veces es fácil ver la verdad que se oculta tras las palabras (no hace falta explicar, por ejemplo, lo que realmente quiere decir "tengo un amigo que..."). Cuando el vidente cree haber identificado esa verdad es el momento del *one shot*. Mano de santo. Si fallan las *odds*, la variedad de predicciones a las que puede recurrir un tarotista sin arriesgar es muy larga. Las más socorridas son las profecías autocumplidas (cuando se induce al cliente a actuar tal y como indican las

cartas) y las que son imposibles de verificar ("veo una persona del pasado que intentará contactar contigo sin éxito") o que sólo se pueden verificar si se cumplen ("ahora está bloqueado en el plano de la energía, pero si supera esa fase podrá encontrarte").

Tan importantes como las técnicas para adivinar son las técnicas defensivas para emplear en caso de error. Es lo que Ian Rowland llama el *win win game* (el juego que siempre gana), y se usa para convertir los fallos en aciertos, es decir, para convencer al cliente de que una pareja de dos gana a la escalera de color. Una buena técnica es insistir varias veces, invitando al cliente a que acabe admitiendo que lo que se le ha dicho tendría sentido interpretado de otra forma o visto desde otro punto de vista. También se puede repetir lo dicho aunque dándole un carácter menos categórico o cambiándolo sutilmente hasta favorecer una respuesta afirmativa. Así, un problema económico se puede transformar en un accidente de coche o en una falta de riqueza *emocional o espiritual*. En otras ocasiones, se puede intentar hacer creer al cliente que es un hecho que se olvidó, que es cierto pero no lo sabe, o que tampoco es importante (e intentar seguir por otra vía). Al leer las cartas, es mucho más fácil equivocarse que acertar, por eso es importante el *win win game*. Y no conviene olvidar que de los errores también se pueden obtener datos para utilizar más adelante.

En mis largas horas de videncia televisada he visto cosas que vosotros humanos nunca creerías. En cierta ocasión, una pitonisa tranquilizaba a su clienta (en plena crisis económica) diciéndole que su odiado exmarido estaba a punto de empezar a pasarlo mal, incluso que iba a perder el trabajo. "No creo, es funcionario", le respondió. Y en menos de un segundo, la adivina lo convirtió en que iba a sufrir *mobbing* por parte de un superior o que no le iban a conceder un aumento que reclamaba porque le correspondía (las dos quejas más extendidas entre los funcionarios que en el mundo han sido). Lo hizo con tal aplomo que me convenció hasta a mí.

Además de la lectura en frío existe lo que se conoce como *lectura en caliente*, que engloba todas las prácticas que sirven para conseguir información sobre alguien sin que lo sepa. Mientras trabajaba en el guión de *Mataharis*, una película sobre la vida personal y profesional de tres mujeres detectives, la directora Iciar Bollaín se entrevistó con algunos profesionales del gremio. Según comentó en una entrevista a *El País Semanal*, entre las curiosidades con las que se topó destacó la de un investigador que tenía como cliente a una vidente a la que nutría con información sobre la vida privada de sus clientes. Un método caro y,

probablemente, poco practicado por los que viven del futuro de los demás, pero que refleja mejor que cualquier metáfora la mentira que se esconde tras este asunto. Hay variantes, como acudir a un programa de televisión con varios colaboradores que entablan conversaciones informales con el resto del público y luego pasan la información. Otros le piden al cliente su abrigo y su bolso para colgarlo en el armario (y de paso, revisarlo). En el caso de las consultas telefónicas, el prefijo desde el que llaman da una información que se puede utilizar. Y seguro que Facebook y demás redes sociales se están convirtiendo en fuente inagotable de datos personales.

La lista de técnicas que se pueden utilizar es muy larga, y éstas son sólo algunas de ellas. Lo importante es que, cuando alguien diga "me lo adivinaron todo", sepa que lo que quiere decir realmente es que las técnicas funcionaron con él.

Ni delitos ni faltas

A estas alturas, parece más que evidente que el tarot es un timo. Pero, ¿habría que prohibirlo? ¿Debería estar penado cobrar por leer las cartas? ¿Por qué no se considera un delito de estafa continuada? Son muchas las preguntas, pero por suerte también hay algunas respuestas. En primer lugar, antes de prohibir nada, habría que concretar qué daño pueden hacer las cartas. Por sí solas, es evidente que ninguno (salvo si se tira el mazo a alguien a un ojo). Sin embargo, alguien podría alegar que una raya de cocaína tampoco es en sí misma peligrosa, pues si nadie la consume no hace ningún daño. Con el tarot en particular, y la adivinación en general, el problema es similar: no hace daño si no hay nadie dispuesto a consumirlo, lo que no puede hacernos olvidar la realidad de que hay millones de personas que lo hacen. Y algunos porque tienen algún tipo de predisposición (genética en el caso de los adictos, cultural o intelectual en el de los creyentes en la magia). Así, la única medida posible sería prohibir que hubiera personas crédulas, lo que no sólo no nos llevaría a ninguna parte, por absurda, sino que iría directamente contra el artículo 16 de la Constitución española, que consagra la libertad de creencias, y contra el artículo 18 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Desde un punto de vista más práctico, no parece que prohibiendo el tarot y timos similares las cosas fueran a mejorar mucho (de hecho, aún se debate si prohibir las drogas es o no una buena idea).

Es evidente que el tarot no es un objeto religioso, pero de lo que no hay duda es que forma parte de un conjunto de creencias religiosas (como la *New Age*) y que prohibirlo atentaría contra ellas. Desde este punto de vista, una baraja es un objeto tan religioso como un belén. En todo caso, el límite es tan difuso que algunos mazos sí merecerían ser considerados plenamente objetos sagrados, como el tarot zen y el tarot de la transformación. Son los que emplean los seguidores del pretendido maestro y evasor de impuestos convicto Bhagwan Shree Rajneesh (más conocido como Osho) en el marco de sus prácticas de crecimiento personal en el contexto de unos planteamientos vitales indiscutiblemente religiosos.

En España la legislación ha sido siempre muy tolerante. El Código Penal de 1963 castigaba a los que "por interés o lucro interpretasen sueños, hiciesen pronósticos o adivinaciones, o abusasen de la credulidad pública de manera semejante" (artículo 587.4). El castigo para los infractores era bastante leve (una falta penada con arresto menor), el mismo que para los hurtos menores o para estafas de cuantías inferiores a 500 pesetas (unos 30 euros actuales). En realidad, por mucho que les guste hacerse las víctimas a los adivinos, el régimen de Franco no se tomó demasiado en serio la supuesta amenaza de estas doctrinas repudiadas por la Iglesia. La prueba es que este artículo desapareció mucho antes de que se aprobara en 1971 el siguiente Código Penal. Además, ni siquiera condenaba la adivinación sino a quienes la practicaban por dinero. Eso abre otra puerta: penalizar el cobro de las sesiones. Sin embargo, parar sortear la ley bastaría con que los adivinos dejaran de cobrar una tarifa establecida y se dedicaran a aceptar limosnas o donativos de sus agradecidas víctimas. De hecho, es una fórmula hoy muy extendida y una importante bolsa de fraude fiscal.

Está claro que prohibir el tarot o la adivinación en general parece una empresa condenada al fracaso. La creencia no desaparecería y el mercado tampoco: únicamente se haría más opaco. Si en la actualidad, según las asociaciones de consumidores y expertos en la materia, uno de los principales problemas para luchar contra este tipo de engaños es que muy pocas víctimas se atreven a denunciarlos (generalmente por vergüenza), situar la videncia al otro lado de la ley dejaría a los consumidores en manos de los adivinos. Además, tampoco añadiría mucho a lo que ya hay, pues, en principio, alguien que está vendiendo unos poderes que no tiene podría estar cometiendo un delito de estafa continuada. Por desgracia, la cosa dista mucho de estar clara, como reflejan los casos de las videntes María del Carmen F. F. y Nuria Montero.

El primer caso ocurrió en Benidorm en 2001. María del Carmen F. F. fue condenada a cuatro años de prisión y a pagar nueve millones de pesetas (unos 54.000 euros) por un delito de estafa continuada. Según la sentencia de la Audiencia Provincial de Alicante, la vidente había conseguido convencer a una mujer, que atravesaba por una difícil situación sentimental tras la muerte de su pareja, de que había contactado con el difunto en el más allá. Tras sacarle cinco millones de pesetas (unos 30.000 euros), consiguió que le regalara un televisor (para dársela al finado y que pudiera ver el fútbol; y no me lo invento), una cadena de música, un Mercedes, y que la nombrara su heredera. Luego le dijo que se fuera a Marruecos, donde se reencontraría con su ser querido. Afortunadamente,

la víctima se tragó su orgullo y, arriesgándose a que mucha gente se burlara de su credulidad, acudió a la Justicia. Pero, como demuestra el siguiente caso, pleitos tengas y los ganes.

La historia de Nuria Montero es muy parecida, ya que fue condenada por la Audiencia Provincial de Cádiz a dos años y medio de cárcel y a una multa de unos 1.500 euros por estafar a dos hermanos, a quienes sacó 18.000 euros (y un pájaro) para realizar un ritual con el que sanar a un enfermo aquejado de un cáncer (el padre de los denunciados). Por supuesto, el hombre murió. La sentencia calificaba los hechos de "delito continuado de estafa de especial gravedad", no sólo por la situación del enfermo y la angustia de sus familiares sino porque llegaron a tener que pedir un crédito para que la vidente se limitara a sacrificar el pájaro y encender una vela delante de la foto del paciente. Por ello, la sorpresa fue mayúscula cuando, en marzo de 2007, el Tribunal Supremo decidió anular la sentencia. La argumentación del Alto Tribunal, según informaba la agencia Europa Press, fue que

se considera que no existe estafa cuando el sujeto pasivo acude a médium, magos, poseedores de poderes ocultos, echadoras de cartas o de buenaventura o falsos adivinos, cuyas actividades no puedan considerarse como generadoras de un engaño socialmente admisible que origine o sea la base para una respuesta penal. En estos casos se considera que el engaño es tan burdo e inadmisibles que resulta inidóneo para erigirse en el fundamento de un delito de estafa.

Es decir, que si los hijos del enfermo pagaron fue porque debían de ser tontos ya que, prosigue la sentencia, "en el mundo intercomunicado en el que vivimos, cualquier persona media está en condiciones de conocer cuáles son los efectos de los padecimientos que genéricamente se recogen bajo la denominación genérica de cáncer". Y los hijos lo sabían perfectamente ya que —continúa diciendo— tenían un nivel suficiente de formación (uno incluso había estudiado enfermería) y los médicos les habían explicado que aquello no tenía cura. Lo más curioso es que el Tribunal Supremo reconocía que los denunciados habían actuado de ese modo "angustiados ante la grave enfermedad que padecía su padre", buscando "desesperadamente cualquier tratamiento que pudiera curar su enfermedad". Se supone que debieron resignarse al diagnóstico y mantener la calma ante su situación. Lo más curioso es que el artículo 22 del Código Penal —tal como recordaba el primer fallo— establece los siguientes supuestos como agravantes de un delito como la estafa:

2º. Ejecutar el hecho mediante disfraz o abuso de autoridad o

aprovechando las circunstancias de lugar, tiempo o auxilio de otras personas que debiliten la defensa del ofendido o faciliten la impunidad del delincuente.

3º. Ejecutar el hecho mediante precio, recompensa o promesa [...].

5 º- Aumentar deliberada e inhumanamente el sufrimiento de las víctimas, causando a éstas padecimientos innecesarios.

Por un lado, hay que admitir que la sentencia introduce un elemento interesante al afirmar que la creencia en estas cosas es tan absurda que no puede considerarse desde el punto de vista penal. Filosóficamente es como reconocer el derecho a equivocarse y asumir que los adultos deben ser responsables de sus actos. Así que, en definitiva, condenar a alguien por un engaño basado en una curación a distancia mediante una vela sería como mandar a la cárcel a alguien por intentar matar a otro tirándole bolitas de papel (que es lo que viene a decir el término "inidóneo"). Sin embargo, el Alto Tribunal debió de considerar que los denunciados viven en un país en el que la mayoría de periódicos incluyen horóscopos, en el que se venden legalmente revistas centradas únicamente en predicciones, en el que hay un epígrafe específico para los adivinos en el Impuesto de Actividades Económicas, en el que los supermercados están llenos de alimentos que presumen de tener propiedades médicas, en el que los estantes de cualquier farmacia rebosan de productos parafarmacéuticos y homeopáticos... Nadie podrá negar que "en un mundo intercomunicado" cualquiera puede descubrir sin mucho esfuerzo que todo ello se basa en supuestos que carecen de base científica. Por eso a muchos la sentencia les recordó a una de esas historias en las que se obligaba a la familia del fusilado a pagar la bala.

Por tanto, parece que desde el punto de vista penal la actual legislación española es poco práctica, por no decir ineficaz. Queda la vía civil, más cara y larga, con la que con suerte se puede conseguir el dinero perdido y una indemnización. Si en el caso descrito la vidente se fue de rositas pese a la gravedad de los hechos, un echador de cartas, que mueve cantidades mucho más pequeñas y el daño que causa no suele ser tan grave, lo tendría aún más fácil. Por lo pronto, el proceso obligaría a la víctima a demostrar el contenido de sus conversaciones durante las sesiones (algo materialmente imposible), por lo que las probabilidades de llegar a una condena son mínimas. Por lo que respecta a las barajas de tarot, tampoco es cuestión de prohibirlas pero sería recomendable que los fabricantes tuvieran que verse obligados, al menos, a poner en las instrucciones que carecen de poderes para predecir el futuro.

¿El final del túnel?

El 11 de mayo de 2005 la Comisión Europea aprobó una medida que, de haberse aplicado, podría haber sido un arma eficaz para luchar contra adivinos y demás videntes. Se trata de la directiva 2005/29, que instaba a los países miembros a actualizar su legislación relativa a las prácticas comerciales desleales. En sus consideraciones iniciales (punto 19) incluía entre estas actividades aquellas en las que "la credulidad haga que los consumidores sean especialmente sensibles a una práctica comercial". En su artículo 5.3 pedía literalmente la prohibición de esta forma de proceder, que dejaría a los vendedores de pseudociencias en una situación muy incómoda.

Por supuesto, regular este mercado, que seguro que incluye a más de un político entre sus clientes, no será tarea fácil. Tampoco es seguro que vaya, finalmente, a servir de algo. En Gran Bretaña ocurrió un hecho sin precedentes cuando se debatió la cuestión: hubo una manifestación de videntes frente a la casa del primer ministro Gordon Brown para exigir que se mantuviese la actual ley de 1951 que legaliza la videncia y que sustituyó a la Ley de Brujería de 1735. La Spiritual Workers' Association envió incluso 5.000 firmas para pararla y aseguró que eso convertiría a los practicantes de este culto en la única religión que tenía que demostrar que sus creencias eran ciertas. Eso sí, casi todos los profesionales del gremio consultados por los medios británicos insistían en que los videntes honrados no tenían nada que temer, o que era necesario legislar pero sin que ellos tuviesen que demostrar sus capacidades mágicas.

En España la directiva fue recogida por la ley 44/2006, de 29 de diciembre, para la mejora de la protección de los consumidores y usuarios, pero pasó totalmente de largo sobre la cuestión. Una prueba de la eficacia de esta reforma es que a mediados de 2008, cuando la norma llevaba cerca de seis meses en vigor, el Círculo Escéptico puso en marcha una campaña de recogida de firmas (en la que participé) para exigir la traslación de la directiva a la legislación española. No es que los firmantes no nos hubiésemos enterado de que la ley se había adaptado ya, sino que no lo sabían ni en el Ministerio de Sanidad y Consumo. Cuando en abril de ese año el periodista Luis Alfonso Gámez se puso en contacto con la institución, le dijeron que "la directiva europea se transpondrá a nuestra legislación este año" y confirmaron que "la norma incluirá implícitamente la exigencia de que los brujos demuestren los poderes por los que cobran a sus clientes".

La correcta traslación de la directiva podría haber sido muy útil para uno de los terrenos en los que hay que ser muy listo (o miembro del Tribunal

Supremo) para entender cómo es que no están todos los adivinos en la cárcel desde hace años. Es el mundo de las consultas telefónicas, en las que el tarot es la gran estrella. El negocio de las llamadas a los programas es ya de por sí bastante turbio como para insistir (se han detectado todo tipo de engaños), pero la videncia telefónica añade que se está cobrando a la gente por un servicio que no se presta. En marzo de 2007 fue detenido en Almería un hombre que creaba falsas páginas de subastas. Se embolsaba el dinero y el objeto comprado nunca aparecía. De haberse cumplido las indicaciones de la legislación europea, se hubiese podido equiparar no entregar el objeto con no realizar el servicio ofertado (en el fondo es lo mismo). El tarot no desaparecería de un día para otro del panorama catódico, pero seguro que muchos se lo pensaban antes de dar la cara en televisión. También se pueden aplicar otras medidas, como la que llevó a cabo la Generalitat Valenciana. Cuando puso en marcha el concurso para las adjudicaciones de canales para la TDT, incluyó una cláusula que impedía a los agraciados con las licencias incluir programas de videncia. Puede ser un primer paso para poner límites a un negocio que, según algunos cálculos, podría mover unos 1.000 millones de euros al año. Sin embargo, buena prueba del interés real por combatir esta plaga es que la televisión autonómica valenciana (Canal 9) suele contar entre sus invitados con lo más granado de la aristocracia vidente española (Rappel y compañía).

Que la directiva sea o no la respuesta al problema es lo de menos. Lo que está claro es que —aunque no haya que volver a la época en la que la videncia estaba prohibida— algo hay que hacer. Los videntes ingleses se quejaban de que la Ley de Brujería de 1735 era excesivamente represiva, pero lo que nunca admitirán es que sin ella podrían haber llegado incluso a perder la II Guerra Mundial, y que siempre era mejor que ser ajusticiado por un delito de traición. Es lo que le pudo haber pasado a Hellen Duncan (1897-1957), a quien algunos consideran aún en Gran Bretaña una especie de Agustina de Aragón del espiritismo. En realidad, su gran mérito consistió en aprovechar que, durante la guerra, había entre sus clientes muchos militares, por lo que se enteró antes que nadie del hundimiento del acorazado *HMS Barham* en noviembre de 1941. Por motivos propagandísticos, el Gobierno mantuvo el hecho en secreto ya que fue un gran éxito de la marina alemana que podía perjudicar la moral de la población. Para quitarse a Duncan de en medio una temporada y evitar, por ejemplo, que estuviese al tanto de los preparativos del desembarco de Normandía y los utilizara en su provecho, le aplicaron la Ley de Brujería y tras un juicio rápido pasó unos meses en la cárcel. Hasta Winston

Churchill se interesó por su caso (que suscitó un gran interés mediático) ya que, hasta que no supo la causa real de la persecución, le pareció un gasto inútil de dinero. Pocos meses después, otra médium (Jane Rebecca) logró el extraño mérito de ser la última condenada en aplicación de esa norma (en este caso, por contactar con familiares muertos en combate a cambio de dinero). En 1951 esa ley fue sustituida por la Ley de Médiums Fraudulentos. Finalmente, fue derogada en mayo de 2008, al mismo tiempo que entraba en vigor la Ley para la protección del consumidor de las prácticas desleales de comercio. Las anteriores normas no penaban realmente la adivinación sino las prácticas relacionadas con los espíritus, pero a los videntes les gusta ir de víctimas y se autoincluyen entre los perseguidos. Ahora la cosa ha cambiado y la nueva norma, en su artículo 27 (Pruebas de las características anunciadas) establece que un juez puede exigir a cualquier vidente o tarotista que demuestre que tiene el poder que dice, y no que sea la víctima la que tenga que demostrar que le mintieron.

La naturaleza penal del vidente

Los adivinos no viven del buen rollo del que presumen sino del miedo de la gente. Mucho se les llena la boca proclamando su honradez, pero son pocos en el gremio los que dejan de reconocer que hay mucho sinvergüenza. Ni los salteadores de caminos hablan tan mal de sus compañeros. Un caso típico es el de una joven estrella emergente en el panorama español, que permite hacer un excelente retrato robot de la naturaleza de estos personajes y hasta qué punto es necesario impedir que sigan actuando con total impunidad. Según un artículo de elconfidencialdigital.com (28 de septiembre de 2008), el sector es uno de los que está funcionando a toda máquina durante la crisis actual. Así lo afirmaba nada menos que Estrella Santos, presidenta de la Asociación Mundial de Videntes y Tarotistas Parapsicológicos (inscrita en el registro de asociaciones del Ministerio del Interior en 2005 con el número 584459), que probablemente esté integrada por ella misma y, como mucho, cuatro más.

En un artículo de la edición madrileña del diario *ADN* (10 de noviembre de 2008), Santos afirmaba que podía demostrar ante notario que tiene un 98% de aciertos. No sabemos cómo ha podido acreditarlo el fedatario público, pero creo que tenemos todo el derecho del mundo a pensar que se lo ha inventado (lo que constituye publicidad engañosa). Que la presidenta de la Asociación Mundial de Videntes y Tarotistas Parapsicológicos pueda ser una mentirosa no debería ser ninguna sorpresa, pero que ella misma afirme que "el número de estafadores y aprovechados es incalculable" en

su sector es ya para echarse a temblar. De hecho, no tiene el menor empacho en asegurar que su asociación cuenta con más de 17.000 miembros (esto no se lo cree ni *jarta* de vino), pero que sólo 150 son profesionales (es decir, los que se supone que tienen un don).

Pero el artículo del *El Confidencial* (que apareció en la sección de Economía) da mucho más de sí y permite ver lo lucrativo de estos negocios. Santos aseguraba cobrar 50 euros por cada media hora de consulta en directo, el doble por una hora (nada de descuentos) y contar con unos 800 clientes semanales. ¡Eso significa ingresar entre 40.000 y 80.000 euros al mes! A ello hay que sumar lo que dejan las cerca de 3.000 llamadas que dice recibir su gabinete para darse una idea de lo obsceno del negocio. Dada la credibilidad que inspira Estrella Santos, no sería de extrañar que estuviera exagerando y que ni de lejos gane lo que dice. De hecho, si sus 800 clientes hubieran contratado 30 minutos cada uno nada más, le habrían hecho falta más de 16 días completos para atenderlos a todos... Eso significa trabajar más de 12 horas al día incluyendo los fines de semana. Sin embargo, el horario que indica en su *web* es de lunes a viernes y de 10 a 20 horas (50 horas a la semana). Suponiendo que en ese tiempo no se levante ni para ir al cuarto de baño, no habría podido atender ni a la mitad de los que dice. En todo caso, no cabe duda de que viviría razonablemente bien aunque ingresase la cuarta parte (entre 10.000 y 20.000 euros al mes). Al margen de lo que gane, Hacienda le dará la coartada legal con que pague el Impuesto de Actividades Económicas (existe la posibilidad de darse de alta en el epígrafe de Astrólogos y Similares, el 881).

Otro dato importante es que Santos dice también que el precio medio por sesión de 30 minutos es de unos 20 euros, lo que significa que ella cobra un 150% más (50 euros). Parece que lo más lógico habría sido decir lo contrario y, en tiempos de crisis, presentarse como la oferta más competitiva. Pero Santos prefirió el publireportaje gratuito que le ofrecieron para posicionarse en otro segmento del mercado con mayor poder adquisitivo, el de los lectores potenciales del diario. Curiosamente, el perfil de los clientes de sus últimos meses se acerca al del lector de *El Confidencial*: "Un ejecutivo o directivo, de edad comprendida entre los 40 y 60 años, que acude a interesarse por la marcha de sus empresas. El resultado de las fusiones y adquisiciones que tiene en marcha es una de las preguntas más recurrentes". Por supuesto, no dejó pasar la ocasión de añadir que "ha tenido algún político muy conocido entre sus clientes", y explica que "muchos de sus clientes actuales son ejecutivos y directivos de primera fila que prefieren el anonimato que ofrece la consulta telefónica

para que la gente no les vea acudir a su consulta" (traducido al lenguaje del *marketing* significa: discreción garantizada). Cuando decía en otro capítulo que nunca hay que olvidar que un adivino es un profesional antes que un vidente me refería a gente como Estrella Santos.

Aun sin saber cuánto hay de verdad (suponiendo que haya algo) o de mentira en su testimonio, se pueden sacar dos conclusiones. Primero, todo apunta a que la gente como ella se está haciendo de oro a costa del miedo de otros. Y segundo, mejor no nos paremos a pensar en las consecuencias porque pone los pelos de punta pensar que un empresario del que depende el sustento de muchas familias tome sus decisiones inspirado por una persona que le está engañando o, como mínimo, cree erróneamente que posee determinados poderes. Por cierto, no estaría de más preguntarle al Tribunal Supremo si sigue pensando que "en este mundo intercomunicado" toda la información que se publica es buena, y si también son sólo los tontos los que no saben distinguirla. La [web elconfidencialdigital.com](http://web.elconfidencialdigital.com) es un medio tan fiable como el que más, y lo normal es que alguien que no tenga una opinión formada sobre las pseudociencias y lea la entrevista a Estrella Santos le otorgue cierta credibilidad.

El argumento moral

Cuando uno asiste a una sesión de cartomancia, aunque sea televisada, en la que reina esa falsa armonía que tanto gusta a los seguidores de la *New Age*, se da cuenta de que muchas veces es una auténtica crueldad. Hay personas que piensan que la lectura del futuro es inocua y que lo peor que le puede pasar a una persona es dejar de preocuparse por unos días. Desgraciadamente, la vida no funciona así, y muchas veces preocuparse por algo es necesario si lo que se busca es una solución. En tiempos de crisis resulta vomitivo ver la sucesión de llamadas de gente en situaciones que bordean, cuando no superan, lo inmoral. Me hago de oro si vendo un ejemplar de este libro por cada mujer de más de 40 años con cargas familiares y escasa cualificación profesional a la que he visto cómo le auguraban una oferta laboral en los próximos meses. No es lo mismo que una persona cercana les haya hecho albergar falsas esperanzas con el único fin de animarlas. La diferencia es que no les ha cobrado ni se ha aprovechado de su desgracia para sacarles un dinero que no tienen. Es cierto que muchos videntes creen realmente en sus poderes y que están ayudando a sus clientes, pero ser un inconsciente no debería constituir un atenuante. Por eso se dice que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Basta con escuchar los problemas que plantea la gente en esos programas para darse cuenta de que a menudo se trata de asuntos muy serios. En algunos casos, decir que la operación saldrá bien puede ser, quizá, algo positivo, pero en otros tiene su riesgo. Quien espera una próxima oferta laboral que reconozca su mérito puede descuidar su trabajo actual y verse en problemas. Quien duerme esperando sin éxito el regreso inminente de su ser amado o de la persona que le colmará de amor se verá sometido a una presión adicional totalmente innecesaria. En otras palabras, en este negocio no sólo se aprovechan de la credulidad de las víctimas sino que se puede llegar a causar un sufrimiento innecesario cuando quien acude espera una respuesta a su problema.

Evidentemente, también hay algo de verdad en que no todos los adivinos son iguales. De vez en cuando aparecen, en el parabrisas del coche o pegados a un semáforo, anuncios de profesionales que estarán sólo un tiempo determinado en la ciudad y que suelen recibir en un hotel o un lugar de paso. Son delincuentes que, una vez han sacado todo lo posible a sus víctimas, desaparecen. Otros son, como Araceli Vidal (a la que conocimos en el capítulo anterior), que daba una copia grabada a sus clientes. Si hubiera tenido voluntad de engañar seguro que no lo habría hecho. Curiosamente, incluso quienes son conscientes de que no tienen poderes pueden acabar por pensarlo, como le ocurrió a Ryan Hyman en su época universitaria de vidente. En otros casos, la honestidad está fuera de toda duda. Girolamo Cardano (1501-1576) fue un religioso erudito, astrólogo, médico y matemático que predijo con exactitud el día de su muerte. Pero como ese día se levantó de la cama pletórico de salud, decidió suicidarse.

El tarot no es lo peor

Los que creen en la magia piensan que la hay de dos tipos: la blanca y la negra (que es como decir la buena y la mala) y que el tarot forma parte de la primera; la segunda es mucho más peligrosa y tiene una capacidad real de ser muy perjudicial. Es la que usan algunas bandas de traficantes de mujeres para obligarlas a prostituirse, amenazándolas con hechizos y maldiciones. Puede parecer algo de otro siglo, pero muchas de ellas vienen de países en los que la santería, el vudú o los hechiceros son vistos como algo totalmente normal. En cambio, con el tarot es difícil llegar tan lejos. Por ejemplo, el libro *El negocio de la fe*, de Juan Gonzalo, detalla algunos crímenes y engaños cometidos en España por videntes, magos, adivinos y demás miembros del gremio, que nunca han llegado a los tribunales. El tarot no es el protagonista en ninguno de los casos. El único caso digno de destacar —imposible de comprobar ya que en el libro sólo hay iniciales y el nombre del autor es un seudónimo— es el de una monja que afirma que en el interior de los conventos la cartomancia está muy extendida y que hay auténticas expertas. Del mismo modo, la baraja aparece también de manera muy accesoria (si aparece) en la mayoría de reportajes de investigación del mundillo mágico. Es una prueba de que el tarot es bastante inocuo incluso para quienes creen en él. Comparado con la santería, el vudú y todas sus variantes, es una nadería.

Esto no quiere decir que no existan casos en los que el tarot no esté involucrado, pero también en ellos la baraja desempeña un simple papel accesorio: no es más que el *McGuffin* del que hablaba en otro capítulo. En 2002, por ejemplo, fue detenida en Bilbao una estafadora que había creado una página en Internet para realizar consultas astrológicas y de tarot. El medio de pago era la tarjeta de crédito, y la detenida utilizaba los datos de sus clientes para comprar en la Red. Otro caso se dio en 2007 en Asturias, donde una echadora de cartas y dos cómplices fueron detenidos por amenazas, coacciones y estafa a una de sus clientas, que se negaba a pagar un *amarre* (un conjuro para lograr el amor de otra persona) que ni siquiera le habían realizado. Los detenidos querían cobrarle 6.000 euros por el material que habían comprado y le amenazaron con hacer públicos todos los datos que había facilitado durante las sesiones de tarot. También fue sonada en 2007 la condena a una de las videntes oficiales del mundo del corazón, Cristina Blanco, por pequeños hurtos en diversos hoteles de Marbella. Las cartas tampoco tuvieron nada que ver. En grupos más organizados ha habido casos en los que un miembro de la banda actuaba de tarotista, y su función consistía en encontrar algún mal de ojo o hechizo que pesaba sobre el cliente para remitirlo a alguien que le hiciera el

trabajo de quitárselo por una cantidad desorbitante. Con la baraja sola los videntes ganan únicamente el precio de la consulta y son muy pocos los que se atreven a superar la barrera psicológica de los 60 o 100 euros. Tampoco está mal sumando todas las sesiones que un adivino puede llegar a hacer al mes, pero a nivel individual rara vez podrá decirse que la víctima se arruinó: lo peligroso no son las cartas sino los videntes.

Dicho todo esto, sólo se puede llegar a una conclusión. Existe una total indefensión de los consumidores y víctimas del mercado paranormal, y nada indica que a corto o medio plazo vaya a cambiar algo. De momento, y gracias a la sentencia del Tribunal Supremo, la adivinación no es falta ni delito ni nada de nada.

Conclusión

El futuro ya no es lo que era

Como he señalado en el capítulo 5, el concepto que tenía la gente sobre el futuro ha evolucionado a lo largo del tiempo. Lo mismo se puede decir desde el punto de vista científico. En el año 2009 el mañana no es el que era a finales del siglo XVIII, cuando De Gébelin descubrió el tarot, como explica magistralmente Paul Harpen en su libro *En búsqueda del destino: una historia de la predicción*. Por ello los videntes han tenido que ir amoldando sus teorías acerca de sus extraordinarias capacidades a los nuevos descubrimientos. Algunos incluso dicen que la física cuántica podría darles la razón: habrá que verlo, pero todo apunta a que lo que vamos sabiendo de nuestro universo va en otra dirección.

En la época en que nació el tarot, todo el mundo comulgaba con las teorías del matemático francés Pierre-Simon Laplace (1747-1827), que creía que vivíamos en un mundo totalmente determinista en el que la adivinación era teóricamente posible y el único problema era la incapacidad material de la mente humana (sin necesidad de poderes) para adivinarlo. Según el autor francés, en una afirmación que ha pasado a la historia como *el demonio de Laplace*, para alguien que conociera todas las fuerzas de la naturaleza, la posición y el funcionamiento de todas las cosas que componen el mundo (desde los planetas a los átomos), "nada le sería incierto y el futuro, como el pasado, se presentaría ante sus ojos". Como los tarotistas decían que su baraja era en realidad un libro con toda la sabiduría habida y por haber, podían presentarse en sociedad como los demonios de Laplace. Desde el punto de vista histórico, hasta el siglo XIX la adivinación tenía una base científica que se apoyaba nada menos que en las teorías de Newton (en las que se basó Laplace), donde el tiempo y el espacio eran como dos vías férreas que circulaban paralelas en una misma dirección. El tiempo parecía una película en la que moverse hacia atrás o hacia delante: era como acelerar o rebobinar. Es lo que se conoce como *el universo en bloque*.

La cosa cambió con la entrada en escena de otro matemático francés, Jules-Henri Poincaré (1854-1912), quien afirmó que era cierto que un demonio de Laplace podría deducir fácilmente el pasado y el futuro, pero

si le faltaba un solo dato entonces toda la estructura se derrumbaba. Según dijo, y tenía razón, "puede suceder que pequeñas diferencias en las condiciones iniciales produzcan grandes diferencias en los fenómenos finales [...]: la predicción entonces se torna imposible". Su hipótesis —que anunciaba el famoso *efecto mariposa*— tuvo escaso predicamento hasta bien entrado el siglo XX.

El efecto mariposa es fundamental para entender una de las razones por las que la adivinación es imposible. En 1960 el meteorólogo americano Edward Lorenz intentaba llevar a cabo una serie de pronósticos y se dio cuenta de que el resultado era totalmente distinto en función del número de decimales de cada variable que utilizaba (una diferencia poco apreciable). Según él, una predicción podía resultar totalmente errónea si se olvidada un dato por pequeño que fuera, como el aleteo de una mariposa. Así nació la frase. Aplicada al tarot significa que, aunque el echador de cartas fuera un demonio de Laplace, una simple falta de precisión le llevaría a confundir el parto de una nutria con una explosión nuclear. Además, su visión se vería afectada por su desconocimiento del comportamiento de todas las mariposas que pudieran influir en la vida de su cliente (amigos, compañeros de trabajo, encuentros casuales, estados de ánimo, el tiempo, un despertador que no suena, un pinchazo en el coche...). En definitiva, según las teorías de Poincaré y Lorenz, aunque la predicción fuera posible, nadie podría manejar todos los datos necesarios para conseguir una lectura fiable.

El efecto mariposa forma parte de la teoría del caos, que fue lo que dio la puntilla definitiva a Laplace. Aunque no lo parezca, la teoría del caos es tan determinista como la del matemático francés, sólo que de otro tipo de determinismo. Con Laplace, todas las cosas (o sistemas) del mundo funcionaban como un reloj, pero los había de dos tipos: los estables y los inestables (que nunca alcanzan su punto de equilibrio). Lo que no sabía es que había un tercer tipo: los caóticos. Lo mejor, lo casi mágico, es que se regían por un caos determinista, es decir, un desorden que sigue unas reglas o, lo que es lo mismo, que no es aleatorio ya que sigue existiendo una relación causa-efecto. Por ejemplo, el comportamiento de las moléculas de agua cuando se llena una bañera: ese desorden está regido por unas leyes físicas. Si sustituimos las moléculas de agua por las personas de una ciudad, tenemos el entorno del cliente de un tarotista. ¿Cómo se soluciona este problema? Muy fácil, ignorándolo, y siguiendo echando las cartas como si aún viviéramos en el mundo descrito por Laplace. Un lujo que sólo pueden permitirse quienes anteponen sus creencias a la realidad.

Algún defensor podrá decir que la adivinación no es lo que define al tarot sino uno de sus usos (y ni siquiera el más importante). Para ellos, la explicación anterior no permite descartar su carácter místico y simbólico. Pese a lo dicho, la baraja seguiría siendo un libro que esconde una sabiduría ancestral de la que deriva todo lo demás. En otros capítulos ya hemos visto que históricamente no fue así, pero tampoco podría haber sido así aunque lo normal en tiempos de De Gébelin fuera pensar eso. A finales del siglo XVIII las bases de las matemáticas eran muy parecidas a las que habían desarrollado los griegos. Por ejemplo, Euclides (325-265 a. C.) creía que toda la geometría podía deducirse de un listado concreto de axiomas. Los axiomas son las perogrulladas de la ciencia. Son ideas tan evidentes que se demuestran por sí mismas y son la base de todo. Por ejemplo, dos puntos distintos pueden unirse por una recta, todos los ángulos rectángulos son iguales o cuando llueve y hace viento es que hace mal tiempo.

Pero en 1931 un matemático austríaco conocido en su pueblo, Kurt Gödel, cambió radicalmente el panorama. Se trata del teorema de Gödel, y no es un axioma pues es una explicación demostrable dentro de un marco lógico (en este caso, las matemáticas). Lo que dijo —y hoy nadie discute— es que ni siquiera algo tan aparentemente simple como la aritmética de los números enteros podía resumirse en un conjunto de axiomas. Su aplicación llevaría a nuevos problemas que sólo podrían resumirse creando nuevos axiomas. En el fondo, de lo que se trata es de que cualquier sistema deductivo complejo (y el tarot pretende serlo) funciona únicamente si aceptamos la validez de esos axiomas. Si los cambiamos, el sistema deductivo cambia. Es decir, una baraja de cartas no puede ocultar un número limitado de verdades de las que se deduzcan todas las demás. Las únicas que puede incluir son las que forman parte y explican lo que ellos consideran su verdad. El único saber que esconde una carta de tarot es el que le atribuye quien la diseña.

Cuánto cuento cuántico

Si la adivinación parecía funcionar con parte de la física tradicional, la cosa cambió a principios del siglo XX con la aparición de la llamada física cuántica. Una búsqueda en Google basta para darse cuenta de que hay tantas páginas sobre la materia escritas por científicos como por mercachifles. La principal característica de la física cuántica es que nadie la entiende, sobre todo quienes creen comprenderla perfectamente. Por

eso se puede decir cualquier tontería en su nombre, ya que habrá poca gente capaz de rebatirla (y mucho menos que lo haga de manera que se le entienda). Por eso me atrevería a decir que si alguien entiende lo que viene a continuación es que o ha leído mal o no me he expresado correctamente. La diferencia con la física clásica es que la cuántica actúa a nivel subatómico, así que el contacto con ella es poco frecuente en nuestro día a día, y sólo sabemos de su existencia a partir de sus aplicaciones prácticas (por ejemplo, la resonancia magnética de los hospitales). Aun así, de ella se han derivado algunas de las ideas más importantes de los últimos años, y varios conceptos que han cambiado nuestra forma de ver el mundo.

Una de estas ideas es el principio de incertidumbre, formulado en 1927 por Werner Heisenberg. Si estamos viendo un coche circular a toda velocidad por una carretera, y queremos determinar su velocidad y posición, la cuestión parece fácil pero es imposible. Para conocer la velocidad necesitamos saber el tiempo que tarda en recorrer una distancia entre dos puntos, pero sólo podemos determinar la posición del vehículo en un punto concreto. Sería como hacerle una foto para *congelarlo* en ese lugar, lo que nos impediría conocer su velocidad ya que perderíamos la referencia temporal. Y si queremos saber su velocidad, nunca conoceremos su posición exacta. Los amantes de las pseudociencias suelen interpretar mal este principio y lo hacen diciendo que no podemos estar seguros de nada ya que en todas las mediciones que hagamos habrá siempre un error. Por supuesto, quiere decir todo lo contrario. Ahora que sabemos que ese margen de error existe, podemos tenerlo en cuenta. De hecho, lejos de hacer que la física se desmorone, el principio de incertidumbre es uno de sus pilares.

Para resolver el problema del coche, la física cuántica incluye otro concepto: las ondas. Ahora el coche de nuestro ejemplo es de chicle y se deforma, de manera que está a la vez en todas las posiciones y velocidades posibles. Cuando entra en escena el observador para medirla, la onda (o el coche) se *colapsa*. Es decir, se para en un punto en el que podemos medir la posición o se desplaza entre dos puntos, lo que nos permite calcular su velocidad. La explicación más conocida de este efecto es el *gato de Schrödinger*, un problema propuesto por primera vez en 1937. Simplificando mucho, hay un gato en una caja equipada con un mecanismo que, en un momento dado, podría dejar (o no) salir un veneno que matará al animal. Por supuesto, para saber su suerte habría que abrir la caja. Desde nuestro punto de vista, el gato estaría vivo o muerto antes de abrir la caja, pero para la física cuántica el gato estaba vivo y muerto a

la vez hasta el momento de abrir la caja. En ese momento, al mirar, el observador colapsa la onda del gato y el animal se presenta sólo en uno de esos dos estados. La enseñanza es que la acción del observador es lo que determina el resultado de la observación. Aplicado al tarot significa que el vidente afectaría a la predicción. El futuro que vería no sería el auténtico (lo que realmente va a pasar) sino simplemente el que ve (lo que va a pasar desde su punto de vista). Otra razón para pensar que la física cuántica y la clarividencia se repelen como el agua y el aceite.

En la introducción hablamos de un tal Ervin Laszlo, que había escrito un libro titulado *La ciencia y el campo akásico*. Según el fundador del club de Budapest —que lo forman cuatro y el del tambor—, existe una energía fundamental en el universo (el *vacío cuántico*) por el que circula toda la información del presente, el pasado y el futuro, a la que algunos místicos llamaban el *archivo akásico* (una especie de biblioteca en el espacio que guarda toda la información habida y por haber). Su planteamiento es tan absurdo como diseñar un experimento en un laboratorio para determinar el sexo de los ángeles: pura palabrería para intentar racionalizar una creencia.

Energías y universos para lelos

Una de las palabras favoritas de los adivinos tiene también que ver con la física: *energía*. Es el mantra que lo justifica todo. Para poder hablar de energía, primero habría que entenderla. Por supuesto, no es mi caso, así que citaré la irónica definición de David Rose, que es la que mejor la describe: "Concepto abstracto inventado por físicos en el siglo XIX para describir cuantitativamente una amplia variedad de fenómenos naturales". Bromas aparte, la energía es la capacidad de hacer *trabajo*. Si empujamos una piedra de una tonelada con toda nuestra fuerza, no la moveremos ni un milímetro. Pero sí podemos arrastrar una piedra de 50 kilos. La relación entre la fuerza aplicada y el desplazamiento resultante es la famosa energía. Para que se vea más claro, espero: la potencia (los caballos de los coches) es la energía aplicada por unidad de tiempo. Dicho esto, surgen nuevas preguntas. ¿Qué potencia necesita un vidente para poder leer el futuro? ¿Qué tipo de energía consume y proyecta? Podrían decir que no es ninguna conocida (química, eléctrica, mecánica, térmica o radiante, como la solar). Si es desconocida, ¿cómo es posible que nadie la haya determinado a partir del *trabajo* que realiza? En definitiva, si no se puede medir ni se puede definir ni se puede detectar indirectamente a

través de sus efectos... ¿no será que esa energía no existe?

Pero ya que a los adivinos les gusta hablar de ciencia, sigámosles el juego. Gracias a las cartas, algunos aseguran que pueden desplazarse mentalmente hacia el futuro. Viajar hacia adelante en el tiempo es físicamente posible, es una simple cuestión de velocidad. Si una persona se va de vacaciones un año por el espacio viajando a gran velocidad (pongamos que al 90% de la velocidad de la luz), cuando regrese a la Tierra habrán pasado siete años. Esto es lo que dice la teoría de la relatividad general de Einstein. Lo paradójico es que no habría viajado a su futuro (el que le hubiera ocurrido de no iniciar el viaje), sino al futuro de todo el mundo menos el suyo (ya que ha estado fuera). Si, además, en lugar de desplazarse en su nave lo hace mentalmente, como pretenden los adivinos, la cuestión se complica hasta el infinito pero vuelve la eterna pregunta: ¿qué futuro es el que están viendo?

Y ahora... más difícil todavía. Aceptemos que el adivino tiene poder para proyectar una energía que no puede definir ni medir y lo hace además a una velocidad próxima a la de la luz, lo que le permite viajar unos meses en el tiempo, en el transcurso de la lectura de cartas y por sólo 30 euros. ¿Cómo vuelve la información? Aquí hay un problema gordo pues aunque determinados viajes hacia adelante en el tiempo son científicamente posibles, lo difícil es volver al pasado. En la década de 1960, Gerald Feinberg, físico de la Universidad de Columbia (EE UU), creyó haber descubierto el taquión, un tipo de partícula subatómica que se desplazaba siempre a velocidades superiores a las de la luz. Así, resulta que su principal característica es viajar hacia atrás en el tiempo. En un duelo de vaqueros taquiones, por ejemplo, los pistoleros primero recibían el impacto de la bala, luego veían disparar a su adversario y, finalmente, desenfundar a su contrincante. En el caso de la precognición, los habitantes del futuro podrían mandar mensajes taquiónicos a sus descendientes para que se hicieran pasar por videntes. Eso si los taquiones existiesen, que es mucho suponer.

Y un último ejemplo de cómo pretenden los amantes de la adivinación confundir ciencia y creencia. Hugo Everett (1930-1982) pasará a la historia por su teoría de los universos múltiples, que decía muy resumidamente que existen infinitos universos paralelos. Si lo aplicamos al gato de Schrödinger, significa que cuando abrimos la caja el gato está muerto en un universo pero vivo en otro. Cada vez que hay una opción, aparecen nuevos universos. Así que volvemos a lo mismo: ¿qué futuro/universo está viendo el tarotista? Y si realmente consigue ver alguno, ¿qué posibilidades tiene de que sea el que le va a ocurrir a su

cliente? Matemáticamente sería: $1/\infty$, es decir: ninguno.

Está claro que nadie puede obtener información del futuro y traerla al presente. Igual que un coche necesita gasolina, el vidente necesitaría mucha energía (al margen del significado que se le dé) para poder proyectar otra energía (más de lo mismo) a una velocidad superior a la luz. Probablemente se consumiría con sólo intentarlo (nuestro cerebro apenas da para encender una bombilla). Luego tiene que hacer que esa energía visite todos los universos posibles y vuelva de regreso. Y de todos los futuros vistos, tendría que elegir uno. Pero además, el adivino no sólo tendría que echar las cartas a su cliente sino a todos los que pudieran influir en él de alguna manera (recordemos el efecto mariposa). Y todo eso en menos de la media hora que dura la sesión. Complicado de creer.

La física cuántica es muy difícil de entender, aunque algunos de sus principios son simplemente deslumbrantes, han hecho avanzar nuestra manera de ver el mundo hasta niveles impensables hace un siglo y las posibilidades que abre son casi infinitas. Los adivinos —y amantes de las pseudociencias— suelen criticar la ciencia cuando no les gusta pero recurren a ella cuando les interesa. Que haya más clarividentes que hablen de física que físicos que se preocupen por la videncia debería hablar por sí solo.

Prediciendo, que es gerundio

Predecir el futuro y acertar no tiene nada de especial. Se hace muchas veces al día en todo el mundo y los que lo hacen se llaman científicos. Primero elaboran una teoría y luego diseñan una forma de demostrarla. Si el resultado es el que predecía la teoría, se considera acertada (hasta que aparezca otra mejor). Cuando Johannes Kepler (1571-1630) heredó las anotaciones de su difunto protector Tycho Brahe (1546-1601) le costó tiempo llegar al descubrimiento que le hizo famoso: el movimiento de los planetas no era circular sino que realizaba elipses (una figura parecida a un balón de rugby). Lo curioso es que llegó a la conclusión que no quería, pero como servía para predecir la aceptó. Y eso que de joven había llegado a vender horóscopos para ganarse la vida. Pero ésa no era su única excentricidad.

Como hombre creyente, pensaba que el Sol giraba alrededor de la Tierra y era un firme seguidor de los pensadores griegos, lo que le hacía pensar que los movimientos de los planetas debían ser *perfectos* como la forma de las esferas. Así, Kepler se pasó media vida intentado encontrar la perfección de la llamada *mecánica celeste*, pero no la encontraba por ningún lado. Cuanto mejores eran los datos con los que contaba, más lejos

estaba de la solución. Hasta que un día descubrió que no era el Universo el que se equivocaba sino él, y que la hipótesis que menos probable le parecía era la única que permitía conocer con antelación los movimientos de los planetas. Sus aportaciones matemáticas y astronómicas, su coraje intelectual, y el haber sido uno de los primeros en aplicar la capacidad predictiva de la ciencia explican por qué ha pasado a la historia como uno de los científicos más grandes de todos los tiempos.

Pero una cosa es eso y otra muy distinta decir que la ciencia puede predecir el futuro en el sentido que le dan los adivinos. De hecho, cuando lo intenta, los resultados no son mucho mejores. La prueba de que no puede es que es incapaz de determinar con antelación un número aleatorio, es decir, no puede con el azar. Un fenómeno aleatorio es aquel que ocurre porque sí y no tiene una causa, por ejemplo un número de lotería premiado. Tiene exactamente las mismas posibilidades de acertarlo un adivino que el más inteligente de los científicos, aunque hay una diferencia que no hay que olvidar: sólo los primeros dicen que son capaces de hacerlo.

El caso teóricamente más sencillo de adivinar es el de los llamados *sucesos equiprobables*, que son aquellos que tienen las mismas posibilidades de ocurrir. Se supone que si alguien se dedica a echar repetidamente un dado de seis caras, a la larga todos los números saldrán más o menos las mismas veces (una de cada seis), pero eso sólo pasa sobre el papel. El problema de los dados es que no son perfectos, ya que en cada cara tienen un número diferente de orificios, y es probable que si los estudiáramos por dentro tengan algún defecto. Ambas cosas harán que, en la práctica, unos números salgan más veces que otros. La lotería de Navidad lo ilustra perfectamente. Hasta 2008, la terminación más agraciada ha sido el 5 (que ha salido en 32 ocasiones), seguido del 4 y el 6 (24 veces). En cambio, el 2 ha sido el afortunado en 12 sorteos y el 1 sólo en 8. Una familia española, los García Pelayo, se ha hecho millonaria aplicando este principio a la ruleta. Pero hay quien se atreve hasta con los sucesos aleatorios.

En 2005 el Liverpool de Rafael Benítez se enfrentó al Milán en la Champions League. El técnico, consciente de que el partido podría resolverse a penaltis, analizó los datos históricos de los jugadores del conjunto italiano para ver cuáles solían tirar penaltis y hacia dónde, y se lo explicó a su portero. Así adivinó cuatro de los cinco que se lanzaron, y no sólo ganó el partido sino que en 2008 fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad Miguel Hernández de Elche debido a su aplicación del conocimiento científico al deporte. Eso sí, no hay que olvidar que antes el

Liverpool tuvo que remontar un 3-0. El éxito de Rafael Benítez (o los García Pelayo) no fue adivinar el futuro ni ser más listos que las matemáticas, sino su aristotelismo, al no olvidar que "la inteligencia no sólo consiste en el conocimiento, sino también en la destreza de aplicarlo en la práctica".

Aunque algunos ven en la estadística una manera de prever el mañana, lo cierto es que las matemáticas se lavan las manos en lo que respecta al futuro y se limitan a asignar una medida que permita conocer lo probable, es decir, que algo ocurra teniendo en cuenta lo que ya ha pasado. La meteorología, por ejemplo, funciona así y por eso es cada vez más precisa. Como superar las limitaciones que impone la teoría del caos es aún imposible, se recurre a los registros de años anteriores. A partir de esos patrones históricos, el tiempo que hará se deduce del que hizo cuando las circunstancias eran las mismas. Confundir la estadística con la futurología es un error bastante frecuente, y a quienes lo cometen se les conoce como economistas. Una de las peculiaridades de este grupo es que cree que dios (a través de la llamada *mano invisible*) regula el mercado y hace que sus predicciones se cumplan. Su fe ciega es lo que nos ha metido en esta crisis.

El problema de predecir el futuro no es cuestión de matemáticas: es imposible, simplemente, y cualquiera que lo intente no tendrá ni más ni menos éxito que si usara el tarot. La Universidad de Oxford tiene incluso un Instituto para el Futuro de la Humanidad en el que científicos muy bien pagados se dedican a *predecir* lo que se nos viene encima. Ray Hammond, autor del libro *El mundo en 2030*, es uno de sus miembros más destacados. Según él, dentro de dos décadas el teléfono móvil será un implante en el cerebro, podremos vivir 100 años y habrá ordenadores más inteligentes que nosotros (tampoco hace falta mucho). La *futurología* se basa en proyectar hacia el futuro lo que sabemos del pasado, y no hace falta trabajar en Oxford para hacerlo (aunque se cobra más). Hace muchos muchos años (en concreto, 40), cuando yo era pequeño, los futurólogos nos prometieron viajes espaciales, una sociedad ociosa en la que todo el trabajo lo harían robots, y que habría coches voladores. Como Hammond o los tarotistas, nos dijeron lo que queríamos escuchar.

El último, que apague la luz

Habrà quien diga que los científicos no tienen imaginación y les asusta lo que no entienden, pero decir que la ciencia es cobarde o que carece de imaginación es no saber de qué se está hablando. El último ejemplo, de

momento, es el libro de Michio Kaku *La física de lo imposible*. Según él, hay muchas cosas que hoy son imposibles, pero que probablemente dejen de serlo algún día (la invisibilidad, la telepatía o la telequinesis...). Hay otras cosas que hoy también lo son, pero quizá algún día, dentro de miles y miles de años, se conviertan en realidad (como viajar a una velocidad superior a la de la luz). La tercera clase son las *imposibilidades imposibles*, y en esta categoría incluye la precognición. Las dos primeras categorías se refieren a cosas que las leyes de la física no impiden; la tercera, las que supondrían que todo lo que sabemos está mal (y es evidente que ya hay cosas sobre las que podemos estar razonablemente seguros).

Pero no hay que engañarse, la adivinación no tiene nada que ver con la ciencia y sí mucho con la creencia. El que dice que puede leer el futuro, o el que condena a los adivinos a la hoguera, lo hace para aprovecharse de nuestros miedos e inseguridades. Cuando a Corto Maltés, el personaje de Hugo Pratt, le pronosticaron un futuro incierto ya que había nacido sin la línea del destino, decidió hacerse una con un cuchillo. Así, el hijo de la gitana de Malta (una echadora de cartas) vivió aventuras que miles de amantes de los tebeos disfrutan aún hoy. Quizá no haya que ser tan drásticos, pero el futuro no está escrito y no hay que dejar que nadie lo escriba por nosotros.

Álvarez, Carlos J., *La parapsicología ¡vaya timo!*, Laetoli, Pamplona, 2007. Todo lo que querías saber sobre las pseudociencias y el cerebro y ni siquiera sabías que se podía preguntar. Indispensable en un botiquín de primeros auxilios escépticos.

Decker, Ronald, Thierry Depaulis y Michael Dummet, *A Wicked Pack of Cards (The Origins of the occult Tarot)*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996. Sin duda, el gran clásico, la referencia indispensable para todo aquel que, creyendo o no, se interese por el origen del tarot. Mi deuda con este libro es tal que no lo he citado ni una sola vez para no tener que hacerlo varias docenas de veces.

Decker, Ronald, y Michael Dummet, *A History of the occult Tarot (1870-1970)*, Duckworth, Londres, 2002. Es la continuación del anterior y se centra sobre todo en el mundo del ocultismo. Una excelente introducción al mundo de las sociedades secretas (sobre todo la Golden Dawn).

Gardner, Martin, *Los porqués de un escriba filósofo*, Tusquets, Barcelona, 1989. Ser escéptico y no haberse leído este libro es como ir a Calatayud y no preguntar por la Dolores. Gardner, científico y teísta, es uno de los grandes.

Halpern, Paul, *En búsqueda de la adivinación: una historia de la predicción*, Océano, México, 2007. Desde Babilonia a la física cuántica, un completo repaso al desafío de presagiar el futuro o cómo abordar cuestiones científicas complicadas con explicaciones al alcance de cualquiera.

Hawking, Stephen, y Leonard Mlodinow, *Brevísima historia del tiempo*, Crítica, Barcelona, 2005. El libro clave para entender qué es el tiempo. Es un poco complicado, pero tiene unos dibujitos muy resultones que ayudan.

Kaku, Michio, *Physics of the Impossible*, Alien Lañe, Londres, 2008. Lo que la ciencia tiene que decir sobre algunas cuestiones de las que los vendedores de misterios se quieren adueñar.

Palacios, Jesús, *Eric Jan Hanussen: la vida y los tiempos del mago de Hitler*, Oberón, Barcelona, 2004. La historia del malogrado Hanussen —de quien no hablamos en este libro— es una excelente forma de adentrarse en la verdadera naturaleza de los adivinos y todo lo que les rodea de la mano de un no escéptico con capacidad crítica.

Place, Robert M., *The Tarot. History, Symbolism, and Divination*, Penguin, Nueva York, 2005. La prueba de que no hace falta ser escéptico para escribir un libro inteligente sobre el tarot.

Rowland, Ian, *The Full Facts Book of Cold Reading*, Rowland, Londres, 2002. Todos los trucos que utilizan los mentalistas perfectamente explicados. Es el que recomiendan James Randi y Robert Todd Carroll en el *Diccionario escéptico*. Una joya.

Webs

<http://trionfi.com>. La mejor *web* sobre la historia del tarot.

www.aeclectic.net/tarot. Cientos de tarots de todo el mundo comentados y explicados y con imágenes de cada uno de ellos.

www.arp-sapc.org. El sitio de la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, coeditora de la colección *¡Vaya timo!*, que lleva años plantando cara a la superchería. Indispensable en la carpeta de favoritos de todo escéptico.

blogs.elcorreodigital.com/magonia/posts. La bitácora del periodista Luis Alfonso Gámez es el mejor antídoto en lengua castellana contra la avalancha de artículos pseudocientíficos que aparecen en la prensa. Una fuente inagotable de información en constante actualización.

<i>Agradecimientos</i>	
1.El origen ocultista.....	
Una "explicación"	
2. El origen auténtico.....	
El pasado egipcio	
De la baraja al tarot	
3. El tarot mágico.....	
Primeras referencias escritas	
Etteilla y la cartomancia.....	
Difusión.....	
La edad moderna del tarot	
Triunfo final.....	
4 La mentira del simbolismo.....	
El saber perdido	
Lovecraft y el <i>Necronomicón</i>	
Las barajas	
De vuelta al juego.....	
5.....	El miedo es el mensaje
Asusta que algo queda.....	
El libre albedrío	
La gran ironía.....	

6 Adivino en siete lecciones.....	
La puesta en escena.....	
Comer la oreja	
Saber vender, saber venderse.....	
Echar las cartas.....	
Delegar responsabilidades.....	
Utilizar el cerebro.....	
Profesionales como todos	
7 ¿Por qué adivinan los adivinos?.....	
Empieza la partida	
Jugando a las adivinanzas	
Predecir el futuro	
8 Ni delitos ni faltas.....	
¿El final del túnel?.....	
La naturaleza penal del vidente.....	
El argumento moral	
El tarot no es lo peor.....	
Conclusión. El futuro ya no es lo que era	
Cuánto cuento cuántico.....	
Energías y universos para lelos	
Prediciendo, que es gerundio	
El último, que apague la luz.....	

Para leer más.....